

VOLUMEN

69

José Antonio **Páez**

**Biblioteca
Biográfica
Venezolana**

Ramón Hernández



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Ramón Hernández

Se graduó en la Escuela de Comunicación Social de la UCV en 1977. Se ha desempeñado en los diarios *Últimas Noticias*, *El Universal* y *El Nacional*. Actualmente es el coordinador de redacción del diario *Primera Hora* y articulista de *El Nacional*. También participó en las revistas *Vea y Lea*, *Punto Negro* y *Reforma y Estado*. Fue director del Suplemento Cultural de *Últimas Noticias*. Ha compartido el Premio Municipal de Periodismo y el Premio Nacional de Periodismo. Es autor de los libros *El país como oficio* (1982), *Teodoro Petkoff, viaje al fondo de sí mismo* (1982), *Colón, entrevista imaginaria* (1992), *Páez, entrevista imaginaria* (1993), y coautor del *Manual de estilo de El Nacional* (1997), *Heterodoxia y Estado* (1997), y de Carlos Andrés Pérez, *memorias proscritas* (2006). Fue director de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Santa María (2002–2005) y profesor de la Escuela de Comunicación Social de la UCAB.

Biblioteca Biográfica Venezolana

José Antonio **Páez**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Asistente de proyecto: Yaneling Moya

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: 20 retratos del General José Antonio Páez, por Alfredo Boulton, 1972 (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If78920079202972

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-168-9

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

José Antonio **Páez**

(1790-1873)

Ramón Hernández

Cuentos, lisonjas y **pesares**



Del general José Antonio Páez se cuentan chistes soeces y como verdad irrefutable se repite que no dijo “vuelvan caras” sino “vuelvan, carajo”, una manera de remachar sus modales campechanos y su informalidad. Se dice, sin detenerse a deslindar la tosca maledicencia, que recibía a los diplomáticos de las naciones civilizadas en la hamaca o cortando caña con el torso desnudo y en alpargatas, que nunca tuvo conciencia de su papel como jefe de Estado, que traicionó a Bolívar y a su propia clase, que se alió con un sector de la oligarquía en contra de los desarrapados que lo ayudaron a labrar sus glorias. Cuando no se le desacredita con saña, se enturbia el entendimiento de la tragedia patria con estilos pomposos y engolados, excesivamente heroicos y poco históricos, saturados de cursilerías que extreman el ridículo.

Se ha dicho que por su genio pendenciero y violento no pudo disfrutar mucho tiempo de una vida tranquila en el hogar de sus padres; que muy joven mató a un contendor y que, obligado a huir de la justicia, se refugió en los llanos de Apure. Se ha repetido que siempre fue indisciplinado. Quizás confunden alegría con irresponsabilidad y desorden. Es factible que su conducta en el campamento no la entienda un académico europeo, pero sería un juicio sospechoso si perteneciese a hombres de estas latitudes.

La independencia requirió colosales sacrificios. El pueblo llano había estado sometido a un sistema que le negaba no sólo la educación sino también la más rústica información. Los caprichos de los amos, de los señores de la tierra, de los dueños de la riqueza, eran la ley. Muchos creyeron que bastaba apoderarse de los bienes de los mantuanos —sus casas, sus joyas, sus cuadros, sus pelucas, sus trajes— para que las cosas mejoraran.

No pocos ilusos han criticado la presunta falta de conciencia de clase de Páez; tal vez creen que no se peleaba por la independencia sino por una revolución social que, más que distribuir justicia y equidad, hiciera milagros. No dudan de los méritos militares de Páez, pero lo critican porque no fue el redentor de las clases populares, “porque no se identificó con los pobres” y no instauró una sociedad que distribuyera equitativamente la riqueza y con igualdad de oportunidades. Le recriminan que no diera pasos transformadores de la sociedad y que se limitara a administrar y a aplicar políticas que habían dado resultados en otras latitudes, sin más norte que restituir la paz y el sosiego.

Sus conciudadanos le brindaron el mando en los días de una violenta crisis nacional, cuando Venezuela se separó de la Gran Colombia. Sus objetivos eran la paz pública y la reconciliación de los venezolanos. Cuando supuso que la paz se consolidaría, se retiró satisfecho. “Dichoso el que gobierne a este pueblo inteligente y libre, en medio de los dones de la paz, porque podrá conducirlo a su progreso, a su bienestar, a su engrandecimiento”, escribió en sus memorias.

Ningún pueblo puede madurar, establecer una élite dirigente, preparar una burocracia eficiente y emprender un proyecto de largo aliento, si cada cierto tiempo aparece una revolución con nuevos hombres y nuevos procedimientos, aunque en el fondo sean las mismas ideas y los mismos procedimientos. No se pueden imaginar ni emprender obras de aliento si todos los esfuerzos se diluyen en debelar y someter conspiraciones. Al separarse de la Gran Colombia, Venezuela contaba con 96 escuelas primarias y 2 universidades, en todo el territorio; en 1847, el número de escuelas apenas se había elevado a 125, con no más de 10.000 alumnos, cuando lo que se necesitaba era, precisamente, mejorar la formación de su gente.

Páez es el restaurador de la República de Venezuela y del gentilicio venezolano; el organizador de las instituciones republicanas. Venezuela casi desaparece como entidad soberana cuando Bolívar la incorporó a Colombia, con la Nueva Granada y Ecuador. “Venezuela” estuvo a punto de desaparecer hasta como nombre. El Congreso de Colombia quiso sustituirlo por “Apure” para designar al territorio que ocupaba el Departamento de Venezuela. Páez repuso la integridad nacional, como Bolívar lo había previsto en una carta con fecha 13 de septiembre de 1829 a Daniel Florencio O’Leary: “Todos sabemos que la unión de la Nueva Granada y Venezuela existe únicamente por mi autoridad, la cual debe faltar ahora o luego, cuando quiera la Providencia o lo decidan los hombres”.

En el llano, castigo y **aprendizaje**

Los calabozos del castillo de San Antonio, en Cumaná, pudieron haber sido su último destino, pero fue Nueva York, lejos de Curpa y de los llanos de Barinas. En 1850, cuando desembarcó en Manhattan tenía 60 años de edad, aunque representaba 50, como lo describieron dos compatriotas:

El general Páez es de mediana estatura. Su rostro es alegre, y tiene los ojos vivos, la frente altiva y el cabello algo canoso. Su aire de franqueza y cordialidad lo hace sumamente grato. Viste, con elegancia, paltó negro y chaleco blanco con botones de oro, pantalones negros y botas de patente. Tiene los pies pequeños. Nadie se imaginaría al verlo que el general acaba de sufrir una rigurosa prisión y toda suerte de persecuciones. Su celda era tan estrecha y el aire tan asfixiante que algunas veces se vio obligado a acostarse y colocar la boca en la rendija entre el piso y la puerta para obtener un poco de aire. Atribuye el buen estado de su salud a los ejercicios que hacía durante su prisión. Los soldados de guardia siempre le cantaban canciones insultantes para molestarlo, y Páez bailaba al compás de su música hasta sudar profusamente. Luego se acostaba a dormir. Sus modales son los de un distinguido caballero y su comportamiento el de un valiente y digno soldado.

El penúltimo de ocho hijos, José Antonio Páez nació el 13 de junio de 1790, en una modesta casita a orillas del riachuelo Curpa, cerca del

pueblo de Acarigua, cantón de Araure, Provincia de Caracas. La fortuna de sus progenitores, Juan Victorio Páez y María Volante Herrera, era escasa, aunque su padre era empleado del estanco del tabaco de Guanare, cuya renta le producía al Real Erario varios millones de pesos al año.

No pisó lustrados colegios. Cuando cumplió ocho años de edad, su madre lo mandó a la escuela de Gregoria Díaz, en Guama. Por el interés de que no se difundiera la ilustración, en Venezuela, bajo el dominio español, sólo había escuelas en las poblaciones principales. Aprendió a leer y a escribir con doña Gregoria que enseñaba mal y a fuerza de azotes. La pasantía académica no duró mucho. Su cuñado Bernardo Fernández lo sacó de la escuela para emplearlo en una bodega de su propiedad. Aprendió a detallar víveres y a sembrar cacao. Después, otro pariente, Domingo Páez, lo llevó a San Felipe para darle ocupación en sus negocios.

En junio de 1807, cuando tenía 17 años de edad, su madre lo envió a llevar un expediente sobre asuntos de familia y una regular suma de dinero a un abogado que residía cerca de Cabudare. Para el viaje se le proporcionó una mula, una espada vieja, un par de pistolones de bronce y 200 pesos para los gastos. Al regreso, joven, y como tal imprudente, envalentonado, además, con el dinero que llevaba, quiso lucirse. En Yaritagua entró en una tienda con el pretexto de comprar algo. Para pagar sacó cuanto dinero llevaba y derramó sobre el mostrador las monedas, sin hacer caso de las personas que observaban el montón de oro. Quería que supiesen que era hombre de espada y de dinero. Siguió viaje por el camino que atraviesa la montaña de Mayurupí. Ufano de llevar armas, sacó la única pistola cargada para matar un loro en una rama. No disparó. Entendió que viajaría toda la noche y que era su defensa. A los pocos pasos, salió de la izquierda del camino un hombre alto, a quien siguieron otros tres que se abalanzaron y tomaron la mula por la brida. Páez saltó por el lado derecho, pistola en mano. Resuelto a vender cara la vida. El que parecía el jefe de los salteadores se adelantó con la vista fija en la pistola que lo apuntaba. Quizás creyó que no iba a dispararle y que sería fácil intimidar al muchacho. Lanzó un furioso machetazo. Sin titubear, Páez disparó. “Mi intención no era matarlo, me bastaba herirle una pierna”. El asal-

tante recibió la bala en la ingle. Páez desenvainó la espada. Cuando iba a atravesarlo, el bandolero cayó sin vida. Ciego de cólera, corrió con la espada en alto tras los otros ladrones, que huyeron. Sin perder tiempo, saltó sobre la mula. Entonces se dio cuenta de que la pistola se había reventado; que estaba herido y sangraba.

Llegó a su casa sumamente preocupado. Sólo le contó lo sucedido a su hermana Luisa, pero a los pocos días comenzaron a correr rumores sobre el acontecimiento. Sin consultar a nadie, resolvió ocultarse. Mató en defensa propia a un salteador de caminos y por un extraño sentido de culpabilidad se castigó. Tomó el camino de Barinas y en las riberas del Apure encontró trabajo como peón en el hato de la Calzada, de don Manuel Pulido. Le pagaban tres pesos, la comida, el vestido y la vivienda.

El capataz se llamaba Manuelote. Un negro alto, taciturno y severo, con una áspera y poblada barba. El primer día le ordenó con voz imperiosa que montase sin riendas un caballo que nunca había sentido el peso de un jinete. Sin vacilar, el nuevo peón saltó sobre el potro salvaje. La fiera empezó a dar saltos y a lanzar furiosas dentelladas. Si Páez mantenía los ojos abiertos era para ver si podía hallar auxilio en alguna parte, pero su único amparo era el cielo. Se encomendó a la Virgen del Carmen, cuyo escapulario llevaba colgado al cuello. El caballo se rindió de cansancio.

Como algunos peones le hicieron concebir sospechas de que Páez había sido enviado por Manuel Pulido para espiarlo, Manuelote lo trataba con rudeza y le asignaba trabajos penosos. Durante dos duros años debió domar potros salvajes, pastorear ganado bajo un sol abrasador, velar por las noches que los caballos no se ahuyentasen, cortar con hachas maderos para las cercas, entre otras poco gratas tareas.

Una mañana, al llegar a un río, Manuelote le gritó: "Tírese al agua y guíe el ganado". Páez le dijo que no sabía nadar. El mayordomo, le gritó: "Yo no le pregunto si sabe nadar, yo le mando a que se tire al río y guíe el ganado". "Sufrió muchísimo con aquel trato. Las manos se me rajaban por los esfuerzos que hacía para sujetar los caballos por el cabestro de cerda. Obligado a bregar con aquellos indómitos animales, en pelo o montado en una silla de madera con correas de cuero sin adobar, mis muslos sufrían tanto que muchas veces manaban sangre.

Hasta gusanos me salieron en las heridas. Acabado el trabajo del día, Manuelote, echado en la hamaca, solía decirme: ‘Catire Páez, traiga agua y láveme los pies’. Después me mandaba a que le meciese la hamaca hasta quedarse dormido”.

Rubio no fue nunca. Siempre tuvo el pelo negro y algo ensortijado, pero era el menos tostado de todos. Un día, un peón le dijo: “Mire, Catire, cuando pueda, y ojalá fuera pronto, júyase de aquí. Manuelote le tiene rabia y trata de matarlo. Le han dicho que usted es un espía del amo”. Conociendo las razones del encono, Páez procuró persuadir a Manuelote de que no había motivos para tanta malquerencia. La ocasión se presentó pronto. Manuelote tenía una potranca de fina estampa a la que trataba como si fuese una criatura racional. Un día se le extravió. La pesadumbre y la tristeza se apoderaron del negro. Después de que los peones trataron infructuosamente de encontrarla, Páez le pidió permiso para buscarla. Sin ser baqueano ni práctico en los escondrijos de vacas y caballos, volvió con la potranca al caer la tarde. Al capataz se le apagó la malevolencia. Años después, Páez lo tomó prisionero en Mata de la Miel. Lo trató con la mayor bondad. Hasta lo sentó a su mesa y le entregó un salvoconducto para que se fuera a su casa. A los pocos meses, agradecido por el trato recibido, se incorporó a pelear con los lanceros de Páez.

Cuando don Manuel Pulido se enteró de que el peón que llamaban Catire era hijo de su amigo del estanco del tabaco, le dio su protección y lo llevó al hato de Pagüey a vivir como un miembro más de la familia. Así trabó amistad con jóvenes de su edad, pertenecientes a la alta sociedad barinesa. Con la orientación de Pulido aprendió el negocio de la compra y venta de ganado, que luego ejerció por su cuenta hasta 1810, cuando estalló la revolución y se incorporó al ejército patriota.

De su experiencia en el hato de la Calzada, surgió la leyenda del peón que llegó a General y fue tres veces Presidente de la República. Ser peón fue un hecho circunstancial y fortuito. También fue pulpero, durante más tiempo, y negociante de ganado. Aunque su familia no tenía muchos recursos, su destino no era ser peón, trabajo reservado a los más bajos estratos de la clasista sociedad colonial. Fue peón por un desproporcionado sentimiento de culpa. A comer con cubiertos y a usar la servilleta en lugar de las mangas de la camisa lo aprendió en

su casa, con su madre y sus hermanos. Los legionarios británicos que regaron la especie de que Páez no sabía comer con cubiertos desconocían que la carne asada en estaca se come con las manos. Páez conocía las costumbres de los llaneros por haberlas vivido. Actuar como ellos era la manera de ganarse su respeto y obediencia.

Por muchos años, su único alimento fue carne asada en estaca, sin sal y sin nada. El llanero hacía una sola comida, a la siete de la noche, que pasaba con agua, guarapo o aguardiente. Los hatos eran grandes extensiones cuya riqueza no era la producción agrícola sino las incontables hordas de ganado caballar y vacuno. El llanero vivía en cabañas con techos de hojas de palma. Cráneos de caballos y cabezas de caimanes le servían de asiento. Dormía sobre cueros secos. El que tenía una hamaca era un privilegiado. El más deleitoso placer era empinar la tapara de agua fresca en la inmensidad de la sabana. A las tres de la mañana ya estaban en pie y salían a ojear ganado. Cuando comenzaba a oscurecer y antes de que les sorprendiera la noche, encerraban el rebaño y mataban una res. Después se entretenían entonando cantares y escarmentando cerdas de caballo para hacer cabestros.

La guerra, valor e **imaginación**

Ninguna batalla es igual a otra, ni es el caso hacer un recuento de los combates en las que Páez participó. La historia no se hace sólo en el campo de batalla. Es una parte importante, a veces imprescindible, pero apenas el comienzo. Basta una cifra para entender cuán terrible fue la guerra de independencia: Venezuela perdió 40% de su población, pero no todos murieron en el campo de batalla, también fallecieron de hambre y toda clase de penurias y enfermedades.

El regodeo en los combates ha sido una manera de maquillar, y también de borrar, el verdadero rostro de la lucha independentista, de esconder contradicciones que afloraron muy temprano. Se derrochó imaginación y valentía en la lucha, pero nunca se tuvo claro qué se iba a construir después: si un incanato, una democracia o una monarquía tropical. Tal confusión acarreó incontables problemas y fomentó conductas dañinas. Hubo mucho de guerra civil, sobre todo hasta 1818.

En las filas patriotas se cometieron errores y también atrocidades. No es imprescindible hacer un inventario de los héroes y de los hechos para entender que no basta estar del lado de la razón, sino que la razón hay que construirla con cada actuación. Se luchaba por el poder político, para ejercerlo no para distribuirlo, que siempre sería mejor que el del soberano español. Quizás eso explica ciertas actitudes de algunos "patriotas". Si bien hubo excelentes guerreros, verdaderos héroes y valero-

sos soldados, no fueron fuertes sus vínculos con los pensadores, con hombres serenos que reflexionaran sobre qué patria se iba a construir.

Antes de lanzarse al torbellino de los combates, Páez fue comerciante de ganado, satisfecho y feliz, con medios suficientes para vivir. No se incorporó a la guerra de independencia para ensanchar sus bienes ni en busca de la gloria: simplemente juzgó que era su obligación. Consideraba justo lo que pedían los americanos, que se les diese –según el decreto del 15 de octubre de 1809– iguales derechos que los nacidos en la Península y, entre otros, tener representantes en las Cortes; que se abriera el comercio a las naciones aliadas y neutrales para que introdujesen sus frutos; que pudiesen mantener negocios libres con España y las colonias de Asia; que se aboliesen los estancos o monopolios que enriquecían el erario público y las arcas del rey, aunque para indemnizar a uno y otro se creasen nuevos impuestos sobre los mismos artículos; que los americanos pudiesen obtener todos los destinos civiles, militares y eclesiásticos; y que la mitad de los empleos públicos fuesen ejercidos indistintamente por españoles y criollos. Nada exagerado ni que llevara a la ruina a la metrópoli.

Sin embargo, el 24 de julio de 1810, la junta de Comercio de Cádiz emitió un manifiesto contra la libertad de comercio de las provincias americanas. “La mayor calamidad que pudiera caber a España”, decían; y enumeraban las razones:

Que los que deseaban establecerla eran acreedores de un castigo ejemplar y a destierro por toda la vida; que la suerte de España y su existencia política dependían de esta cuestión; que los nombres de los que proponían tan desastroso tráfico debían transmitirse a la posteridad para que ésta los viese con la indignación que merecen; que los americanos no habían pretendido el establecimiento de este comercio libre, antes bien lo detestaban por perjudicial a sus intereses; que España se arruinaría y vendría a ser juguete de los extranjeros; que se arruinarían su comercio y manufacturas, y perdería por tanto toda libertad; y en fin, que el tal comercio atentaba contra todos los derechos de religión, moralidad y orden.

En 1810, recién casado con Dominga Ortiz, Páez se alistó en el escuadrón de caballería que organizó Manuel Pulido en Barinas; pero en 1813, tres meses antes de la ocupación del país por el jefe español Do-

mingo Monteverde, se retiró del ejército con licencia indefinida, con el grado de sargento primero.

Cuando Bolívar ocupó Cúcuta, el teniente de justicia mayor de Canaguá le entregó a Páez una resolución del general español Antonio Tíscar, en la que le ordenaba que fuese con treinta hombres al hato de Carrao, a cincuenta leguas de Barinas, a recoger los caballos mansos y el ganado mayor, y los condujera al cuartel del general en Barinas.

Páez no era militar del ejército español, pero tuvo que obedecer. Cualquier resistencia a los mandatos de los realistas era castigada como un crimen. Con repugnancia aceptó cumplir la comisión. Acordó con el mayordomo del hato no extraer más de doscientos caballos y sólo un millar de las quince mil reses que había. Cumplido el encargo, Tíscar lo invitó a comer. El realista acumulaba recursos y aumentaba su ejército para enfrentar a Bolívar. Había impuesto una contribución forzosa a los habitantes de Barinas y obligaba a tomar las armas a quien no quería o podía pagarla. Páez le preguntó con cuánto debía contribuir. Tíscar le respondió que con nada, que pensaba destinarlo al ejército con el grado de capitán de caballería.

Al mes, Tíscar le ordenó presentarse a su cuartel general. Mandó que un teniente le pusiera a su disposición una compañía de hombres montados. Cuando le informaron que en tres días debía reunirse con Tíscar, Páez contestó que debía hacer algunos arreglos en su hato, pero que regresaría en el término señalado. No volvió. Se fue a buscar a los patriotas. Cruzó las montañas de Pedraza ayudado por un contrabandista de apellido Acevedo. En Santa Bárbara encontró a Manuel Pulido, que venía de Mérida con pocas tropas. Se incorporó a sus fuerzas. Fue nombrado capitán como recompensa por no haber aceptado ese rango del ejército español.

En octubre de 1813, los realistas, comandados por el general José Yáñez, atacaron Achaguas con una fuerte división de caballería e infantería. Los patriotas debieron retirarse a Barinas. Páez recibió órdenes de arremeter con un escuadrón de caballería al comandante Miguel Marcelino, que ocupaba Canaguá con una fuerza de 400 caballos. Lo encontró en la Sabana de Suripá y al amanecer lo sorprendió en Las Matas Guerrereñas. Lo derrotó. Luego se enteró de que Yáñez había ocupado Barinas y de que los patriotas se habían retirado a San

Carlos. Se fue a Guasqualito. De los hombres que lo acompañaban, sólo veinte quisieron continuar, pero pronto manifestaron que deseaban irse a sus casas. El único que lo acompañó fue José Fernández, un joven de 16 años, que no pudo resistir el hambre, los mosquitos ni la lluvia, y a los cuatro días fue a entregarse a un jefe español, que lo pasó por las armas.

Páez quedó solo y sufrió privaciones de todo tipo. Los habitantes de la provincia de Barinas eran furiosos realistas que acosaban y mataban a los patriotas, o a los sospechosos de serlo. Manuel Pacheco, comandante militar de Canaguá, era su amigo y pariente, pero lo perseguía como a un enemigo. Un día se avistaron cerca de Canaguá. Pacheco lo mandó a llamar. Páez le contestó que si quería hablar que viniera solo. Lo hizo. Le dijo que le dolía verlo en aquella situación. Le aseguró que si se entregaba a los españoles recibiría buen trato, que el gobernador de Barinas, José María Luzardo, era su amigo. Páez concibe reunirse con los patriotas que se encontraban en San Carlos. Tomaría un pasaporte de Pacheco para Barinas y allí otro de Luzardo, so pretexto de irse a presentar a Yáñez, que estaba en Guanare.

Cuando Páez le pidió el pasaporte para presentarse al gobernador Luzardo, Pacheco le indicó que no era necesario, que él también viajaría a Barinas. Páez le pidió sus armas. Como Pacheco dudó en entregárselas, las tomó. Pacheco le ordenó al piquete que lo desarmaran. Nadie se atrevió. Cuando estaban cerca de Barinas, Páez le dijo: "Ha llegado el caso de que usted me preste sus buenos oficios. Quiero que vaya y le diga al gobernador Luzardo que necesito un pasaporte para seguir al cuartel general de Yáñez".

Pacheco regresó con una carta del gobernador en la que le pedía que fuera a reunirse con él, que nada temiera, que no dudara de su palabra, que le daba todas las garantías. Se presentó y fue recibido con muchas atenciones. Luzardo lo convenció de que no era prudente viajar al cuartel de Yáñez, que era mejor que permaneciera en su casa. Confiado, accedió. No habían pasado dos horas cuando Luzardo le dice que para salvar las apariencias y evitar la censura de los españoles convenía que pasase por arrestado unos días. Aceptó. Al tercer día, cuando esperaba ser puesto en libertad, llegó el comandante español Antonio Puig con un escuadrón de caballería. Al instante fue procla-

mado gobernador y comandante de la provincia. El capitán Juan Rafarte se presentó a la cárcel con una guardia de lanceros y numerosos grillos para ponérselos a los prisioneros. Páez entre ellos.

Cuando el teniente patriota Pedro García suplicó que le pusieran los grillos más ligeros, Rafarte lo amenazó con volarle la tapa de los sesos. Indignado por la debilidad de García, Páez dijo en alta voz: "A mí no me importa que me pongan los grillos más pesados, hasta dos pares puedo llevar". Se acercó al montón de grillos y escogió los más grandes. Le dijo a Rafarte que se los pusiera. Con ese rasgo de altanería se ganó la simpatía del realista, que luego le cambió los grillos por otros más ligeros y le ofreció anteponer sus oficios con Antonio Puig para que le perdonase la vida. A las horas se presentó Puig.

—¿Usted se llama don José Antonio Páez?

—Sí, señor.

Se dirigió a su secretario:

—Póngalo por capitán.

Luzardo y Celis le dijeron que Páez era muy honrado. Puig les contestó:

—Sí, y muy patriota; y, según dicen, muy valiente.

Luego le dijo al carcelero:

—Cuide que los grillos de este capitán estén bien remachados. Si se escapa, le corto a usted la cabeza.

Al rato, el comandante Ignacio Correa se presentó con una partida de lanceros y leyó la lista de los que iban a morir. Páez era el cuarto. A las tres de la tarde los encerraron en una habitación. A las once de la noche, cuando los conducían al sitio donde los matarían a lanzazos, Correa recibió órdenes de llevarlos a la casa del gobernador, donde fueron encerrados en un cuarto tan pequeño que no podían ni acostarse.

Al día siguiente, a las once de la mañana, se presentó Dominga Ortiz. Cuando el cabo de guardia se disponía a abrirle la puerta para que Páez la viera un momento, llegó Puig. La llenó de injurias e improperios. Con todo, Páez fue perdonado con el compromiso de pagar seiscientos pesos. A los quince días lo volvieron a apresar. Lo llevaron ante Puig y sin dejarlo pronunciar palabra le remacharon un par de grillos y lo agregaron a la lista de los que serían ejecutados a lanzazos.

A medianoche, un disparo de fusil en las inmediaciones del río despertó a Páez de las pesadillas de los condenados a muerte. Un cuerpo

de caballería patriota, al parecer, se disponía a atacar. Puig, alarmado, reunió sus tropas en la plaza y ordenó un reconocimiento. A la voz de *quién vive*, se oyó como respuesta: “América libre, soldados de la muerte”. Puig, lleno de terror, corrió para San Fernando de Apure. Era el ejército de las ánimas. La gente del llano no duda de que las ánimas salvaron a Páez, que una promesa ofrecida por Dominga Ortiz fue cumplida por los “fieles difuntos”, que con redobles, timbales, órdenes de mando y disparos pusieron a huir a los realistas.

Las circunstancias se combinaron en ese momento, cuando la muerte esgrimía su guadaña sin contemplaciones. Urdaneta con sus Dragones andaba muy cerca y corrían rumores de un pronto asedio. Los realistas temían un ataque y Dominga, con la ayuda de unos pocos conocidos, urdió un plan. En las noches de luna, las sabanas de Barinas se llenan de pájaros-soldados, grandes garzones que casi alcanzan la talla de un hombre de mediana estatura, caminan con aire marcial y al volar hacen un ruido semejante al galope de caballos. Cuando un ruido los espanta, producen gran estrépito. En el silencio de la noche, su fragor da la impresión de un ejército en marcha. El disparo de un fusil produjo la impresión salvadora. Dado por los centinelas el alarmante aviso, otros ratificaron atemorizados un gran ejército en marcha, los garzones.

La espada del soldado no es **cuchilla de verdugo**

En 1814, Páez encontró en Barinas al comandante patriota Ramón García de Sena con quinientos hombres a caballo. La ciudad fue sitiada por cuatro mil hombres de caballería mandados por Remigio Ramos y el catalán Puig. García de Sena atacó a los realistas por la retaguardia y los venció, pero en lugar de regresar a la plaza de Barinas, que había dejado en manos de trescientos ciudadanos casi desarmados, ordenó continuar rumbo a Mérida. La ciudad fue atacada por los realistas. Los inermes defensores de Barinas fueron asesinados. En Las Piedras, García les dijo a sus hombres que tomaran el rumbo que quisiesen. Páez siguió a Mérida a pie. Juan Antonio Paredes, el gobernador y comandante de armas de Mérida, se hallaba en Lagunillas y se dirigía a Bailadores, donde un levantamiento godo comandado por Bartolomé Lizón avanzaba hacia la capital. Paredes había recibido una posta que lo intimaba a la rendición de Mérida. Lizón amenazaba con degollar a la población y reducir a cenizas la ciudad si era herido el más ruin de sus soldados. Los patriotas encontraron a los godos en Estanques. Después de un pequeño tiroteo, los realistas se retiraron a Bailadores, perseguidos por el capitán Antonio Rangel y dieciséis hombres, incluido Páez. Los realistas se habían colocado en una pequeña colina. Intercambiaron algunos tiros. Rangel se retiró. Páez, solo, siguió al enemigo y fingiendo diferentes voces atacó. Mató al sargento que iba de último en la

retaguardia. Fue una victoria fácil, pero importante. La destrucción de la columna enemiga dejó en manos de los patriotas armamento, bandera, bagaje, municiones y artillería. Lizón huyó vergonzosamente al Zulía y las tropas patriotas entraron a Bailadores.

Páez permaneció en Mérida hasta mediados de 1814, cuando llegó Urdaneta. Se incorporó a su tropa. Le dieron el mando de la caballería, que organizó con los llaneros que García de Sena había despreciado. Se fue a los llanos de Casanare para tratar de controlar el territorio de Apure y ganarse los hombres que habían derrotado a los patriotas bajo las órdenes de Boves, Ceballos y Yáñez. Todos creyeron que era un delirio. No creían posible que los llaneros pelearan del lado patriota. Llegó a Casanare con su familia y algunos civiles. Debieron vender algunos objetos de uso personal para proporcionarse una exigua subsistencia. En Pore, el comandante Francisco Olmedilla le proporcionó recursos y a los tres días se encontraba al frente de un regimiento de caballería.

El 10 de octubre de 1814, más de mil hombres emprendieron marcha a Venezuela. Para no ser descubiertos, caminaban de noche y hacían alto durante el día. Atravesaron el río Arauca. Las armas y las monturas las pasaron en la cabeza y en embarcaciones hechas de cuero de vaca. El 29 de enero llegaron a Guasqualito, donde estaban ochocientos hombres de guarnición realista comandados por Miguel Briceño Pacheco. Olmedilla cometió la imprudencia de mandar a disparar un cañonazo y de tocar diana antes del amanecer. El enemigo, enterado de que lo rodeaban, formó en columna y marchó hacia el punto donde se encontraba Páez. Lo embistió repentinamente. La oscuridad era tan grande que sólo podían ver al enemigo cuando los atacaba a quemarropa. Páez estableció una formación en martillo. Cuando Briceño Pacheco creyó que había roto el cerco, Páez lo atacó por la espalda y con una carga lo derrotó. Los pocos realistas que escaparon de la muerte o de caer prisioneros huyeron a Cúcuta.

A orillas del Apure, Páez capturó al comandante Manuel María Marchán, que le suplicó que le perdonase la vida. Páez le dio su palabra. Cerca de Guasqualito presentó su relación del encuentro a Olmedilla y le entregó 228 prisioneros. Le dijo que le había garantizado a Marchán perdonarle la vida. Olmedilla lo increpó: “¿Como tiene el valor de presentarme a este hombre vivo? ¿Por qué no lo ha matado?”. Páez

le contestó que jamás empleaba sus armas contra el rendido. “Mátelo usted si quiere, ahí lo tiene”, le dijo.

Olmedilla le ordenó al capitán Rafael Maldonado cortarle la cabeza a Marchán, que en el acto ejecutó el mandato. También ordenó que degollaran a los demás prisioneros. Al ver caer la quinta cabeza, Páez no contuvo la indignación y les dijo que si mataban un individuo más les costaría la vida. Suspendieron la ejecución, pero Fernando Figueredo, segundo de Olmedilla, que lo igualaba en crueldad y sed de sangre, gritaba que los prisioneros debían morir. Páez le contestó que estaba dispuesto a morir para defender la vida de los desgraciados que eran asesinados tan ruinmente.

Se presentó ante Olmedilla y le dijo que aquella matanza era inhumana y bárbara, que semejante hecho era dañino en momentos cuando entraban a territorio venezolano con el título de libertadores y amigos de la humanidad. Olmedilla le respondió con frialdad que la vida o la muerte de los prisioneros quedaba a disposición de Figueredo, quien insistió en que debían morir. Volvieron a discutir. Páez se impuso y Figueredo no pudo matar un prisionero más. Este es uno de los actos de desobediencia e insubordinación que algunos malquerientes de Páez le señalan. “La obediencia, ni en su sentido más estrictamente militar, no torna la espada del soldado en cuchilla de verdugo, ni la guerra en matanza de prisioneros”.

Olmedilla dejó las tropas al mando de Figueredo y siguió a Pore. Anunció que no volvería a ponerse a la cabeza de las tropas, y que éstas podían hacer lo que quisieran. Figueredo dispuso que toda la gente quedase a pie y colocó la manada de caballos en dirección al campo enemigo. Páez y varios oficiales le alertaron que los caballos estaban mal situados, que el enemigo los podía capturar. Figueredo, caprichoso y altanero, expresó mucho disgusto. Reiteró que tanto el campamento como los caballos estaban en lugares seguros y que no debían hacerle observaciones que no había solicitado. Páez le contestó que él no era el único responsable, y que no le bastaba la responsabilidad de otro cuando corrían peligro su vida y su honor. Figueredo no pudo contener la ira que lo dominaba y después de decir carajo, dio una patada en el suelo y gritó: “Les repito, yo soy el responsable y nada tienen que hacer con mis medidas”. Páez le contestó con no me-

nos brío. Figueredo llamó al teniente Juan Antonio Mirabal y le dijo que le remachara un par de grillos. Páez tomó la espada y dijo: "Vengan a agarrarme, pero sepan que estoy resuelto a morir matando, antes que dejarme arrastrar como un criminal". Ninguno se atrevió.

Hecho. Los realistas se apoderaron de gran parte de los caballos, sillas y lanzas de la tropa, además de un cargamento de sal que acababa de llegar, artículo escasisimo y de primera necesidad para las tropas. Desconcertado y frustrado, Páez se separó del ejército patriota y se dirigió a Pore, donde lo aguardaba otra sorpresa.

Olmedilla lo mandó a llamar y le dijo que en la desigual lucha de América contra España era imposible vencer. "Pereceremos sin sacar fruto de nuestros trabajos y desvelos". Le confió que había resuelto separarse del ejército e internarse en Vichada, en las riberas del Meta, un lugar habitado sólo por indios salvajes inaccesible para las tropas españolas. Esperaba que Páez sonsacara de las filas del ejército patriota unos doscientos o trescientos hombres de su confianza y otros tantos caballos. Mientras tanto, él iría, con su familia y la de Páez sobre el Meta para alistar las embarcaciones necesarias, la sal indispensable y un sacerdote para que les sirviera de pastor. Le dijo: "Tome en Pore las alhajas de oro y plata de la iglesia y quítele a la fuerza el dinero a los ciudadanos; estoy persuadido de que todo caerá más tarde en poder de los españoles".

Páez no supo qué contestarle. Le pidió que le permitiese ir a reflexionar sobre su propuesta. Volvió a la hora y le expresó la necesidad y conveniencia de que continuase al frente del ejército, que no lo abandonase en momentos de peligro y que desistiera de tan desacertado proyecto. Vano esfuerzo. Olmedilla desertó. El gobernador Solano mandó a Páez a aprehenderlo, un encargo que le disgustaba. Habiéndole revelado sus proyectos, Olmedilla iba a creer que Páez lo había denunciado. Lo alcanzó a cinco días de viaje. Olmedilla prorrumpió en improperios contra el Gobierno patriota. Dijo que prefería morir antes que volver a Casanare preso, pero se rindió. El gobernador le puso dos pares de grillos. Después fue indultado. Cuando los españoles invadieron, Olmedilla, en lugar de irse a Guasdalito con los demás patriotas, se internó en los desiertos de aquella provincia siguiendo su vieja idea. Sufrió las mayores miserias. Se vio obligado a alimentarse con el cadáver del más pequeño de sus hijos, como cuenta Páez en su *Autobiografía*.

Héroe de pantalones **raídos**

Venezuela no empezó el 19 de abril de 1810, sino mucho antes. El ejemplo que Caracas dio fue el producto de los talentos que se formaron y capacitaron en el régimen colonial, con libros y panfletos que luego se destruyeron para hacer cartuchos para los escasos fusiles. La Independencia es un hecho central de la historia de Venezuela, pero se ha exagerado en su celebración y se ha hecho muy poco para hacerla efectiva. Fue una terrible guerra civil, si se obvia el ejército expedicionario de Morillo; una revolución que trastocó el orden social y no supo encontrarle sustituto.

Se ha intentado explicar el poco apoyo popular que tenía la idea de la Independencia en los primeros tiempos diciendo que la lucha no era la reacción de un pueblo oprimido, sino la acción de la vanguardia intelectualizada de una clase social privilegiada, que contaminada con las ideas revolucionarias de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, no supo valorar sino mucho después la importancia del apoyo de los sectores menos favorecidos. Y las masas, si se puede aplicar este término del lenguaje político moderno, veían a los nobles no por lo que decían sino por lo que habían hecho. Quienes proclamaban libertad, igualdad y fraternidad eran los mismos que meses antes rechazan el matrimonio entre blancos y pardos, y negaban el acceso de los pardos a la Universidad y a la Iglesia. Ni hablar de la esclavitud. Para los

pardos, su verdadero defensor era el rey, no una nobleza sedienta de más prebendas.

Cuando termina el año 1814, los patriotas sólo ocupaban la isla de Margarita y algunas porciones de los llanos. El país es un paisaje de ruinas y de ruindades. La oreja de un patriota valía un peso; denunciar a treinta españoles o canarios, un ascenso a teniente en las filas republicanas. El asesor de la Intendencia, José Manuel Oropesa, mandó esta descripción a Madrid: "Los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, arrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria, y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de la cual vivir honradamente. La agricultura enteramente abandonada. En las ciudades ya no se encuentran ni granos ni frutos. He visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios". Tantos fueron los excesos cometidos por uno y otro bando, que no sería exagerado suponerla una guerra de exterminio.

Venezuela no se merecía continuar bajo el oprobioso yugo español, pero la acción de los patriotas fue vanguardista y apresurada, guiada más por ideas sublimes que por realidades. La crueldad de ambos bandos sólo podía generar cenizas y eso fue lo que se obtuvo. La Capitanía General de Venezuela sufrió más que las otras naciones que se levantaron contra España. Tenía 800.000 almas, según los cálculos de Humboldt, pero en los 13 años que duró la guerra, mucha de esa gente desapareció. Las poblaciones de miles de almas quedaron reducidas, unas a centenas, otras a decenas, y de otras no quedaron sino vestigios de que allí vivieron humanos. Los muchos errores cometidos, desestimados por las características de la guerra, llevaron a males irremediables, a sacrificios a los que no se debió acceder. La Independencia fue un cataclismo. Bolívar lo dijo de otro modo, pero fue una verdadera calamidad. El país quedó sin talentos y sin riquezas productivas. Sin nada. Los trescientos años de la Colonia fueron borrados con sangre y pólvora.

A finales del siglo XVIII, la sociedad fundada por España en América había alcanzado cierto grado de evolución y cierta riqueza, también cierto sentido de inconformidad. Era una comunidad de individuos de buenas costumbres, sobrios y obedientes de las leyes, aunque con graves injusticias en su seno. Se podía recorrer toda Nueva Granada y casi

toda Venezuela sin toparse con ladrones ni salteadores. Cuando Baralt habla de la Colonia, identifica la peor pérdida, la serenidad: "Habíamos gozado una paz inalterable, la más larga y profunda que recuerda la historia. En medio de la severidad y opresión colonial, jamás se vieron turbas hambrientas levantarse pidiendo pan a la sociedad".

Pero la economía colonial suponía la esclavitud y una acentuada división social, con muchas prebendas para los pocos y demasiados trabajos y vejámenes para los muchos. La vida no era muy grata para los negros y los indios. Los pardos trataban de mejorar su situación económica y social adoptando las maneras y las ideas de quienes poseían apellidos, blancura y riqueza. La Independencia no implicaba un cambio social, eso lo trajo la guerra. La desigualdad y la injusticia no eran percibidas como problemas. La clase ilustrada no tenía conciencia de cometer injusticia alguna. Cuando un mantuano consumaba alguna crueldad contra sus inferiores, indios o negros, era la violación de una regla moral o religiosa, pero no un atropello contra la sociedad. No dudaba de su derecho a mandar y a disponer de los hombres y haciendas a su servicio. Los oprimidos tenían menos conciencia aún de la injusticia. Se quejaban de realidades concretas, de maltratos y abusos, pero sin ir más allá. La única situación criticable para esa dirigencia era la poca participación que tenía en los asuntos políticos. Se pretendía continuar el mismo sistema político y social, pero administrado y controlado por la nobleza criolla.

José Tomás Rodríguez Boves comandaba una turba de desarrapados. En un memorial de José Ambrosio Llamozas, vicario y capellán del ejército de Boves, quedó escrito que el asturiano hizo matar en Calabozo a 87 blancos, dejó listos a otros 32 para tal efecto y ordenó que se hiciese lo mismo con todo hombre blanco que allí llegase, y que las mujeres fuesen remitidas a la isla de Arichuna. Las casas y bienes de muertos y desterrados se repartieron entre los pardos, a quienes les entregó papeletas de propiedad. Su obsesión era exterminar a los blancos, no importa que se refugiaran en las iglesias y fuesen mujeres y niños. Dio órdenes para que a cuantos patriotas blancos se presentasen o fuesen aprehendidos se les matase sin observar formalidades. Cuando Boves ofrece la libertad de los esclavos para emanciparlos de los patronos, adueñarse de los bienes y ser los amos de las haciendas, era lógico que,

alucinados por tantos ofrecimientos, no hubiera negro, zambo, mestizo o cuarterón que se negara a jurar su adhesión al rey de España.

Formado en el combate, sin apellidos lustrosos y sin haber frecuentado las tertulias de los mantuanos, Páez se ganó la confianza, el cariño y el respeto de unos soldados que habían sido pervertidos en su moral y exacerbados en sus odios. Supo implantar el sentimiento nacional por sobre el credo meramente racista y destructivo de José Tomás Boves y su segundo Morales. Pronto creció su popularidad entre las turbas que habían sido empujadas a vivir del pillaje, caracterizadas por una crueldad desprovista de todo sentimiento humanitario. Comprometidos en una empresa que no tuvo otra bandera que exterminar la raza blanca, creyeron que todo estaba permitido, incluso los mayores abusos, y que su misión era saquear pueblos, incendiar hatos, robar ganado y matar a cuantos intentaran alguna resistencia. Una lucha con esos rasgos tenía que conllevar la destrucción de la riqueza y todos los crímenes imaginables.

A finales de 1815, la provincia de Casanare fue invadida por el general Calzada. Con tres mil infantes, quinientos jinetes y dos piezas de artillería, penetró hasta el cantón de Chire. Joaquín Ricaurte se retiró con Valdez, su jefe de Estado Mayor, a unas tres millas de distancia y se llevó como custodia de su persona ochenta dragones armados de carabinas, las únicas armas de fuego que había. Páez mandaba un escuadrón de doscientos hombres provistos apenas con lanzas. Al principio de todo combate, cuando sonaban los primeros tiros, se apoderaba de Páez una violenta excitación nerviosa que lo impelía a lanzarse contra el enemigo para recibir los primeros golpes. Cada quien tiene su manera de sentir el miedo, quizás el de Páez fuese apresurarse a combatir. Cuando se repuso, advirtió el movimiento de flanco de sus jinetes y supuso que trataban de huir. Corrió y a la cabeza del escuadrón gritó: "Frente y carguen". El movimiento fue inmediatamente ejecutado. La caballería enemiga, creyendo que los patriotas huían, había cargado, pero al salirle al encuentro optó por la retirada. Las fuerzas de Páez persiguieron al enemigo hasta que encontraron la comisaría y equipajes que los españoles habían dejado en una quebrada. Aprovechando el desorden, la caballería española se salvó. Ricaurte ordenó que lo tomado como botín fuese entregado al jefe del Estado Mayor.

Manifestó que así los soldados irían más ligeros y expeditos para vigilar al enemigo. Ofreció que lo repartiría después. Todos entregaron los despojos. Ricaurte se marchó al pueblo de Marcote y allí los repartió entre su Estado Mayor y su escolta.

A los pocos días, Páez fue a Pore a presentarse a Ricaurte. Andaba descalzo y maltratado de vestido, con unos pantalones de bayeta verde raídos hasta la mitad de la pierna. Al recibirlo le dijo: "Lo felicito comandante Páez, por su bravura y heroico comportamiento. Pero, ¿cómo se atreve a venir con ese traje de mendigo?". Páez le respondió: "Mi general, es el único que tengo. Creí mi obligación presentarme a mi superior, y lo he hecho sin ocuparme del vestido. Nadie está obligado a más de lo que puede". Cualquiera puede suponer que Ricaurte le iba a ofrecer una camisa siquiera, pero cambió de conversación y no volvió a darse por entendido sobre la vestimenta.

En Guasqualito, enterado de que sería atacado por fuerzas superiores, el general Ricaurte reunió a todos los oficiales del ejército y pidió opinión sobre su proyecto de retirarse con las tropas al otro lado del río Arauca, a Casanare. Como nadie le respondía, se dirigió a Páez, que le manifestó que como le había ofrecido al pueblo de Guasqualito defenderlo hasta el último trance, le suplicaba que le permitiera quedarse con su escuadrón. Ricaurte se retiró a Casanare sin informar a Páez de la proximidad del enemigo. Le dejó una fuerza de quinientos hombres de caballería.

Localizada en Mata de la Miel una avanzada enemiga de treinta hombres, entendió que aquel era un ejército que pronto lo atacaría. El oficial de la descubierta enemiga y Páez empezaron a insultarse. El realista mandó a hacer fuego y una bala mató el caballo de Páez. Una pierna le quedó atrapada debajo del animal. Mientras se desembarazaba, ordenó a sus hombres que avanzaran y cargaran. Luego de matar a cinco enemigos, el comandante Nonato Pérez lo recogió. Páez se reunió con el resto de sus tropas y dirigió una singular proclama: "Me han matado mi buen caballo. Si ustedes no están resueltos a vengarlo, lo haré yo solo, aunque muera a manos de las filas enemigas". Todos contestaron: "Vamos a vengarlo".

La tarde estaba muy avanzada y muchos de los jefes manifestaron que era mejor atacar al otro día. Páez insistió en que la oscuridad

también sería un grave inconveniente para los realistas. Mandó a formar dos líneas, que se fueron acercando lentamente al enemigo. El coronel realista Francisco López los dejó llegar a menos de medio tiro y rompió sobre los patriotas con artillería y fusilería. La primera línea arrancó tan impetuosa y ordenadamente que sacó de la formación a más de las dos terceras partes de la caballería goda y la puso en completa derrota. Páez había prevenido a la segunda línea que esperara sus órdenes para avanzar, pero por una confusión empezó a hacerlo antes. Galopó para contenerla, pero su caballo fue herido. Comenzó a dar corcovos y lo arrojó con la silla entre las piernas. Quedó cubierto por una espesa nube de polvo levantada por la caballería. Con la oscuridad no sabía dónde se hallaba. Cuando salió de las tinieblas y pudo hacerse de un caballo, la segunda fila venía rechazada. Después de una buena brega logró que los jinetes volvieran caras y se lanzaran a revienta-cinchas sobre la caballería enemiga compuesta por cuatrocientos hombres, que al no poder resistir la impetuosa acometida, remolinaron y se pusieron en fuga. Fueron recibidos por la primera línea, que se encontraba más adelante, y fueron lanceados sin misericordia. Los realistas tuvieron la pérdida de quinientos prisioneros, cuatrocientos muertos, tres mil trescientos caballos y gran número de lanzas y fusiles. Esa fue la batalla de Mata de la Miel. Páez dio libertad a los prisioneros para que desertasen y regresaran a sus casas, pero muchos prefirieron incorporarse a sus filas. La noticia de su generosidad con los vencidos y sus victorias se difundieron por Barinas y Apure.

En 1816, Páez estaba al mando del ejército en Guasualito. A mediados de junio, López resolvió atacarlo en Mantecal. Páez, con una columna de trescientos hombres, salió a esperarlo en la sabana limpia. López hizo otro tanto a la derecha del caño de Caicara, con mil doscientos jinetes, seis piezas de artillería y cuatrocientos infantes. Nada se adelantó. Sólo hubo escaramuzas entre doscientos carabineros realistas y cincuenta patriotas al mando del capitán Antolín Mujica. Para no ser sorprendido en la noche, Páez retiró a su gente a un médano rodeado de agua un tanto profunda. La noche siguiente, los españoles se fueron al camino de Nutrias. Cuando Páez descubrió la retirada de López, ordenó marchar. A los días lo alcanzó y lo sorprendió a las cua-

tro de la mañana. Los realistas perdieron más de trescientos hombres –entre muertos, dispersos y heridos– y quinientos caballos. Intentando tomar Achaguas, el capitán Antolín Mujica cayó con su caballo en un jagüey. Allí fue hecho prisionero y fusilado por el presbítero coronel Andrés Torrellas. Su cabeza fue frita en aceite y remitida a Calabozo, donde fue colocada en escarpiá. Permaneció en exhibición hasta 1818, cuando por orden de Bolívar fue bajada, y se le sepultó.

No eran grandes batallas campales ni enfrentamiento de masas humanas. La superioridad de las fuerzas realistas era conocida. Tan pronto como España se vio libre de la invasión francesa aprestó una expedición con el general Pablo Morillo al frente. Se componía de 10.642 hombres, que embarcaron en 60 buques mercantes, escoltados por 3 fragatas de guerra, 30 buques menores y el navío *San Pedro Alcántara*. Llegó a Margarita, el 3 de abril de 1815. El sistema de guerra que debían adoptar los patriotas contra esas tropas veteranas, acostumbradas a luchar, bien disciplinadas, valientes y leales a su causa debía ser el mismo que los españoles utilizaron en la Península para destruir a sus invasores. Los bosques, montañas y llanos eran una protección contra la superioridad numérica del enemigo. A nadie se le podía ocurrir que en plena estación lluviosa pudiesen salir del bajo Apure tropas de caballería para atravesar tanto terreno inundado, y sobre todo caños y cinco ríos fuera de madre, montados en caballos rucios. Los llaneros saben que el rucio es más nadador.

Después de que Pablo Morillo destruyó el gobierno de Bogotá, Páez recibió en Trinidad de Arichuma una comunicación del coronel Valdez, comandante general de las tropas de Casanare, para que asistiera en el Arauca a una junta de jefes y oficiales granadinos y venezolanos, que establecería un gobierno provisional y elegiría un jefe. Allí, el teniente coronel Fernando Serrano fue nombrado Presidente del Estado; Francisco Javier Yánez, Ministro secretario; los generales Urdaneta y Servier, consejeros de Estado, y el coronel Francisco de Paula Santander, General en Jefe del Ejército.

Santander comisionó a Páez para que buscara en el hato Lareño potros para remonta. Cuando regresó con quinientos caballos, los jefes y oficiales, y una gran parte de los civiles, salieron a recibirlo y a proclamarlo jefe supremo. Sorprendido, preguntó por qué desconocían

a Santander y demás autoridades. Contestaron que, en las circunstancias en que se encontraban, no veían en Santander capacidad y buen tino para salvarlos; no poseía instrucciones ni disposición natural para la guerra y que era un general de los que los llaneros llamaban “de pluma”. Páez siguió a la casa de Santander y le informó los resultados de la comisión, pero no le dijo nada de lo que acababa de pasar. Luego, los jefes y oficiales, con muchos más civiles, fueron al rancho que servía de habitación a Páez para que se presentara ante las tropas formadas para reconocerle. Se negó otra vez. Santander vino y preguntó qué pasaba. Le contestaron que se consideraban en eminente peligro y que habían resuelto conferirle a José Antonio Páez el mando supremo. Santander respondió que era de la misma convicción y que se sometería con gusto, siempre que le admitiesen la renuncia que presentaba en aquel momento. Le observaron la inutilidad de tal proceder; que ellos, que representaban la soberanía, ya habían desconocido su autoridad. Frente a tal insistencia, Santander clavó su espada en la tierra y dijo que prefería morir antes que consentir ese ultraje. Páez habló. Dijo que sólo aceptaría el mando si admitían la renuncia de Santander. Aceptaron.

Formó una junta para conocer la opinión de los oficiales sobre las operaciones que debían emprenderse. Entre las propiedades que los habitantes de Apure pusieron a su disposición entraron sus esclavos, a quienes declaró libres. Las condiciones en las que guerrearaba Páez en los llanos no eran las mejores. Los caballos estaban extenuados; el pasto escaseaba y era de mala calidad; la mayoría de los soldados no tenía más armas que lanzas de palo, aguzados a manera de chuzos por una de sus puntas; casi ninguno llevaba armas de fuego; se cubrían las carnes con guayucos, los sombreros se habían podrido con los rigores de la lluvia. La falta de silla de montar no podía suplirse siquiera con una frazada o cualquier otro asiento blando. Cuando se mataba alguna res, los soldados se disputaban la posesión del cuero para usarlo como abrigo contra la lluvia durante la noche. Debían permanecer en la sabana limpia para no ser cogidos de sorpresa. A excepción del terreno que pisaban, todo el territorio estaba ocupado por el enemigo. Eran tanta las calamidades que un testigo escribió mucho tiempo después: “Deseábamos los riesgos para acabar con gloria una vida tan

amarga". En algunos lugares comían tasajo de carne mal preparado con serias consecuencias intestinales; otros subsistieron alimentándose de bleo. Con tan famélica pitanza, la morbilidad de las epidemias de paludismo y malaria aumentó, lo mismo que la de viruela.

El general Santander describió la situación:

Durante la campaña de los llanos de 1816 a 1818, se hacía la guerra a los españoles con caballería y muy poca infantería. La facilidad de atravesar a nado los ríos y caños crecidos, el conocimiento práctico del territorio, la abundancia de ganado que era el único alimento de las tropas, la carencia de hospitales, de parques y provisiones, daban a las tropas patriotas ventajas muy considerables sobre los españoles. Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes; el que tenía vestido lo usaba, el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirirlo en el primer encuentro con el enemigo. Habitados los llaneros a vivir con carne sola, y robustecerse sufriendo la lluvia, no temían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas; valerosos por su complexión, ningún riesgo los intimidaba. De aquí que puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros pasaron trabajos y privaciones apenas concebibles. El reclutamiento se hacía siempre general de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado. Así fue que en los combates de Yagual y Mucurita tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año de 1818 todos estaban forzados a vivir y a marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres, viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera, con carne asada y sin sal, todos iban descalzos.

Los realistas tampoco la pasaban bien. El capitán Rafael Sevilla, en sus memorias sobre sus campañas en Venezuela y Nueva Granada, describe el malestar del ejército español cuando entró en los llanos para enfrentarse a los patriotas, que pintó como un bosque de lanzas a galope tendido. Morillo fue herido por el capitán Juan Pablo Farfán de un lanzazo que lo clavó en la silla. El propio Morillo lo participó a la Metrópoli: "Me hallo atravesado de un lanzazo que recibí en el momento crítico de cargar a los enemigos. Mi herida es sumamente considerable por el estrago espantoso que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y al salir, y por el sitio en que la recibí, que es en el costado izquierdo entre la cadera y el ombligo, con salida por la espalda".

Los patriotas, una comunidad de soñadores alentados por las palabras libertad y patria, desafiaban la muerte en sus más recónditos dominios. Llevaban una rudimentaria existencia y así eran también las alegrías. La vida era montar a caballo, colear toros y nadar en ríos y caños colmados de caimanes, caribes y tembladores. La diversión era tocar cuatro, hecho con una tapara y tripas de res. Al caer de la tarde, se solazaban cantando coplas, recitando corridos o refiriendo lances del combate y de la doma de potros, o bailando cualquier aire gracioso y emotivo, en parejas de varón y hembra, o sólo de varones cuando en el campamento había pocas mujeres. También se organizaban coros, que a Páez le gustaba dirigir. Una vez cantaron en uno más de quinientas personas y los británicos quedaron asombrados de lo bien acoplado de las voces. Un espectáculo sublime en medio de tan espantosa guerra y tan desolado territorio.

Sin carretas, el transporte se hacía a lomo de bestias. No había caminos sino senderos que las crecidas de los ríos o del monte borraban. En recuas de mulas o burros viajaban las cosas que se producían o que se compraban a contrabandistas holandeses o ingleses que se aventuraban desde Curazao y Trinidad hasta Angostura y más arriba.

Los patriotas exportaban por el Orinoco fuertes cantidades de ganado vacuno y tabaco de Barinas. Todo lo que se obtenía era para comprar armas. Desesperaba pensar que los traficantes se devolvieran con las armas por falta de fondos para pagarles: "A riesgo estamos -le escribió Roscio a Bolívar- de ver retroceder fusiles por falta de dinero. No hay ganado, ni mulas ni otra cosa que cargar; y es preciso defender el río. Se abastece la guarnición, hospital y marina quitando en La Soledad reses de particulares; y para el abasto de la gente de Apure hemos tenido la fortuna de trampear cuatrocientos barriles de harina que trajo de Norteamérica un buque americano, y la fió a trece fuertes. Yo sufro, pero no quisiera que sufriese la República por este grado de miseria a que hemos llegado. Desde que recibí las órdenes de usted sobre sueldos, me sujeté a una ración de carne". El capitán italiano Carlos Castelli, quien peleaba con los republicanos, anotó en su diario que en 1817 él y sus tropas se alimentaban con moluscos y carne de burro.

Páez comprendió pronto las posibilidades del territorio y la necesidad de llevar la guerra a las sabanas, a las riberas de los majestuosos

ríos, al límite de la selva impenetrable. En la estación lluviosa podía orientarse como ningún otro entre los cursos de agua; y en la estación de sequía sabía dónde encontrar agua. Marchaba de noche, guiado por las estrellas, para proteger sus tropas y evitar que el enemigo viese las espesas nubes de polvo que levantaban los caballos. Sus movimientos tenían la rapidez de la guerra mecanizada: cubría cientos de kilómetros en un día. Quizás por ser un mocetón de 26 años, ejercía el poder con demasiada autosuficiencia. Se sobrevaloraba, vivía inflamado. Los doctores y letrados lo animaban, aplaudían sus hazañas y obedecían sus órdenes. Los llaneros le decían Taita y lo buscaban para que intercediera en sus disputas, hasta en las peleas que tenían con sus mujeres. Su palabra era obedecida, tenían la sensación de que era expresión de la justicia.

Páez, con setecientos combatientes, fue a buscar al enemigo en el Bajo Apure. Los caballos estaban tan demacrados que apenas podían hacer tres leguas diarias. La única opción era combatir sin tregua. Acompañado de nueve personas, entre edecanes, oficiales y ordenanzas, encontró cincuenta y cinco jinetes realistas capitaneados por Facundo Mirabal que hacían un reconocimiento. Armados de carabina y lanza, iban treinta; los demás, de lanza. Cuando vieron que los patriotas se acercaban, apresuradamente arrearon casi cien caballos. Páez decidió quitárselos. Marcharon al trote y el enemigo les hizo frente. Sin vacilar, Páez y sus hombres cargaron impetuosamente, con tanto coraje y brío que sólo ocho escaparon. Los demás fueron muertos o hechos prisioneros.

Al día siguiente y después de mil penalidades, a una milla de distancia avistaron al enemigo: mil setecientos jinetes y seiscientos infantes. López tenía formada la caballería detrás de la casa y la infantería apostada en la misma majada. La puerta era defendida por cuatro piezas de artillería. En el río Arauca, a tiro de fusil del hato, tenía cuatro lanchas armadas con cañones. Los patriotas se acercaron a los realistas formados en tres líneas: el escuadrón de Rafael Urdaneta a la vanguardia, el de Servier en el centro y el de Santander a la izquierda. Mientras, el capitán José María Angulo, que reconocía el terreno con un piquete de carabineros, fue acometido por fuerzas superiores. Como fue reforzado, López entendió que el ataque podría empeñarse por

aquel flanco. Dispuso que un escuadrón de carabineros saliese a flanquear la derecha de Páez. Se acercaron a menos de medio tiro de carabina y rompieron fuego con gran ventaja. Como Páez no tenía suficientes armas de fuego, ordenó que la mitad del escuadrón de Santander desalojase al enemigo de aquella favorable posición. Lo hicieron, pero cuando los realistas empezaban a huir, les vino en auxilio un escuadrón de lanceros. Páez envió a Santander con la otra mitad y rechazó al enemigo. El jefe realista se resistía a perder terreno. Páez envió dos escuadrones de refuerzo después de que Servier avanzó en auxilio de Santander. Cuando Santander y Servier se hallaban empeñados en un fuerte combate a lanza, salió por la derecha el coronel Torrellas, segundo de López, con el propósito de destruirlos por la retaguardia. López mandó a cargarles con el resto de su caballería. Páez ordenó al general Urdaneta salirle al encuentro. Los realistas no pudieron ejecutar la maniobra y fueron perseguidos vigorosamente. Los hombres de Páez los cargaron hasta la misma puerta del corral del ható. A López le quedaban mil quinientos jinetes, refugiados a la espalda de la infantería. Páez reorganizó sus fuerzas y permaneció el resto del día a medio tiro de fusil del enemigo, que no se atrevía a dar combate. Vino la noche y para evitar que los sorprendieran en la oscuridad, los patriotas se metieron en un estero inundado. Los jinetes de Torrellas buscaron toda la noche ¿Cómo iban a pensar que estaban metidos en el agua? Al día siguiente, por la tarde, provocaron a los españoles a combate, pero lo evitaron y se retiraron a Achaguas.

López invitó a Páez a una entrevista. A la mitad del río Apure, lo acogió con gran cortesía y le encomió sus destrezas militares. Lamentó que no consagrara sus esfuerzos a la defensa de “los sagrados derechos del rey”, cuyo servicio creía que había abandonado por la injusticia que le hiciera un jefe español. Páez le contestó que estaba mal informado, que nunca había abandonado ni abandonaría jamás la causa patriota, por muy grandes que fuesen las adversidades. Lo interrumpió para decirle que no había solicitado la entrevista para seducirlo, sino para conocerlo personalmente y darle las gracias por la generosidad con los prisioneros.

De vuelta de la entrevista, Páez mandó que ocho hombres se embarcaran en la única canoa que tenían, atravesaran el río y atacaran el

campo enemigo. Sus oficiales le dijeron que la orden era un sacrificio inútil, pero no revocó la orden. Confiaba en la buena suerte que siempre acompañaba sus más temerarias empresas, aunque esa lo era hasta más no poder. A mediodía atacaron y cargaron en firme. No habían disparado cien tiros cuando los realistas echaron a correr despavoridos; creyeron que eran atacados por fuerzas superiores.

En Achaguas, Páez recibió dolorosas e inesperadas noticias: la derrota y muerte del comandante Freitas; la destrucción y muerte del comandante Roso Hurtado, en Barinas; y la dispersión del general Urdaneta, quien se retiró a Apure perseguido por el general Calzada. Estos sucesos, más la certeza de que Morillo se acercaba con fuerzas tres veces más grandes, hicieron creer a jefes y oficiales que Páez no resistiría con sus exiguas tropas al General expedicionario. Unos le pidieron pasaporte para retirarse a la provincia de Guayana; muchos se marcharon sin él, y otros oficiales carabineros desertaron con ochenta de sus hombres, con las dos cargas de pertrechos que constituían el parque patriota. Páez no perdió el ánimo. Si las tropas de Morillo batían a las fuerzas de Apure sería un golpe mortal para la causa patriota: se apoderaría de los inmensos recursos de ese territorio. Morillo lo comprendía bien.

Los amigos se abrazan y también se gritan

Cuando principiaba 1818, a Páez se le desarrollaron unas fiebres y Bolívar le mandó un médico para que lo atendiera. Tan pronto como se recuperó y supo que Bolívar se hallaba en el hato La Cañafístola, a cuatro leguas de Payara, en San Rafael de Atamaica, se adelantó a buscarlo con los principales jefes de su ejército. Apenas lo vio a lo lejos, Bolívar montó su caballo para ir a recibirlo. Al encontrarse, echaron pie a tierra y se dieron un fuerte abrazo.

Bolívar, a quien Páez no conocía sino por cartas, había enviado antes a los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo para que lo reconociera como jefe supremo de la República. Páez tenía bajo sus órdenes a oficiales de reconocido mérito y ejercía la autoridad conferida en Trinidad de Arichuna, cuando los habitantes de Apure pusieron a su disposición un millón de reses y quinientos mil caballos. Investido de una autoridad omnímoda, con ingentes recursos y teniendo bajo su mando aquel ejército de guerreros imbatibles que lo obedecía gustoso, si hubiese abrigado ambiciones habría sido la ocasión de Páez para manifestarlas y devolver a los emisarios de Bolívar sin completar el mandado. Pero no vaciló. Declaró su resolución de aceptarlo como jefe supremo. Formó las tropas y ante el padre Ramón Ignacio Méndez, que después fue Arzobispo de Caracas, juró aceptar a Simón Bolívar como jefe supremo. Empezó la efectiva liberación de Venezuela.

Páez le repetía a Bolívar: “Paciencia que tras un cerro está un llano. El que sabe esperar el bien que desea, no toma el camino de perder la paciencia”. Una vez el Libertador le contestó: “Muchas veces, hay tanta pereza como debilidad en dejarse dirigir por la paciencia. Cuánta suma de esta virtud puede ser bastante para resistir las amargas privaciones que sufrimos: sol abrasador como el mismo fuego, viento, polvo, carbón, carne de toro flaco, sin pan ni sal, y por complemento agua sucia. No desierto porque no sé adonde ir”.

Simón Bolívar y Páez se tenían confianza suficiente como para exponer acaloradamente sus puntos de vista. No todos los planes de Bolívar fueron acertados ni todas sus ideas geniales. Humano, cometió errores y tuvo desaciertos. Sus diferencias no eran enfrentamientos ni discordias insalvables, sino las contradicciones propias de las grandes empresas. Felipe Larrazábal, autor de un pomposo panegírico de Bolívar –publicado en Nueva York, en 1866–, fue enemigo encarnizado de Páez. No desperdició ocasión para pintarlo como un salvaje, incapaz de razón y siempre dispuesto al alzamiento, a la desobediencia y a la indisciplina. Páez, por el contrario, nunca desdeñó la importancia de la disciplina, entendida como una necesidad en el combate, no como una procesión de caras largas. Bolívar se admiraba de que Páez conservara su ejército en buen estado y ordenado, pues lo componían en gran parte los individuos que comandados por Yáñez y Boves habían sido azote de los patriotas. Aquellos hombres casi salvajes, que se habían acostumbrado a venerar el nombre del rey como una divinidad, con la guía de Páez siguieron la causa de la patria. Muchos historiadores cometen el error de representar el ejército de Apure como una soldadesca desalmada, avezada al robo, sin respeto ni obediencia a autoridad alguna. Una distorsión. La disciplina tiene sus límites. En algunos momentos es irracional e insensato tratar de imponerla; en otros, no imponerla es un suicidio.

El ejército patriota constaba de dos mil infantes y más de dos mil caballos, y cuatro piezas de artillería. Morillo no tenía víveres ni para ocho días y se creía ya perdido. Páez insistía en que, si Bolívar abandonaba la idea de dejar los llanos para ir a apoderarse de Caracas, era posible acabarlo. El Libertador le daba tanta importancia a la ocupación de la capital que iba a cederle al jefe español un territorio en el

que, en poco tiempo, reuniría fuerzas. A tres leguas de Calabozo, camino de Caracas, Bolívar mandó a llamar a Páez para conocer su opinión. Páez le expuso que estaba dispuesto a obedecer sus órdenes, pero que sus argumentos para avanzar sobre la capital, por la fuerza moral que daría a la causa y la seguridad que tenía de que reuniría cuatro mil hombres para reforzar su ejército, no eran suficientes para correr el riesgo de dejar a Morillo por retaguardia; que la superioridad patriota consistía en la caballería y quedaría anulada en terrenos quebrados y cubiertos de bosques pedregosos.

La discusión fue tan larga y acalorada que quienes la observaban de lejos creyeron que peleaban. Es probable que algunos la interpretaran como un irrespeto al jefe supremo. Comenzó a decirse que sus ánimos estaban mal dispuestos. Se equivocaban. Ese mismo día, Bolívar y Páez almorzaron juntos y después salieron a perseguir a Morillo.

En 1819, Morillo, que estaba a dos jornadas de San Fernando, se presentó con cinco mil infantes y dos mil caballos. Páez apenas disponía de cuatro mil hombres, entre reclutas y caballería, el ejército más fuerte con que contaban los patriotas. No consideró prudente exponerlo. Adoptó otro género de guerra: de movimiento, de marchas y contramarchas, para llevar al enemigo a los desiertos de Caribén.

Páez convocó a los vecinos de San Fernando y les participó que debían abandonar la ciudad y dejar que el enemigo pasara los ríos Apure y Arauca, para atraerlo a Caribén. No sólo acogieron la idea unánimemente, sino que también propusieron quemar la ciudad, para que no le sirviera a Morillo de base de operaciones. Dijeron que estaban dispuestos a incendiar sus casas con sus propias manos y a tomar las armas para incorporarse al ejército libertador. Lo hicieron, cuando avistaron al enemigo en la ribera izquierda del río. Morillo, al divisar el fuego, no pudo menos que confesar la imposibilidad de someter a gente de tanta disposición. El ejército realista atravesó el Arauca sin oposición y las tropas de Páez se retiraron al otro lado del río. Cuando Morillo tenía listo todo para marchar en su busca, Páez hizo llevar cuatro caballos salvajes a su campamento. A las diez de la noche, mandó que les amarraran unos cueros secos a los rabos y los enviaran en dirección al campamento enemigo, al tiempo que hacían algunos tiros. Los caballos entraron como una tormenta al campamento. Los españoles creye-

ron que era una tremenda carga de caballería. Varios cuerpos rompieron fuego y cundió el desorden. Tardaron varios días en organizarse.

Páez intentó otras escaramuzas para atraer a los realistas a Caribén, pero Morillo, harto perito y avisado, regresó a Achaguas. Páez lo siguió con ochocientos hombres y lo molestó sin cesar con guerrillas por el frente, los flancos y la retaguardia. Todos los días le tomaba prisioneros y le impedía recoger ganado para racionarse. Morillo le tenía particular encono a Páez por la manera abierta como desafiaba a su aguerrido y veterano ejército. El capitán británico Richard Vawell narró uno de esos episodios:

Morillo conocía muy bien la incapacidad de su caballería ante los llaneros. Ordenó que los húsares y lanceros se apostaran en algunos pequeños recodos a orillas del Arauca. Frente a cada destacamento se colocaron dos cañones de campaña. Los artilleros se mantenían con las mechas encendidas, listos para hacer fuego. La infantería formaba una oscura línea al borde del bosque, donde comenzaba la llanura. Páez detuvo su gente como a media milla del borde de la selva y se adelantó a caballo, seguido de tres o cuatro de sus guerreros. Cada uno de estos oficiales llevaba una lanza con una banderola negra en que aparecían, toscamente bordados con algodón blanco, una calavera y unos huesos en aspa. Páez montaba un corcel rucio pavón, con crines y cola flotantes, pues los llaneros no desfiguraban sus caballos cortándoles las cerdas; su traje era análogo al de sus compañeros de armas y consistía en una camisa abierta de cuello y pechera y mangas muy anchas, con rayas rojas y transversales; y calzones sueltos de algodón blanco que le llegaban más abajo de la rodilla. Tenía las pantorrillas al aire y los pies descalzos, pero llevaba unas espuelas de plata con agudas rodajas, como de cuatro pulgadas de diámetro. Cubría su cabeza con un sombrero de copa baja, tejido con hojas de palmera y provisto de una ancha cinta azul, atada bajo la barba, a guisa de barboquejo. Su lanza era liviana y muy manejable, y el fuste, de una caña negra, dura y elástica, que crece en varios lugares de las llanuras. Un muchacho de unos doce años, montado en un caballo de gran corpulencia y brío, le llevaba la lanza; el chico servía siempre al jefe en calidad de asistente y era muy querido en el ejército, gracias a su impasibilidad ante el peligro y a su destreza en jinetear y nadar, prácticas indispensables para los que viven en las sabanas. Páez, el terrible jefe llanero, no revelaba en su franca expresión huella alguna de la ferocidad que se le ha atribuido.

El pelo corto y crespo, le caía sobre la alta frente. Usaba pequeños bigotes negros, pero no barba; únicamente sus ojos, también negros, daban indicios de los arrebatos que

solían impulsarle a actos de rigor excesivo. Sus carrillos algo pálidos, por lo regular, se encendían por causa del esfuerzo realizado y de la exaltación que le producía su enardecimiento ante un combate inminente. Cabalgó paso a paso, reconociendo con calma las filas realistas, sentado a la mujeriega, con una pierna cruzada sobre el arzón de la silla. Aunque Páez se hallaba a unas cien yardas del bosque, la infantería española no le apuntó siquiera, pues una intensa curiosidad y acaso un sentimiento de respeto por su actitud tranquila y resuelta, fijaban la atención del enemigo en los movimientos de este hombre excepcional. Habiendo pasado frente a toda la línea enemiga, como quien revisa sus propias tropas, cogió su lanza de manos del chico que la conducía y, recto en la silla, regresó a medio galope, agitando el muy conocido y terrible símbolo de la Guerra a Muerte, como un reto para que la caballería española saliera del bosque en que se había refugiado y se le enfrentara en la sabana. Mientras tanto, su guardia, que lo observaba atentamente, prorrumpía en gritos entusiastas de ¡Viva Páez!, ¡Muera Morillo! Cuando se incorporó a sus lanceros, todos echaron pie a tierra y quitaron los frenos a sus caballos, como insulto adicional a la caballería española, pero sujetándolos por el cabestro. Los llaneros sacaron entonces sus pipas de madera y su tabaco y comenzaron a fumar con tanta calma como si estuviesen en su campamento.

Páez supo del plan de Morillo para capturarlo. Un capitán de la caballería realista se pasó a sus filas y le informó que si volvía a provocar a los españoles atacándolos y fingiendo retirada para volver a la carga, el jefe realista iba a dirigirle todas sus fuerzas. Lo perseguirían doscientos hombres escogidos, en caballos de buena carrera y resistencia, para hacerlo prisionero. Conocido el plan, Páez fue a ver a Bolívar. Le dijo que si le permitía pasar el río con unos pocos lanceros, atraería a los realistas; que si la compañía de granaderos y cazadores se ocultaba con su artillería en las orillas del río, podrían dar un buen golpe. Bolívar accedió. Páez y 150 hombres cruzaron el río y se dirigieron a galope al campamento de Morillo, que puso en práctica su plan. Páez los fue entreteniendo con cargas y retiradas hasta al sitio de la emboscada, donde la compañía de cazadores rompió fuego contra los realistas. Se vio muy apurado, pues el enemigo lo venía acorralando por ambos costados y acosaba con el fuego de sus fusiles y cañones. Afortunadamente, el comandante realista Narciso López, cuando se adelantó a la infantería con el escuadrón de carabineros, le brindó la oportunidad de pasar a la ofensiva. Páez dispuso que el

comandante Rondón lo cargase a viva lanza y se retirara antes de que lo cercara la caballería. Páez deseaba que el enemigo formase una sola masa para entonces devolver y atacar en firme. Rondón cargó con la rapidez del rayo y Narciso López, imprudentemente, echó pie a tierra con sus carabineros. Cuando la caballería realista formaba un solo grupo, Páez mandó a su gente volver riendas y acometer con el brío y coraje con que sabían hacerlo. Hicieron estragos. Los apureños, armados únicamente con armas blancas, tuvieron que luchar contra ese elemento que Cervantes llamó “diabólica invención, con la cual un infame y cobarde brazo, que tal vez tembló al disparar la máquina, corta y acaba en un momento los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos años”. Cuando la noche se acercaba, la caballería enemiga se puso en fuga y su infantería se internó en el bosque en busca de salvación. La artillería dejó sus piezas en el campo. Mucho antes del amanecer, Morillo emprendió su retirada a Achaguas. Esa fue la batalla de Las Queseras del Medio.

El escepticismo abona el **autoritarismo**

Guayana era el embrión de la Tercera República. Angostura fue designada capital y el Gobierno empezó a tener forma. Bolívar decretó la formación de un Consejo de Estado que podría proponer leyes, pero sus facultades sólo serían de asesoramiento, no ejecutivas, con lo cual le daba cierto carácter deliberativo al mando unipersonal que ejercía. El Consejo asumiría toda la autoridad en el caso de su muerte; pero mientras viviese, Bolívar no abandonaría su posición de mando absoluto. Así se creó un Poder Ejecutivo muy fuerte y un poder legislativo nominal.

La organización económica y política de la época colonial había sido barrida y había que lograr un mínimo de orden y bienestar para asegurar la continuación de la guerra. Bolívar construyó hospitales y se confiscaron las propiedades de los españoles y de los americanos que habían abandonado el país, las cuales se repartieron entre los generales, oficiales y soldados. Así se plegó el ejército de los codiciosos a la causa de la República.

El autoritarismo que empezaba a aparecer era consecuencia de la propia guerra y de los pensamientos escépticos de Bolívar sobre la capacidad del pueblo para utilizar su libertad. El Congreso le restituyó al Libertador la autoridad de dictador que ejercía, aunque él mismo había alertado que esos poderes no debían prolongarse: "Nada es tan

peligroso como dejar el poder permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano; el pueblo se acostumbra a obedecerle, y él se acostumbra a mandarlo; de donde se origina la usurpación y la tiranía”.

El 15 de febrero de 1819, en la primera sesión del Congreso de Angostura, Bolívar explicó sus ideas sobre la constitución que convenía a la República. Propuso un sistema como el británico, en cuanto a la estructura del Poder Legislativo: una Cámara de Representantes y un Senado vitalicio. Era un demócrata, pero jerárquico y autoritario. Deseaba equilibrar a los representantes libremente elegidos con senadores hereditarios, para evitar las vacilaciones de las masas. Creía en la nación, pero no en las masas. La soberanía del pueblo, escribió, no puede ser ilimitada: “El individuo pugna contra la masa y la masa contra la autoridad. Es preciso que en los gobiernos exista un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido y desarme al ofensor”. Esta obligación recaía sobre el Senado hereditario.

Bolívar se esforzó en inventar un sistema que se adaptara a la sociedad que nacía. Como idea general, nadie duda de que el mejor sistema de gobierno es el que garantiza “un máximo de felicidad, un máximo de seguridad social y un máximo de estabilidad”, pero dependerá de cómo se defina la felicidad, la seguridad y la estabilidad, definición que le corresponde al pueblo en conjunción con sus hombres ilustrados, a la praxis de la democracia.

El corazón tiene razones y **sinrazones**

Cuando tenía 19 años de edad, José Antonio Páez se casó con la patriota y guerrera Dominga Ortiz, una muchacha de recia estirpe barinense. Ya había tenido un hijo con una joven neogranadina de apellido Ricaurte, Ramón, que Dominga crió como suyo, fue escritor: lo acompañó como preso en el castillo de Cumaná y en sus años de penuria en Nueva York, donde lo ayudó a redactar sus memorias.

El matrimonio vivió los contratiempos de la guerra de independencia. Dominga compartió la vida del campamento y muchas batallas, como la de Calabozo y Las Queseras del Medio. El capitán Richard Vowell, de la Legión Británica, la describió como una mujer benevolente, por quien los llaneros profesaban respeto y admiración: "No se debía semejante deferencia al hecho de ser la esposa del jefe, sino a que, poseyendo una educación muy superior a los que la rodeaban, se mostraba modesta y bondadosa con cada uno". Con Dominga, Páez tuvo dos hijos: Manuel Antonio y María del Rosario.

A Barbarita Nieves la conoció en Valencia, después de la batalla de Carabobo, cuando Bolívar le ordenó que siguiera al frente del Ejército. Barbarita se había alistado en algunas campañas y fue la primera enfermera del ejército patriota: en 1816, organizó en Valle de la Pascua un grupo de mujeres para atender a los heridos.

Barbarita Nieves nació en 1803, en Choroni, estado Aragua. Era tri-gueña, con ojos negros como su pelo, de grácil silueta y carácter amable. Tocaba muy bien el piano y era una soprano de voz modulada. Le entusiasmaba la ópera y la cantaba muy bien. Ambos entonaban dúos muy acoplados. Amaba el teatro y tenía un amplio conocimiento de la literatura y de la poesía. Barbarita era muy apuesta y con una personalidad muy diáfana. Una mujer con mucho aplomo y seguridad. Decía lo que pensaba, sin rodeos y sin temer las consecuencias. Con Barbarita, Páez se integró con pasión a las manifestaciones del arte. Llegó a actuar, a cantar y a componer música. Entre los años 1824 a 1829 recibió clases de baile y música, inglés y francés, botánica, economía, pero sobre todo de los secretos de la política y de la administración pública, del mundo ilustrado y refinado en el que penetraban unos pocos iniciados en el país de la posguerra.

En 1827, en un teatro que montó en el patio de su casa valenciana, donde vivía con Barbarita y sus hijos Sabás Antonio, Juana de Dios y Úrsula, presentó la obra *Otelo*, cuyo papel representó. Carlos Soublette interpretó a Barbancio y Miguel Peña a Yago.

Desde muchacho, Páez tuvo inclinación por el canto. Su voz de barítono siempre llamó la atención. Le gustaba rasguear la guitarra y pulsar el arco del violín. Además de ser un gran melómano, conocía de música coral, de ópera, de ritmos populares, de armonía y de técnica vocal. También aprendió a tocar el violonchelo y fue un buen ejecutante del piano.

El cónsul británico sir Robert Ker Porter, entre febrero y marzo de 1833, visitó varias veces a Barbarita en La Viñeta para pintarle un retrato. En su diario, el diplomático describió las recepciones y funciones teatrales a las que Barbarita Nieves y Páez asistían. En La Viñeta, se hacían veladas culturales y otras reuniones más íntimas en las que sus hijas Úrsula y Juana bailaban ante un grupo de amigos. Duraban hasta muy tarde y eran motivo de comentarios de los caraqueños. Asistían músicos y poetas, escritores y cantantes, pintores y diplomáticos, amigos y conocidos. Hablaban de filosofía, de arte, de lo que ocurría en Europa, de la situación política en Venezuela.

Que Páez comprara un piano de cola y hubiera de cargarlo en hombros una partida de cuarenta hombres desde La Guaira hasta Caracas

por el antiguo camino empedrado fue un capricho y motivo de habladurías en Caracas, donde muchas familias habían sido segadas por la hoz sanguinaria, y donde se contaba con más gloria y libertad que comida en la mesa.

En el campamento, por las noches, a la luz de las hogueras y bajo el cielo de la llanura, los patriotas se daban ánimos y olvidaban los infortunios de aquella guerra tan cruel con el canto y el baile. Cuando no los asediaba el enemigo, limpiaban un pedazo de terreno y organizaban un fandango, como entonces se le decía al joropo, con cuatros, guitarras, bandolas, arpas y maracas. Las muchachas cantaban: "Mi general Bolívar, por Dios le pido, que de tus oficiales me des marido". Se danzaba al son de "La Solita", "La Chapetona" y algunos bambucos. A Páez le gustaba que los llaneros entonaran el "Canto de las sabanas", una canción patriótica de los tiempos de Gual y España con la letra de la vieja "Carmañola americana". En los ratos perdidos de la vida de campaña, aprendió a tocar violín.

Páez empezó a componer en el destierro. En Nueva York y en Buenos Aires, donde trabajó como representante de una compañía estadounidense que vendía máquinas procesadoras de carne. Llegó a Argentina en junio de 1868, en compañía de Pinky, su perrito blanco. En la casa del general Carranza, donde se reunían los amigos a pasar la tarde, Páez cantaba trozos de *El trovador* y algunas canciones andaluzas, como "El vendedor de pescado". En los ratos muertos compuso "La flor del retiro", vals lento para canto y piano, y la canción "Escucha, bella María", que, aunque no es una obra de altos méritos musicales, alude a la triste situación en que se encontraba su espíritu, lejos de la patria y de los seres queridos. Tiene un corto recitativo que evoca los "tonos" llaneros y termina con un coro a tres voces a capella, con manejada armonía. También compuso sonatas y la obertura *Sofonive*. La sinfonía *O Santissima* no es de Páez, pero la tocaba para practicar el violín.

Barbarita murió el 14 de diciembre de 1847. Para mitigar el dolor por la muerte de su compañera de 27 años, Páez se va a Apure. En las cartas que envió al médico Carlos Arvelo y a otros amigos, Páez se refiere al vacío que Barbarita le ha dejado. Su exitosa vida comienza a declinar.

Páez era muy bien visto por las mujeres. “Es de rostro hermoso y varonil, con cabellos espesos, negros y crespos. Tiene buena musculatura, buenas formas y posee admirable fuerza y agilidad, aunque de estatura mediana”, escribió de él un oficial inglés. Gustaban sus maneras de buen criollo, su llaneza en el trato y su proverbial gentileza, la modestia en las relaciones personales, pero sobre todo su condición de artista. Era trovero de buenas coplas, amigo de fiestas y serenatas, de colear caballos y jugar gallos. Durante la campaña contra el indio Rangel, tenía 57 años de edad, pero los villacuranos lo vieron ofreciendo serenatas ante no pocas ventanas. Cuando estuvo prisionero en un calabozo en Valencia, en 1849, las mujeres hacían cola para visitarlo. Le llevaban dulces y pañuelos bordados, además del consuelo de la amistad. Lo mismo ocurrió durante su reclusión en el castillo de San Antonio en Cumaná.

Cuando en 1849 fue confinado al Castillo de Cumaná, reaparece doña Dominga Ortiz, que logra después de mucho batallar que el General sea liberado y conducido a un barco que lo llevaría a Saint Thomas. En el muelle lo esperaba doña Dominga, acompañada de sus hijos legítimos. Páez le pidió perdón por sus infidelidades, y cuando llegó el momento de subir a bordo le dijo: “Vamos, sube tú primero”. Doña Dominga respondió: “Yo no voy a ninguna parte con usted. Yo cumplí con mi deber de esposa de pedir su libertad. Pero conmigo no cuente. Adiós y que le vaya bien”.

Los artificios admirables se **derrumban**

Después de concretarse la emancipación, se presentó el ejemplo de Estados Unidos, cuya prosperidad hizo creer a algunos que los principios que allí tenían éxito eran aplicables en estas tierras. Muchos suponían que todo lo que fuera centralizar el poder, aun bajo la forma más democrática, eran rezagos de la dominación española y debían ser destruidos. Entendían que centralización y despotismo eran sinónimos, que centralizar era humillar la dignidad de los pueblos e imponerles un régimen monárquico. Semejantes confusiones se regaron por todos los pueblos de América. Cada ciudad que había sufrido algo con la guerra o podía presentar algún título histórico, aspiró a ser capital de un Estado soberano e independiente. Páez estaba convencido de que los nuevos países requerían una fuerza central que, en caso de peligro, pudiese obrar sin estorbos contra las agresiones exteriores. Nada de odioso podía tener una centralización del poder en la que el jefe del gobierno ejercía la autoridad por tiempo limitado.

Después de la Batalla de Carabobo las cosas no mejoraron de inmediato. La miseria general era tanta que en las calles de Caracas se veían a capitanes del Ejército Libertador pidiendo limosna. Aquella larga guerra había mantenido a la población en una especie de nomadismo continuo. La miseria había multiplicado la ignorancia y la imprevisión. El florecimiento colectivo que dio origen a la Independencia ha-

bía desaparecido. Como en todas las situaciones de descontento general, los venezolanos, sobre todo los caraqueños, acusaban al Gobierno, con sede en Bogotá, de no hacer nada para remediar sus males. La tendencia separatista, que ya había comenzado, aumentó. Otra amenaza grave se cernía, aunque pareciese superficial: la rivalidad entre militares y civiles, ensoberbecidos algunos por sus triunfos y no menos petulantes los otros, que propagaban la consigna de “libertarse de los libertadores”.

Páez, exasperado por aquella incomprensible oposición, asumió el antagonismo entre militares y civiles con vehemencia. Se quejó ante Bolívar: “Los curiales pretenden reducirnos a la condición de esclavos, y estoy bien seguro de que, en caso de guerra, los señores letrados y mercaderes apelarán como siempre a la fuga, o se compondrán con el enemigo; y los pobres militares irán a recibir nuevos balazos para volver a proporcionar empleos y fortuna a quienes actualmente los vejan”. Era muy sensible a que hombres que habían estado disfrutando de comodidades en sus casas, viviendo tranquilos entre los godos, y que se habían unido a la causa de la República sólo cuando habían cesado los peligros o fueron humillados por la victoria de los republicanos, juzgaran el mérito de un hombre que fue bueno cuando impuneamente pudo ser malo.

La Gran Colombia fue un artificio admirable, pero fuera de la realidad. La unión de Venezuela y la Nueva Granada bajo una sola autoridad no se pensó sino el 17 de diciembre de 1819, cuando el Congreso de Angostura proclamó la República de Colombia. La Constitución aprobada en Cúcuta el 30 de agosto de 1821 reconoció un gobierno común para ambos territorios, además de Ecuador, y designó a Bogotá como la capital. El Libertador la juró y la mandó a cumplir, aunque la consideraba demagógica. Fue una alianza circunstancial, pero Bolívar la intentó perennizar. La vasta extensión del territorio, las difícilísimas comunicaciones de las provincias con Bogotá, los celos y rivalidades entre venezolanos y granadinos indicaban que la existencia de la Gran Colombia sería efímera.

Pronto aparecieron los síntomas de una separación inevitable. Los primeros se dieron en Caracas el 29 de diciembre de 1821 y el 3 de enero de 1822. La municipalidad condicionó su juramento a la Consti-

tución aprobada en Cúcuta. Argumentaba que Venezuela no había participado en su redacción. Sin embargo, no fue falta de representación lo que impulsaba la protesta, sino que su delegación fue integrada en gran parte por partidarios del centralismo, opción que no era mayoría en Venezuela.

Nada estaba claro. Las leyes que llegaban de Bogotá creaban más confusión. Los acontecimientos revelaban conflictos de competencias, insuficiencia institucional, carencias legislativas, falta de experiencia y de tacto político. Cumplir las órdenes impartidas por Santander le enajenaba a Páez la buena voluntad de sus conciudadanos. El primer episodio ocurrió en Puerto Cabello, cuando ejecutó el decreto que exigía reclutar cincuenta mil hombres por temor a una eventual invasión de España desde Cuba, y porque Bolívar pedía refuerzos urgentes en Perú. La necesidad perentoria de enviar estos hombres fue entorpecida por alcaldes y jueces, que acusaron a Páez de “hostilizar, deprender y vengar a los ciudadanos”.

El 20 de agosto de 1824 salieron 2.694 hombres rumbo a Perú, pero en Caracas la situación se complicó. La ofuscación no permitió entender el buen tino que tuvo Páez para superar el enredo jurídico y político armado con la llamada “conspiración de Petare”. Lo acusaron de aliarse con los godos. Un grupo de aproximadamente 200 personas, entre las que se contaban esclavos y dueños de haciendas, asaltó, al grito de ¡Viva el rey de España!, el cuartel de Petare el 8 de diciembre de 1824. Páez se encontraba en Maracay y viajó a Caracas. Crecían los temores y la desconfianza por las ramificaciones del movimiento. El clima era tenso y confuso, y muy agresivo contra Domingo Quintero, el Presbítero de la Catedral, sospechoso de godo. Decían que había usado su influencia religiosa para que el reo Andrés Reyes aceptase la condena a muerte que su delito ameritaba. Páez buscó asesoría de personas expertas y calificadas, que determinaron, contra la opinión de los más radicales, que los desórdenes no podían ser tratados como una conspiración y que era lo mejor no darles importancia. Para aplacar los ánimos, Páez suspendió los juicios y castigó sólo a tres presuntos culpables.

Los patriotas, militares y civiles, no aceptaban compartir ni ceder posiciones importantes en el nuevo orden, pero Páez insistía en que el

país no podía ser una parcela de quienes habían luchado por la Independencia, sino de toda su gente, sin importar el bando al que habían pertenecido. No se había peleado para construir una sociedad excluyente. Obvio, se ganó la hostilidad de los sectores patriotas.

A finales de diciembre de 1825, Páez decide cumplir el decreto sobre alistamiento. Convoca al templo de San Francisco, en Caracas, a los hombres desde 16 hasta 50 años de edad, pero acuden apenas 800 vecinos. Luego de una segunda y tercera convocatoria con el mismo resultado, ordenó una recluta entre todos los ciudadanos. El intendente y el Concejo de Caracas lo acusan, entonces, de abuso de autoridad. El Senado de Colombia, el 27 de mayo de 1826, admite la acusación 15 votos contra 6; suspende a Páez de la Comandancia General y lo llama a Bogotá. Páez había hecho en Caracas lo que en Bogotá se repetía todos los domingos: usar la fuerza para reclutar a la gente reacia, sin que nadie se mostrase escandalizado y sin que a ningún miembro del Congreso le pareciese una violación de las libertades públicas y de los derechos de los pueblos.

Numerosos ciudadanos de la municipalidad de Valencia piden que no se cumpla la orden que separaba a Páez del mando. El ayuntamiento convoca a los letrados de la ciudad para consultarlos. Temían que cumplir la medida ocasionara disturbios e insurrecciones. El doctor Miguel Peña expuso que no había manera legal de suspender el cumplimiento de la orden sin infringir la Constitución. La municipalidad acordó, entonces, manifestarle a Páez que “todo el vecindario se hallaba convencido de la puntualidad y exactitud con que había desempeñado sus encargos, y que en la necesidad de salir del departamento en obediencia de las leyes les quedaba el consuelo de volverlo a ver indemnizado satisfactoriamente”.

Los que no se dieron por satisfechos con semejante declaratoria, y para que fueran reales los temores manifestados, apelaron al asesinato. Mataron a dos infelices que no habían tenido arte ni parte en lo que se debatía y arrojaron sus cadáveres a la puerta del ayuntamiento. La casa de Páez se volvió un tumulto. Más de dos mil personas lo sacaron y lo condujeron en hombros a la municipalidad. Páez se había afeitado el bigote y vestido de paisano. Con la rabia, se dispuso a no usar más insignias militares. Aceptado el mando que le proponía el

deseo general, le trajeron en una gran bandeja el uniforme y las insignias militares. Se enfundó con aquellos arreos y se dispuso a mandar.

La municipalidad de Valencia invitó a las otras ciudades de Venezuela a aprobar el movimiento iniciado y a expresar unidas los motivos que hicieron necesario reponer a Páez en el mando: mantener el orden y tranquilidad pública hasta que volviese El Libertador y convocara la Gran Convención. También se adhirió la municipalidad de Caracas, que tan hostil se le había mostrado antes.

En aquellos días, una compañía de teatro presentaba en Valencia una pieza humorística y uno de sus personajes usaba algunos derivados de la palabra cosa, diciendo quisicosa, cosilla y cosiata para referirse a asuntos enmarañados. La gente empezó a usar el término cosiata en el lenguaje diario. Cuando el jefe político José Jacinto comunicó a un amigo suyo en Caracas sobre las ocurrencias del 30 de abril, le dijo: "Ha estallado la cosiata". Así quedaron bautizados aquellos sucesos. Sus participantes fueron llamados cosiateros.

El 14 de mayo de 1826, Páez prestó juramento ante el gobernador Peñalver. Por Dios y los Santos Evangelios ofreció guardar y hacer guardar las leyes establecidas, con condición de no obedecer las nuevas órdenes de Bogotá.

Páez llegó a Caracas el 19 de mayo, a las 6:00 de la tarde, montado en pelo: "De entre una nube de polvo, se adelanta un jinete sin silla, medio húsar, medio pastor, cubierto con una gorra encarnada. A medida que avanza, modera su marcha, sonríe a la muchedumbre, saluda a los hombres con la mano y a las hermosas caraqueñas con miradas y besos".

En la proclama de ese día a los venezolanos, Páez confirma: "El Libertador Presidente será nuestro árbitro y mediador, y él no será sordo a los clamores de sus compatriotas".

El Gobierno, radicado en Colombia, declaró que los hechos ocurridos en Valencia eran una insurrección armada. El general Santander abandonó la circunspección y desde las columnas de *La Gaceta* mantuvo con la prensa de Caracas una verdadera guerra que avivó las rivalidades, que soliviantó las pasiones y creó una posición contraria a los venezolanos. Estuvo a punto de estallar la guerra civil. En Colombia no se hablaba de entendimiento, sino de doblegar a Venezuela por la fuerza. El desbarajuste reinaba en todas partes. Unos se pronunciaban

por la adopción del código boliviano, otros por la descentralización del gobierno sin afectar la integridad de la República; algunos por el establecimiento de una monarquía; tampoco faltaron quienes estaban dispuestos a recurrir a las armas para hacer realidad cualquiera de las propuestas. Afortunadamente, todos aplazaron sus planes con la noticia de que Bolívar venía a Venezuela.

El Libertador supo que la patria estaba al borde de un precipicio y se apresuró a salvarla. Su presencia restableció la confianza pública. Calmó los espíritus más encrespados. Páez se sometió gustoso a la obediencia de los decretos que expidió y al sistema que regía a la República de Colombia. Bolívar le regaló una espada, una lanza con grabados de oro, dos caballos peruanos y un neceser de campaña. Páez pidió permiso para ausentarse del país. Bolívar se lo negó, pero extendió a otros departamentos la autoridad de Páez.

La tormenta no amainó. La separación de Venezuela parecía estar grabada desde el origen de Colombia. El gobierno que existía había sido creado por las necesidades de la guerra y la garantía de las armas, sin que los pueblos discutieran sus intereses y sin poner las instituciones en equilibrio con sus conveniencias. La Constitución no ofrecía la libertad y las garantías que los ciudadanos deseaban, y era muy débil frente a la tentación autoritaria: los magistrados podían abusar de su poder. Todo preparaba un trastorno general. Todos los territorios fueron devastados por la guerra y la gente le achacaba a la República las miserias acumuladas. La administración, poco más que improvisada, no tenía tiempo para reformas ni para mejoras, y se veía entorpecida por desarreglos que databan de la Colonia. La estructura política de la Gran Colombia era un parapeto. El Estado creado comprendía regiones disímiles y no había una política económica común. Los intereses de las provincias estaban en permanente conflicto.

La unión con Nueva Granada fue más motivo de atraso que de progreso. Los fondos de Colombia para fomentar la instrucción se empleaban preferentemente en los institutos de Bogotá. Mientras la Universidad de Caracas y las escuelas de la ciudad se mantenían en condiciones precarias, Santander adelantaba en el colegio de San Bartolomé de Bogotá planes especiales de estudios para formar en poco tiempo hombres útiles al Estado; establecía cátedras de Derecho Pú-

blico y de idiomas, y gastaba en bibliotecas, museos, observatorios y equipos litográficos. En todas las provincias y departamentos del antiguo Virreinato de Nueva Granada eran fundados colegios y se fomentaba la instrucción pública. En cambio, Venezuela se encontraba en la misma situación que en 1809: apenas se podía estudiar Teología y Derecho Canónico, y se le negaba una pequeña suma para crear la cátedra de Derecho Público. Bogotá, que en 1819, según O'Leary, parecía un pueblo de la Edad Media, por la rusticidad e ignorancia de sus habitantes y lo anticuado de los muebles de sus viviendas, a principios de 1826, si no igualaba a la generalidad de las ciudades europeas, aventajaba a las suramericanas.

En Venezuela, la agricultura y la cría habían perdido la prosperidad de los últimos años de la Colonia. En la provincia de Barinas, la producción de tabaco bajó de 28.000 quintales por año a poco más de 3.000. Tampoco adelantaba el cultivo del café. Sólo los productores de añil, animados por los precios, agrandaban sus haciendas.

La necesidad de mantener un ejército durante la Independencia; el enorme consumo de ganado vacuno y caballar de realistas y patriotas; la falta de garantías personales en los campos, y el abandono de los pocos caminos que existían, agotaron toda fuente de riqueza. Los propietarios de haciendas que no distaban más de dieciocho leguas de Caracas tenían que ceder la mitad de sus cosechas a quien se las llevaba al mercado. La desorganización de la Hacienda era igualmente extrema.

Las circunstancias políticas llevaron a Páez a ser el punto de convergencia de ideologías muy disímiles con una sola coincidencia: separar a Venezuela de Colombia. Las diversas actitudes -antibolivarianismo, antisantanderismo, anticolombianismo, antimonarquismo, venezolanismo, federalismo- encontraron en Páez una relativa coincidencia. No fue el precursor de la idea, pero no se le escapaba que el ensayo de unidad Venezuela-Nueva Granada no funcionaría en tiempos de paz.

Miguel Peña, un personaje de quien se sabe poco y se denigra mucho, fue un prócer de la Independencia con grandes cualidades intelectuales, aunque díscolo y de pasiones fuertes. Muy susceptible. Hábil abogado y político sagaz, desde muy joven fue un ardoroso defensor de la causa republicana y prestó valiosos servicios con energía y valor personal. Santander lo acusó de haberse apropiado de 25.000 pesos.

En Cartagena, Peña recibió 300.000 pesos que el Gobierno de Colombia enviaba a la agricultura de Venezuela. Esta suma fue entregada en 299.500 pesos en plata corriente y 500 pesos en un pagaré. Peña entregó en Caracas 99.500 pesos en fuertes de a 8 reales, 4.144 pesos en plata sencilla macuquina y el resto en onzas de oro. El tesorero general de Colombia reclamó a Peña más de 20.000 pesos por diferencias en el valor de la moneda. Peña contestó que había procedido como un depositario de la cantidad, no de su composición monetaria; que si hubiese sido de otra manera, habría recibido los sacos sellados y facturados. Peña hizo alguna utilidad en el cambio de la moneda, proceder no muy probo, pero no es una falta tan grave para desacreditarlo en los términos como lo hizo Santander.

A Peña se le imputa una aversión contra la Gran Colombia como corolario del pleito que tuvo con el vicepresidente Santander por la condena a muerte del coronel Infante, a fines de 1824, al presentarse un juicio por la muerte del oficial Francisco Perdomo. Leonardo Infante era un valeroso coronel venezolano que prestó grandes servicios a la Independencia. En la acción del Pantano de Vargas increpó a Santander por su timidez en la pelea. Vivía retirado como inválido de guerra en el barrio San Victorino de Bogotá. Irritado por la forzada inacción, desahogaba su resentimiento con frecuentes atropellos al vecindario. Un oficial subalterno, Francisco Perdomo, fue asesinado. A Infante lo acusan del homicidio. El proceso, llevado con animadversión, fue revisado por la Corte Marcial. En la sentencia, los cinco votos se dividieron: dos hubo a muerte, dos por la absolución y uno por diez años de presidio. Esto bastaba para librarlo de la muerte, pero el Ejecutivo impuso que procedía la pena capital. Miguel Peña se negó a firmarla, porque el Ejecutivo no tenía autoridad en materia judicial. Santander se enfureció. Lo hizo acusar ante el Senado, que lo suspendió un año como Ministro de la Alta Corte de Justicia.

La desintegración de la Gran Colombia era una necesidad física. Colombia fue una hermosa creación de Bolívar que sólo podía existir armada con su lanza. Bolívar la percibió inevitable. "Pidan ustedes la separación de Venezuela y yo los apoyaré", le escribió en una carta a Páez.

Hasta la Convención de Ocaña, Venezuela aceptó la autoridad y arbitrio del Libertador en todas las discrepancias. Empero, Bolívar no era

en sus opiniones explícito y constante. Hoy manifestaba opiniones contrarias a las de ayer y pocos días después se desdecía de lo que había dispuesto como conveniente a los intereses de Colombia. Consecuencia de la poca fe que tenía en las instituciones vigentes y, más aún, de su opinión sobre lo poco aleccionado que estaba el pueblo para ser regido por principios democráticos, El Libertador, dijo que se ruborizaba al confesar que el único bien adquirido con la revolución, a costa de todos los demás, era la Independencia. Bolívar no se colocaba en abierta oposición a las ideas de la mayoría, pero no despreciaba las opiniones que coincidían con las suyas y se atrevían a proclamar principios que el pueblo reprobaba. A la sombra de esta indecisión, se alzaba altanero y arrogante el partido militar, y se temía caer bajo el despotismo de los oficiales que rodeaban al Libertador. Grandes escándalos que no fueron castigados dieron margen para creer que contaban con la aprobación de Bolívar. El coronel José Bolívar, su ayudante de campo, públicamente le descoyuntó los dedos con que se toma la pluma al doctor Vicente Azuero. Los coroneles Ferguson y Luque entraron violentamente en la imprenta de Zurriaga, destruyeron los tipos, maltrataron a los operarios y quemaron ejemplares del periódico en la calle. Tal arrogancia de los militares reforzó los rumores de que El Libertador pensaba gobernar marcialmente.

No es ingrato el pueblo que procura su bienestar. Venezuela no era feliz bajo la dependencia de Colombia. Necesitaba de la individualidad de su gobierno y de la libre disposición de sus recursos. Fue una desgracia romper con el hombre a quien tanto debía, pero Bolívar obstruía los caminos de una aspiración general. Nunca hubo odio a su persona. Nada hace infalible a un hombre ilustre. Si yerra en contra del bien general es lícito hacerle oposición, sin consideraciones. El deseo de Venezuela era separarse, y así lo proclamó Páez: "Habitantes de la antigua Venezuela, vuestra voluntad se ha cumplido. Ya no dependemos de Bogotá ni de la autoridad del Libertador, general Simón Bolívar. Colocado hoy al frente del ejército, garantizo que ningún poder extraño invadirá nuestro territorio, que la tranquilidad pública no será turbada y que será establecido un gobierno soberano, popular, representativo, alternativo, electivo y responsable".

Sin fueros militares **ni religiosos**

Páez se preparó para gobernar dirigiendo montoneras indisciplinadas, primero; después, un ejército que el general Morillo llamó invencible. Al contrario de los hombres que lo seguían en los llanos de Apure, los que integraron el Congreso Constituyente de 1830 eran los hombres más eminentes en la política y en las ciencias. Es una arbitrariedad denominar oligarcas a quienes redactaron la Constitución de 1830, que estableció la igualdad de todos ante la ley y abolió los fueros militares y religiosos.

Mientras se ocupaba de prepararse para una guerra con Bogotá, el país adquiría un orden en su administración. Los tres secretarios o ministros eran Miguel Peña, en el despacho de Interior, Justicia y Policía; Diego Bautista Urbaneja, en Hacienda y Relaciones Exteriores; y el general de división Carlos Soublette, en el de Marina y Guerra. A los tres les dio entera libertad en lo administrativo y técnico de sus funciones, Páez sólo se reservó la decisión final en lo concerniente a la política general del país y a las funciones militares. Su tarea era garantizar la paz, pero surgió la incomprensión de dos instituciones fundamentales: la iglesia y los militares.

El arzobispo Ramón Ignacio Méndez, la autoridad eclesiástica, se negaba a jurar la Constitución, porque "no le concedía a la fe católica la protección que se merecía como creencia general del pueblo y se

despojaba a la Iglesia de muchos de sus derechos". Olvidaba el ex compañero de luchas de Páez en Apure que una Carta Magna no debe contener declaratorias en materia religiosa, salvo la libertad para profesar cualquier creencia o culto. Páez le escribió una larga carta en la que decía que la Constitución no privaba de nada a la religión católica, y que nunca había tenido la intención de meter la mano en el incensario. Méndez no juró la Constitución "por motivos de conciencia" y Páez le ordenó salir del país.

Hubo más levantamientos. A quien tiene el poder de las armas le cuesta entender que no necesariamente posee la razón. Terminada la guerra de Independencia, los pueblos americanos comenzaron a lamentarse de que sus libertadores pretendían convertir sus armas en instrumentos liberticidas. Para mantenerlos activos, se propuso ocuparlos en la construcción de caminos. Una medida nada humillante. Sin embargo, los hirió en su honrilla. Los militares veían en el fortalecimiento del poder civil un afán de excluirlos y arrebatárles el mando de una República libertada por ellos. El Congreso, para fortalecer el poder civil, se opuso a las prerrogativas del Ejército y abolió el fuero militar. Los oficiales se disgustaron y rompieron el dique de la moderación. Jefes de alta graduación le escribieron cartas a Páez en las que se quejaban de ingratitudes a su patriotismo. Con amistad, razonamientos y persuasiones, Páez logró que sus conmlitones entendieran que la fuerza armada era esencialmente obediente y que su poder debía reducirse a los cuarteles y ensancharse únicamente en los campos del honor y de la gloria.

A comienzos de 1831, el general José Tadeo Monagas, que había participado como pacificador en recientes insurrecciones, subvierte el orden en Barcelona y Cumaná. El desconocimiento y la intriga levantaron rumores que afirmaban que la Constitución era el preludio de la ruina que vendría. Los sublevados desconocieron el Gobierno y la Constitución. Pedían la restitución de la República de Colombia. Decían que en la Constitución habitaba el germen de la discordia y la disociación; que Venezuela no podía existir como República o nación autónoma por carecer de elementos; que la Constitución atacaba la religión y destruía el fuero militar.

La situación era difícil. El Gobierno apenas contaba con una fuerza de poco más de 700 hombres y el tesoro público se hallaba casi exhausto. Páez solicitó al Consejo de Gobierno facultades para conceder amnistías o indultos particulares; para emplear la fuerza armada; y para someter a los conspiradores.

El general Santiago Mariño, enviado por el Gobierno a rescatar a Monagas para la institucionalidad, apareció amparando un descabellado proyecto: declarar Oriente Estado independiente, del cual sería Mariño gobernador y Monagas el segundo jefe; Páez sería reconocido como Presidente de la Federación; se restablecería el fuero militar y serían reconocidos los grados. Mariño y Monagas recibieron una fuerte respuesta y desistieron de sus planes, pero su mal ejemplo fue perdonado. El general José Francisco Bermúdez también se sublevó y trató de revivir el pretendido Estado de Oriente, pero sólo alcanzó el desprecio público y una triste derrota sin combate. Con el sometimiento de Bermúdez, sólo quedaba la guerrilla del indio José Dionisio Cisneros, que más que un guerrillero político era un bandido. Caía sobre los lugares indefensos y cometía desmanes y atrocidades. Llegó a mandar 200 hombres. El Gobierno le hacía una persecución tenaz, pero sin éxito. En un encuentro le fue capturado un hijo de corta edad. Páez lo hizo bautizar, le sirvió de padrino, y se ocupó de que recibiera educación. Inició con Cisneros una curiosa correspondencia. Páez fue a pasar unos días en la hacienda de Súcuta, en el Tuy, y allí atrajo a los compinches de Cisneros con comidas que terminaban en bailes y parrandas. Tan popular se hizo Páez con la gente de Cisneros que logró una entrevista con el guerrillero, en la montaña de Lagartijo, en los alrededores de Caracas. Asistió solo y corriendo el peligro de ser víctima de la ferocidad del malhechor. Cisneros puso la presencia de ánimo de Páez a prueba. Ordenó a sus hombres que lo fusilaran, pero Páez se impuso y Cisneros se declaró vencido. "Cuenta conmigo, vivo o muerto", le dijo el bandido.

Al poco tiempo, Cisneros volvió a las andadas. Páez le disimuló muchas, pero en 1846 lo entregó a un Consejo de Guerra y fue pasado por las armas.

Hacer realidad **los sueños**

Había un proyecto del país que se quería construir, un poco la manifestación del país que los jóvenes de la Sociedad Patriótica anhelaron en 1810. Salvo pequeños alzamientos de algunos militares descontentos, Venezuela era un pueblo que construía en armonía su futuro.

El primero de diciembre de 1830, Páez envió una circular a todos los gobernadores de Provincia en la que les solicita la remisión de informes, con el mayor acopio de datos, con el objeto de conocer recursos y necesidades. Muchos enviaron excelentes inventarios, en los que no sólo ponderaban el clima y las riquezas mineras, sino también los meses que llevaban sin cobrar los maestros, la ausencia de bibliotecas y la cantidad de nacimientos esperados ese año. No era un censo sino una réplica de las relaciones que se mandaban durante la colonia a los reyes, con descripciones muy minuciosas, para que tuviera idea de sus posesiones.

No se había tenido tiempo para evaluar las riquezas, tampoco quedaban muchos talentos. Era un país recién salido de una contienda bélica que había incidido muy negativamente sobre la economía; sin vías de comunicación, analfabeta en un altísimo porcentaje, despoblado, con un régimen de esclavitud al lado de un sistema laboral con matices de servidumbre, azotado por enfermedades, sin médicos ni medicinas, destruido por olas epidémicas mortales, como el paludismo, que a partir de 1833 se intensificó y destruyó familias enteras.

Los ingresos eran pocos. Consistían de los derechos aduaneros de importación y exportación, salinas, el estanco de tabaco, rentas internas nacionales, rentas eclesiásticas y pequeños tributos, como papel sellado. En 1830, la deuda pública nacional era de 3.049.783 pesos, proveniente de compras y gastos militares. A esta suma se debía agregar la parte que le correspondiese a Venezuela en la deuda de la República de Colombia por los gastos de la guerra de Independencia: 102.948.737 pesos, que debía repartirse proporcionalmente con Ecuador y Colombia.

Venezuela vivía de la agricultura y de la ganadería, y de pocos minerales. Aunque la recuperación del campo fue lenta, en 1830 hubo una producción significativa. Suprimido el diezmo, el antiguo y arraigado impuesto que se cobraba para el clero y que tan pesado y odioso era a la agricultura, se exportaron 262.310 libras de añil por un valor de 241.499 pesos y 96.985 libras de algodón por 7.264 pesos; se vendieron 7.215.340 libras de cacao por un valor de 975.089 pesos y 11.544.024 libras de café valoradas en 1.063.445 pesos. Se produjo azúcar, papelón y aguardiente por un valor de 20.047 pesos. La industria pecuaria, casi desaparecida durante la guerra, comenzó a revivir después de 1821. En 1830 se exportaron 1.825 reses y cueros por 135.457 pesos. Se calculó en 1 millón el número de cabezas de ganado vacuno, y otro millón en carneros y chivos. La industria mercantil era incipiente y dependía de la agrícola y pecuaria. El correo era completamente deficiente.

La intención del Gobierno era organizar un país pequeño, pobre y sin pretensiones desmesuradas. En la *Memoria* presentada al Congreso en 1831, el Ministro de Hacienda, Santos Michelena, expresó su preocupación por los pocos ingresos y la pobreza de la población para soportar nuevos impuestos, las dificultades para combatir el contrabando, y, en general, la poca experiencia y la falta de métodos para manejar la economía.

Con la eliminación de las prebendas militares y la disminución del Ejército a tres batallones se contó con dinero para las necesidades más relevantes. De todas maneras, eran muy pocos recursos para ordenar un gobierno de instituciones republicano-democráticas. Todas las tradiciones conocidas por los venezolanos eran absolutistas: los encomenderos, los capitanes generales, los caciques y los amos de los esclavos.

Frente a las prácticas de la Colonia, el hombre común sólo había visto caudillaje y violencia.

En 1829, Páez nombró al doctor José María Vargas prefecto del Departamento de Venezuela, a pesar de la esquividad del sabio. Lo comisionó para que formara la Sociedad Económica de Amigos del País, con el fin de incentivar la agricultura, el comercio, las artes y oficios, y fomentara la inmigración y la instrucción pública. Vargas congregó la élite intelectual, social, económica y política de Caracas, y las ciencias recibieron un poderoso impulso. Vargas decía que es un error pernicioso creer que la ignorancia hace a los hombres obedientes y apacibles. Al contrario, los hace inhumanos y violentos.

Páez insistía en que sólo existirá república cuando la mayoría de los ciudadanos pudiera instruirse: “De otro modo, la dirección de los negocios públicos será siempre el patrimonio de una oligarquía a la cual la riqueza proporciona medios para adquirir superioridad intelectual sobre el pueblo sumido en la ignorancia”.

Páez entendía la importancia de los libros y para que todos tuvieran la oportunidad de leer, decretó, el 13 de julio de 1833, la creación de la Biblioteca Nacional. Se destinaron 12.000 pesos para la compra de libros, y, pese a las limitaciones presupuestarias, se les subió el sueldo a los maestros.

La Sociedad Económica de Amigos del País, además de distribuir semillas y cartillas a los agricultores para mejorar sus cosechas, fundó y mantuvo escuelas para enseñar francés, inglés, agricultura y botánica. Igualmente se le encomendó a la Sociedad que promoviera la inmigración. Había la necesidad de poblar el país. No sólo por escasez de dinero no había caminos y puentes, sino también por falta de hombres que produjeran riqueza.

En 1834, fue ordenada la construcción de la carretera de Puerto Cabello a Valencia y se concedió un empréstito a una compañía para iniciar otra entre Caracas y La Victoria. Carreteras porque eran para carretas.

Liberalismo económico

La Ley de Libertad de Contratos fue recibida con optimismo. Establecía que los contratantes eran libres para pactar el interés del dinero recibido por préstamos y que los bienes del deudor podían ser rematados para hacer efectivas las deudas, si así lo convenían las partes. Algunos expresaron temor de que los extranjeros adinerados llegasen a ser los dueños de las fincas, pero para evitar ese mal bastaba que los deudores no se comprometieran en lo que no podían cumplir. Con esa ley, los propietarios se liberaban de la molesta y gravosa condición de presentar fiadores, pues sus fincas respondían por los tributos. Un paso grande en la modernización del país. El fin del paternalismo del Estado y el comienzo de la iniciativa personal. En término simples, si alguien podía administrar la fortuna de un buen negocio y no necesitaba del Estado para su disfrute, tampoco el Estado debía entrometerse cuando se trataba de administrar pérdidas. Las responsabilidades del Estado debían ser la educación, las carreteras, la correcta aplicación de la justicia y el mantenimiento de la paz y la seguridad.

Las ideas de los venezolanos coincidían con las más avanzadas del momento, pero no se correspondían con el desarrollo de la sociedad en su conjunto. Los sectores retrógrados, los que veían en peligro sus prebendas y comodidades, se aliaron para defender sus intereses, aunque en sus discursos y alegatos aparecían como los abanderados de los

intereses nacionales. Muchos imprevisivos hipotecaron sus fincas para hacerse de dinero, lo malbarataron o no pudieron recuperarlo por errores en las inversiones. Los acreedores, para recuperar lo prestado, remataban los inmuebles que servían de garantía. Quienes debían entregar sus propiedades para pagar las deudas, comenzaron a criticar la Ley de Libertad de Contratos, como si fuese la causa de que comprometieran imprudentemente sus propiedades o manejaran sin tino los créditos.

Se aplicaba una ley liberal que no tomaba en cuenta que la escasez de circulante encarecía el dinero, de ahí los altos intereses y el bajo valor de la tierra. La consecuencia más directa fue el enriquecimiento de los prestamistas y la ruina de los agricultores y pecuarios. La peor parte la llevó la mano de obra esclava y la asalariada, que debían producir más para que los propietarios pudieran pagar las hipotecas. Las malas consecuencias no se vieron en los primeros años de la aplicación de la ley, cuando aumentaron considerablemente las exportaciones y se hicieron cuantiosas inversiones para incorporar nuevos cultivos y mejorar los existentes. El descalabro apareció cuando los precios de los productos de exportación se vinieron a pique. De aquella agitación sacó provecho el bando opositor, que captó la voluntad de los propietarios rematados para hacer propaganda contra el Gobierno. Aunque en las filas de uno y otro bando figuraban ejecutantes y ejecutados, los deudores se adhirieron mayoritariamente al Partido Liberal.

Todavía se habla de las agitaciones contra la Ley de Libertad de Contratos como una contienda entre el capital y el trabajo. De ahí la especie de que los partidarios de Páez constituían el partido de los ricos y los liberales el de los pobres. Se le ha atribuido a estos últimos ciertas tendencias socialistas, cosa que habría dejado atónito a Antonio Leocadio Guzmán, a Tomás Lander, a Felipe Larrazábal y demás fundadores del Partido Liberal. Ni Guzmán ni Lander ni ningún dirigente del Partido Liberal se pronunció por la libertad de los esclavos. Todo lo contrario, consideraban que liberar a los esclavos los llevaría a la ruina, que no habría brazos para recoger las cosechas y que como estas gentes no tenían oficios se convertirían en perpetradores de actos delictivos, de asaltos y de cuatrерismo.

Al suponer una lucha, entre el capital y el trabajo, se parte de la falsa impresión de que el capital es sólo el dinero contante y sonante, pero las fincas que se daban en hipoteca también constituían un capital. Era una lucha entre pequeños capitalistas, porque aquellos ricos habrían figurado como pobres en los países prósperos. Entre los que tenían sus haberes representados en dinero dado a préstamo y quienes los tenían en casas y predios rurales que hipotecaron. En la contienda, los peones, los braceros, los pobres, en general, sólo participaron como carne de cañón.

Con la Ley de Libertad de Contratos se alinean los intereses del sector mercantil y comercial, por un lado, y los de los productores, por el otro, que no abarcaban a los pequeños artesanos ni a los asalariados. No era una lucha entre pobres y ricos, sino desacuerdos entre los sectores más activos de la economía. Si los dueños de la tierra aparecían con apoyo popular era porque movilizaban a la servidumbre de sus haciendas. Servidumbre, no obreros asalariados.

El dinero empezaba a ser utilizado como una mercancía y desplazaba la propiedad de la tierra como elemento de poder. Fermín Toro, que siendo Presidente de la Cámara de Representantes firmó y aprobó la Ley de Libertad de Contratos, diez años después se convirtió en uno de sus críticos más acerbos. Decía, con gran ingenuidad, que cuando una finca dejaba de producir, perdía el dueño y quienes en ella trabajaban; pero que cuando un prestamista retiraba sus fondos de la circulación nadie más sufría ningún perjuicio. Toro no comprendía el concepto de dinero como mercancía. Calificaba como un mal que los productores fuesen a la ruina, pero no así que se arruinaran los prestamistas que no recuperaban su capital sino tierras improductivas y sin valor.

El sectarismo **patriota**

Los sectores ilustrados entendían que aplacadas las aspiraciones militaristas, podían profundizar el proyecto civilista. Coincidían en que el personaje para dirigir el Poder Ejecutivo era José María Vargas, ejemplo de honradez y amplitud de ideas. Sus adversarios retrucaron que no pertenecía a la revolución, que ser hombre de talento, probidad e ilustración no bastaba; que habiendo Vargas consumido su tiempo en aprender ciencias en Europa mientras otros peleaban por defender el suelo patrio, hacía escandaloso colocarlo en la Primera Magistratura. Tales conceptos eran injustos. Vargas fue un preso de los realistas en las bóvedas de La Guaira, en 1814. Huyó al extranjero para escapar de la muerte perseguidora del talento patriota.

Aunque Páez no desconocía las relevantes prendas de Vargas, consideraba que no eran las que se necesitaban para conjurar los males que amenazaban entonces a la República, asediada por militares ambiciosos. Su voto era para el general Soublette, de quien no tenían derecho a desconfiar los defensores del poder civil y ante quien no podían sino inclinarse los más renombrados héroes de la Independencia. El doctor Vargas había manifestado su deseo de retirar su candidatura. La mantenía por las vivas instancias de quienes querían ver en ese puesto a alguien que representara al sector civil. Fue elegido en medio de gran alborozo. Páez le entregó el mando con gusto y orgullo. Desnudo de

autoridad y tranquilo de conciencia, se fue al hato de San Pablo, a 38 leguas de Caracas, a sus ocupaciones de criador y a sus costumbres de llanero. A cantar, acompañado del arpa por el viejo Trinidad, y a seguir practicando violonchelo. Ningún remordimiento perturbaba su reposo. Con el sueldo de 12.000 pesos anuales había comprado algunas tierras y ganado. Pero la paz fue escasa. A los 4 meses le fueron a comunicar la infausta noticia: la Carujada.

En la madrugada del 8 de julio de 1835, el batallón Anzoátegui se apoderó del parque de artillería y se dirigió a la casa del Presidente de la República, a arrestarlo. Vargas conocía la tramoya. Había manifestado que no cedería su puesto sino a la fuerza física que obrase sobre su persona. Pedro Carujo, siempre alistado en las fuerzas del desorden, entró pistola en mano en la habitación de Vargas y con insolencia le dijo que la fuerza armada había recuperado sus glorias para darle al país la libertad de adoptar las reformas que deseaba; que le suplicaba su colaboración para evitar el derramamiento de sangre; que debía dimitir. Vargas se negó a renunciar y fue arrestado. Carujo le dijo: "Señor doctor, el mundo es de los valientes". Vargas le contestó con serenidad: "Señor Carujo, el mundo es del hombre justo y honrado".

Dos días después, los golpistas lo condujeron a La Guaira y lo embarcaron en una goleta rumbo a Saint Thomas. El general Mariño fue proclamado jefe supremo y, para alucinar a las tropas, nombraron a Páez jefe superior. Los vecinos de la capital fueron convocados por bando a reformar la Constitución, establecer la federación, reinstaurar el fuero militar, declarar la fe católica como religión de Estado y organizar una administración que tendría el pomposo título de Nueva Época. Los hombres que pedían aquellas reformas se llamaron liberales. A quienes aprobaron los decretos de libertad religiosa y abolieron los fueros militares y eclesiásticos se les endilgó el mote de godos, retrógrados, oligarcas y conservadores.

Páez no sabía qué partido tomar. Le atropellaban ideas y ambiciones, propias y extrañas. Lo sacó de la indecisión el decreto que, rodeado de bayonetas, había promulgado Vargas y lo autorizaba a levantar un ejército de 10.000 hombres para salvar la República. Con los 50 hombres que se hallaban en su hato marchó a la capital. Se le fueron agregando vecinos armados de garrotes. Tomó sin violencia Maracay y

Valencia, y siguió a Caracas. En Las Lagunetas se topó con las fuerzas del general Pedro Alcántara. Lo exhortó a que se rindiera y evitara una sangrienta escena. Rogaba que no hubiera combate. Sería la primera vez que hiciera armas contra sus hermanos. Dios lo oyó. Sabiendo los reformistas que Páez se acercaba a Caracas, abandonaron la plaza la noche del 27 de julio. Las tropas constitucionales retomaron la sede gubernamental sin disparar. Nunca antes los rebeldes dispusieron de mayores elementos para deponer un gobierno como quienes en 1835, con el pretexto de pedir reformas, quisieron entronizar el militarismo en Venezuela. En su poder estaban las armas y municiones, además de los buques de guerra surtos en los puertos; y a sus órdenes tenían soldados valientes y aguerridos, capitaneados por jefes de gran reputación y prácticos en los territorios. Páez, en cambio, contaba con unas milicias mal dotadas, indisciplinadas y desorganizadas, sin oficiales ni fusiles para reponer los descompuestos.

Se derramó mucha sangre y en algunos sitios la guerra se tornó feroz. El indulto a Monagas fue decisivo para la paz. Garantizarle la vida a él y a sus oficiales, lo mismo que las propiedades y grados militares que tenían el día de la sublevación, sirvió para empezar a pacificar el país. En marzo de 1836, se acabó toda resistencia, pero empezó lo que sería una larga venganza.

Vargas puso de lado su moderación y le escribió a Páez que la opinión pública era contraria a medidas de clemencia absoluta, que el Gobierno podía perder todo el apoyo y quedar desamparado si adoptaba el sistema de la impunidad, que la mayor seguridad para el futuro era el escarmiento de los revoltosos. No un castigo sanguinario ni la expiación en patíbulos, sino que sometiera a los militares a la impotencia de poder repetir sus crímenes: la expulsión del país.

Santos Michelena, Ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores, renunció. Consideró que el trato de Páez con Monagas era reincidente en el delito de traición. Antonio Leocadio Guzmán, encargado del Ministerio del Interior hasta el 20 de agosto de 1835, inició sus ataques contra Páez. Decía que pretendía imponer su poder moral sobre el poder constitucional del presidente Vargas y hacerlo su cortesano. Vargas no pudo con la hostilidad desbocada del Congreso y prefirió renunciar. Invocó razones de salud. El 24 de marzo encargó al vicepre-

sidente Andrés Narvarte. El general Soublette terminó el período constitucional. A Vargas debieron apoyarlo quienes lo impusieron con sus votos como Presidente; sin embargo, lo abandonaron a la deriva.

Después de la Revolución de las Reformas, Páez se sobrevaloró y abusó de sus capacidades. Dejó de ser el héroe de la patria, el gran promotor del poder civil y se permitió que la lisonja de los áulicos lo arrastrara. Empezó a actuar casi como un autócrata. Ciego por la soberbia del triunfo, utilizó su poder moral y militar para imponer ideas y hechos, y muchos caprichos. Creía que todo lo sabía y todo lo podía, que los otros eran los equivocados. Amparado por la victoria militar sobre los viejos compañeros de la Independencia, ya no actuó en función de lo que era mejor para el país como totalidad, sino de aquello que favorecía al sector político y económico que lo apoyaba y medraba del poder. En lugar de buscar el entendimiento de los grupos políticos que se empezaban a definir y a enfrentar, se volvió beligerante y agresivo. Se creía todopoderoso e infalible. Finalizado el período de Vargas, no insistió en que fuera un civil quien ocupara la Presidencia, sino que manipuló su propia postulación. Debilitó el poder civil. A la inmadurez de la República, le agregó un elemento que distorsionaba el desarrollo de la institucionalidad y que generaría una oposición belicosa en extremo.

Los epítetos preceden **los disparos**

En 1839, Páez llega por segunda vez al poder con 212 de los 222 votos, pero pronto ese apoyo se esfumó. Antonio Leocadio Guzmán era el oficial mayor de la Secretaría del Interior y Justicia, y Páez consideró que la mejor política para consolidar la paz y evitar otras revueltas como las de 1835 era el castigo severo de los revoltosos. Temiendo que el Congreso aprobara el regreso de los proscritos, y ante la renuncia de Diego Bautista Urbaneja y Rafael Urdaneta, se le ocurrió que Ángel Quintero era la persona indicada para adelantar la política que había trazado. Quintero aceptó ser el secretario del Despacho del Interior y Justicia, pero puso como condición que Guzmán fuese separado del cargo de oficial mayor. Páez accedió. Se inicia, entonces, una lucha violenta entre los dos hombres, y con sonoros epítetos. Era lo único que turbaba la paz.

Comenzaron los ataques de Antonio Leocadio Guzmán, por pequeñas humanas. Jamás propuso una reforma legislativa, económica o de otra clase. Consideraba que el país estaba bien organizado y lo único que había que hacer era sustituir a los gobernantes, pero de la manera más caprichosa. Eminentemente personalista, en su periódico calificaba de oligarcas o de liberales a su capricho y según sus intereses del momento. Su campaña nunca fue doctrinaria. Tampoco fue un defensor del pueblo. No podía serlo, afirmaba que las instituciones

fundamentales no podían mejorarse para el pueblo. No pedía mejoras para las masas populares ni amaba al pobre. En ninguno de sus artículos hay una línea en la que se refiera a reivindicaciones para los sectores sociales deprimidos. Guzmán era pura y simplemente un dictatorial, un aventurero político, un ambicioso irresponsable, un manipulador, un sensacionalista. En sus artículos y editoriales sólo se refería a los asuntos que llamaban la atención del público espeso. En los seis años que duró *El Venezolano* apenas hubo cuatro editoriales serios. La discusión no era con argumentos sino con insultos, acusaciones y exageraciones.

La oposición sistematizada apareció con el Partido Liberal, que se organizó en 1840. Sus principales promotores fueron los terratenientes, los productores de café y cacao, los beneficiarios de la mano de obra esclava; la Venezuela rural y del atraso, la de los privilegios y la servidumbre, que quería perennizar el sistema de producción colonial; la que aceptaba sólo las leyes que la beneficiaban y no acataba las que favorecían al resto de la población y significaban restricciones para su egoísmo. Los negadores del progreso se oponían no sólo a las leyes de crédito, sino también a las leyes que iban dando libertad progresiva a los esclavos. El representante más enconado era el doctor Tomas José Sanavria, jurisconsulto reputado, pero refractario al progreso. Cuando aparece *El Venezolano*, Guzmán demanda constantemente hombres nuevos. Tanta insistencia en que se cumpliera el principio alternativo retrata su ingenuidad política. Sin tener un partido con fuerza para ganar unas elecciones, Guzmán consideraba que quienes habían sido elegidos debían apartarse y, en concesión graciosa, entregarle el poder para cumplir un precepto constitucional que él entendía de modo muy particular. Alternabilidad es entregar el poder cuando se pierden las elecciones, no cuando se ganan.

En su mensaje al Congreso en 1842, Páez se refirió a las incursiones de un comisionado británico en Guayana, que con la excusa de delimitar las posesiones inglesas, no sólo trazó la línea dentro del territorio venezolano sino que lo hizo con tanta pomposidad que parecía la ejecución de un acto de soberanía. Antonio Leocadio Guzmán obvió un hecho tan grave para la soberanía territorial y ocupó su periódico en descubrir posibles fallas de redacción, de estilo y ortográficas, en el

discurso. No se detuvo en reflexionar en que los límites trazados por Robert Schomburgk definían las aspiraciones británicas. Tanta importancia a la gramática y tanto desdén a la integridad territorial, tiene su trasfondo. Guzmán, que era un rencoroso, supuso que Angel Quintero había redactado el mensaje y aprovechaba para exhibirlo en condiciones repugnantes: "Vergüenza, dos errores de ortografía". Si Guzmán hubiera cumplido su tarea de periodista, habría hecho un escándalo, que sí lo merecía, con las pretensiones inglesas en las bocas del Orinoco. En cambio sí acusó al Gobierno de traicionar a la patria y de entregarla a los ingleses, porque Páez recibió una espada como regalo del Gobierno de Gran Bretaña.

Además de su ambición desproporcionada, y de ser un hablador impetuoso y veleidoso, Antonio Leocadio Guzmán era insuperable como propagandista, a pesar de sus quiebres cursilones y amanerados. Con el mismo desenfado podía escribir tanto elogios desmesurados como ataques llenos de veneno. Su periódico se debió llamar *"El Veneno-zolano"*.

En 1840, el estado de la República no podía ser más próspero, según indicaban los informes del Gobierno. Paz y orden en el interior, amistad con todas las naciones y protección decidida a la prosperidad pública prometían una perdurable era de buen ejemplo. La fuerza armada de la República la constituían 800 hombres. Las sumas para el mantenimiento de tropas permanentes se aplicaron al fomento de la educación, a la apertura de caminos, a la mejora de puertos y construcción de edificios públicos; a traer al país emigrados útiles y a incorporar a miserables indígenas a la vida civilizada, a pagar la deuda del Estado y a elevar el crédito interior. Se rebajaron las contribuciones y se abolió el oneroso arancel de exportación. Fue arreglada la deuda extranjera y rescatada en parte. Se aumentó la agricultura con la protección de las leyes; se extendió el comercio, y se comenzaron a restablecer las relaciones con España; se entablaron las diplomáticas, y quedaron preparadas las cosas para la conclusión del tratado de paz y reconocimiento de la Independencia. La alegría y bienestar reinaban en todos los ángulos de la República. Venezuela era considerada como la excepción de América del Sur. Las garantías de los ciudadanos, su seguridad y derechos fueron escrupulosamente respetados. El

país, en medio de dificultades y carencias, encontraba un camino de superación y convivencia. Fue un período fecundo y de paz. Las industrias cobraron vuelo, se fundó el crédito público y se administró con esmero e integridad. A los puertos venezolanos llegó el primer buque de vapor, el *Flamer*, se estableció la primera refinería de azúcar, fueron impresos los primeros libros y se fundó la litografía. El Congreso fue libre, las municipalidades independientes y se delinearon los partidos políticos. Salvo los desafueros de la prensa, no había motivos para esperar una catástrofe. Hubo pasiones, forcejeo de intereses, luchas cívicas, polémicas ardientes, agravios e imprecaciones, pero ningún periodista fue arrestado, enviado a prisión ni sometido a juicio. Todos fueron libres para expresar sus ideas. La prensa habló como pudo y como quiso. El poder público garantizó ese derecho.

Las pasiones políticas se agitaron porque los agricultores, aunque habían aumentado sus ventas de café y adelantado buenos negocios en los mercados europeos, se endeudaron y no pudieron pagar sus compromisos. Para incrementar las tierras cultivables y dedicarlas exclusivamente a este fruto, habían acudido a los prestamistas y a sus altos intereses. Sin embargo, cometieron el error de no diversificar los cultivos. Cuando bajaron los precios del café, tuvieron que rematar sus haciendas para pagar los préstamos. Desesperados, acudieron al Gobierno en solicitud de ayuda. Pretendían que con el dinero de todos se les rehicieran los créditos, con largos plazos y bajos intereses. El Gobierno no podía complacerlos. No tenía fondos y había otras necesidades más apremiantes –como la construcción de caminos, la creación de escuelas, la inmigración, la manumisión de los esclavos, la sanidad del país y la amortización de la deuda externa–, pero les respondió con poco tacto. Les dijo que habían pecado de imprevisión, que, sin juicio cabal, habían extendido mucho sus cultivos, aumentando las importaciones y forzado las ventas, con lo cual rompieron el equilibrio entre la oferta y la demanda, y que habían dilapidado ganancias y disponibilidades monetarias en lujo y suntuosidad, verdades que no son agradables de escuchar.

La crisis económica que vivía Europa en ese momento, que se reflejó después en el manifiesto firmado por Carlos Marx y Federico Engels en 1848, repercutió en el quehacer económico venezolano. Entre 1843-

1844, las exportaciones cayeron a 6 millones de pesos, contra 7,6 millones del año anterior. Las importaciones también bajaron: 4,3 millones de pesos contra 7,4 millones en el ejercicio 1840-1841.

Aislados y desorientados, ignorantes de la economía mundial, se culpó de la crisis a factores internos, que por supuesto los había, pero no eran los únicos. Los precios del café venían cayendo dramáticamente. El quintal que en 1834 se cotizaba a 12 pesos, descendió a 8 pesos en 1841 y ya iba por debajo de los 7 pesos. Como los hacendados no podían hacer frente a sus obligaciones crediticias, el Partido Liberal salió en su defensa. Guzmán expone que la crisis se debe a la carestía del dinero, usado para pagar la deuda exterior y monopolizado por los usureros, que “con la protección de la ley esquilmaban a los cosecheros”. Decía que el mal estado de la agricultura se debía a la política gubernamental, que favorecía al sector comercial y prestamista.

Francisco Aranda, Secretario de Hacienda, enardece las discusiones. Propone crear el Instituto de Crédito Territorial, un auxilio a los hacendados que daría créditos sobre la base de una fianza hipotecaria. Aunque parecía razonable, no lo era. Significaba privilegiar a unos pocos en desmedro de los demás. Tanto Santos Michelena como José María de Rojas y Pedro José Rojas objetaron la disposición en el Congreso. Michelena insistió en que el Estado no podía convertirse en padre de familia, que sólo le correspondía garantizar la iniciativa privada. “En la sociedad y en la producción –decía– hay dos círculos muy bien delimitados: el de los ciudadanos, que contribuyen unos con su trabajo y otros con su economía; y el del gobierno, a cuyo cuidado están las obras de caminos, inmigración y policía. Nadie debía violar la esfera del otro, y el proyecto Aranda inmiscuía al Estado en asuntos propios de los ciudadanos”. Era una posición doctrinaria y se requería una salida práctica.

Pedro José Rojas consideraba que la causa de la crisis económica y agrícola no era la usura, sino el pésimo estado de las vías de comunicación, la falta de brazos, la carestía de los transportes y de los jornales; sólo al final, el alto interés del dinero. Decía que la solución era bajar los costos de producción para que los productos pudieran competir en los mercados extranjeros.

El proyecto Aranda concitó la simpatía de los parlamentarios y fue aprobado. El presidente Soublette usó la facultad constitucional y lo vetó. Argumentó que con lo que era de todos no se debía beneficiar a unos pocos, que lo mejor era utilizar ese dinero en un plan de caminos. Guzmán, entonces, clama en sus artículos que se debía desechar la doctrina del “dejar hacer”, la cual consideraba buena para los países viejos, pero no para los nuevos como Venezuela. Sus argumentos eran un reflejo de su alma monárquica y atrasada. Sin pudor, escribió: “Fuimos una colonia atrasada por falta de minas. Sin comercio ni empresas no pudo hacer acumulaciones. Para 1810, Venezuela era pobre y despoblada, pero agricultora de artículos de exportación debido a la esclavitud. Sin esclavos no habría existido en Venezuela una sola hacienda, ni más propiedades afincadas que las urbanas y las consistentes en la cría. La Independencia, con sus decretos sobre la esclavitud, le quitó a la agricultura su base. Y, además, la guerra provoca, con las emigraciones, la salida de pequeños capitales metálicos, liquidaciones de capitalistas que emigran y extracciones de oro y plata con casi todos los jefes españoles”.

De mucho hablar y **poco hacer**

Para el periodo presidencial 1843-1847 participaron en la contienda electoral Santos Michelena, Diego Bautista Urbaneja y Carlos Soublette. Los liberales apoyaban a Santos Michelena, pero el escrutinio favoreció a Soublette, candidato de Páez, con más de 66,6% de los votos. Páez entregó el poder a su legítimo sucesor el 28 de enero de 1843.

La meta del general Soublette no era reformar sino consolidar la institucionalidad. El país estaba en paz. Los responsables de los sucesos violentos de 1835 empezaron a regresar al país y se adhirieron al partido de oposición. Soublette actuó con una gran voluntad democrática y mucha tolerancia. Hombre culto y amante del parlamentarismo y de los procedimientos legales, auspició el libre juego de la prensa y de las actividades políticas. Su primer gabinete fue un modelo de amplitud.

El verdadero poder residía en el Congreso, que era demasiado político, excesivamente contralor y ejecutor, pero poco legislativo. Hablaba mucho y teorizaba demasiado. El excesivo debate político postergó leyes, medidas, decisiones, estudios, nombramientos y, sobre todo, evitó que se consolidara el sistema postulado en la Constitución.

Que el Congreso sesionara en una casa alquilada y no mostrara intenciones en adquirir un edificio adecuado a su dignidad refleja su desinterés en todo lo que trascendiera la batalla política diaria. Tam-

poco cumplió su trabajo de darle al país un código civil, primera preocupación del Congreso Constituyente de 1811, y cuya comisión para su redacción fue designada desde 1830. La Constitución es la ley política, el Código Civil, la ley social.

Mientras Guzmán clamaba por alternabilidad, y se dedicaban millones de pesos en gastos militares para enfrentar las pretensiones autoritarias de Carujo, Mariño, Farfán y Monagas, el país se regía por leyes españolas. Andrés Narvarte dijo al Congreso en 1832: "No puede gloriarse Venezuela de tener una legislación propia. Apenas se puede decir que ha recibido como legado de Colombia un cúmulo de leyes, en las cuales lejos de encontrar los ciudadanos el escudo de sus derechos y la pronta reparación de sus agravios, tienen siempre que sufrir las consecuencias de un procedimiento incierto, lento y perjudicial a sus intereses".

Aunque Guzmán había anunciado que el Partido Liberal no sería intransigente con el nuevo Gobierno, pronto recrudecieron sus ataques contra la institucionalidad. Escribió que el presidente Soublette no había sido elegido por la voluntad del pueblo sino por cuatro oligarcas, y que la elección de los miembros del Congreso era inconstitucional. Publicó que los valles de Aragua sufrían escasez de comestibles porque Páez había convertido en potreros para la ceba de su ganado las costas más fértiles de la laguna de Valencia; y que como consecuencia de la carestía de dichos frutos, había disminuido la población y el comercio del cantón de Maracay. Con tan frívola acusación buscaba concitar contra Páez las pasiones de quienes admiten como origen de su malestar cualquier causa que se les indique. Los potreros de Páez sólo ocupaban una legua de terreno y su propio interés lo obligaba a tenerlos perfectamente cerrados. Nadie se quejó nunca de que su ganado le perjudicara, y mal podía una legua de terreno causar carestía de granos.

El debate de fondo era sobre el manejo de la economía, que agitaba y dividía a los sectores politizados. El general Soublette profesaba la célebre fórmula *laissez faire, laissez passer*, según la cual la misión del Gobierno es proporcionar a los individuos seguridad y justicia, no constituirse en su tutor ni en director del desarrollo nacional, que debía ser obra de la libre iniciativa individual. Los opositores opina-

ban que el Gobierno debía dar solución a los problemas económicos del país, y que las leyes debían ser una forma de protección contra la inexperiencia de los individuos. El gremio agrícola creía que la protección del Estado remediaría sus dificultades y formuló un programa que arrimaba la brasa para su sardina, pero no para el bienestar de todos. Pedían que se le diera a la propiedad una justa estimación, que se pusieran trabas al remate que aseguraba al acreedor; que se fijaran las tasas de interés de 6% anual para todos los empréstitos. En fin, que se proporcionara a los agricultores un privilegio para el pago de sus créditos. El ideólogo y motor del movimiento fue el Presidente de la Sociedad Agrícola de Caracas, el doctor Tomás José Sanavria, uno de los jefes del Partido Liberal.

Guzmán creó sus huestes con los descontentos del orden constituido y con los elementos cavernícolas, en especial con los que en 1839 elevaron al Congreso una solicitud para que se aumentara la edad de la manumisión a 25 años, se derogara la Ley de Manumisión y se sustituyera por un impuesto que permitiera ir libertando a los esclavos más ancianos. El Partido Liberal de Venezuela lo formaban, además de los retrógrados del gremio agrícola, los revoltosos de 1831, 1835 y 1837; es decir, los adversarios del régimen civil, los que aspiraban a puestos públicos sin tener las aptitudes y una turba de bochincheros que constituían el Estado Mayor de Guzmán, “su pueblo”.

Entre los liberales había personas honorables y de méritos, sin duda. Era una agrupación que cobijaba las más opuestas tendencias, pero las buenas intenciones no podían prosperar con personajes como Antonio Leocadio Guzmán, que se hacía llamar el segundo Bolívar; Felipe Larrazábal, alter ego de Guzmán y redactor de *El Patriota*; Manuel María Echandía, redactor de *El Agricultor* y faccioso de 1846; Blas Bruzual, redactor de *El Republicano* y segundo de Carujo en 1835, y Estanislao Rendón, revolucionario de 1835.

El Partido Liberal fue obra de Tomás Lander, que a mediados de 1840, con otros hombres adinerados de Caracas, fundó una asociación para participar en el debate político. Además de Antonio Leocadio Guzmán, Tomás José Sanavria, José Austria y Jacinto Gutiérrez, lo acompañan representantes de la aristocracia criolla como los ex marqueses Francisco Rodríguez del Toro y Manuel Felipe Tovar y el ex conde Juan Bau-

tista Mijares, quienes eran parte del grupo de los agricultores. Su bandera era "Hombres nuevos y alternabilidad democrática".

El Venezolano, con sus artículos lisonjeros a la ignorancia popular, abría la sima de anarquía, crímenes, trastorno moral y corrupción que habría de enterrar la obra que se construía. En las alforjas de los arrieros llegaba a los más apartados rincones. En las pulperías y posadas se formaban tertulias después de que era leído en alta voz por el pulpero, generalmente el único que sabía leer. En sus páginas, Guzmán emprendió la tarea de desacreditar las leyes y a los magistrados, de deslustrar a los hombres que habían servido a la causa de la Independencia y a la libertad, para inculcar al pueblo las doctrinas más antisociales. Trabajó por el divorcio entre el rico y el pobre, entre acreedores y deudores, entre señores y domésticos. Acusó a Páez de ser la expresión de una política personalista y el promotor del paternalismo oligárquico, de dispensar honores y recompensas a los privilegiados de una supuesta camarilla cortesana, cuya alma tormentosa era Ángel Quintero, a quien atribuía todos los males de la República.

La popularidad de Páez empezó a disminuir. La prédica opositorista, multiplicada en periódicos y multitud de folletos, panfletos y hojas sueltas, ganó cuerpo en el conglomerado social. Ya no se le respetaba como antes. Sus ausencias a la hacienda de Maracay eran tan criticadas como su presencia en Caracas. No había manera de complacer a los agitadores. Ante la necesidad de defenderse, el Gobierno se proporcionó sus órganos de prensa y organizó su partido, cuyo lema era Paz y Orden. Pero es más difícil construir un partido en un Gobierno desgastado por el mando que en la oposición. Sus afiliados eran sobre todo burócratas temerosos de perder el sueldo; y sus dirigentes, los altos funcionarios, los gobernadores de provincia, los prefectos de distrito y los alcaldes municipales, una estructura que se confundía con la Administración Pública.

La prensa guzmancista censuraba que los subalternos apoyasen políticamente el Gobierno para el cual trabajaban, y lo calificaba de ventajismo. Sin embargo, durante el Gobierno de Monagas, Guzmán, con el pretexto de mantener a los empleados en la esfera de sus funciones, aconsejó al Congreso la aprobación de una ley que establecía que los

empleados públicos debían ser afectos al Gobierno, y que quienes no lo fuesen perderían sus cargos y serían sometidos a juicio.

Cuando comenzaron las negociaciones diplomáticas para que España reconociera la Independencia, Guzmán afinó sus dardos de la manera más desgraciada. Los españoles no sólo eran quienes consumían más cacao –sus compras alcanzaban 338.386 pesos–, sino que también podían ser una excelente fuente de inmigración. Hubo acercamientos diplomáticos para lograr un tratado de tregua con España. Páez solicitó la mediación de Francia y de Inglaterra, y logró que se nombrara agente de la negociación a Alejo Fortique. Guzmán publicó que Páez, a cambio de la espada que le regaló el rey Guillermo IV, y como pago de la deuda nacional, estaba cediendo territorio venezolano a los ingleses, que después éstos traspasarían a los españoles. Alarmados por tan graves noticias, muchos habitantes de Apure abandonaron sus labranzas y se apercibieron para defender sus derechos. Guzmán enredaba y confundía. Era mejor propagandista que el Gobierno. Su oposición era sistemáticamente insidiosa. La calumnia y la falta de probidad lo caracterizaron. Las frases y epítetos más injuriosos se repetían en los editoriales de *El Venezolano* y en los panfletos, aún más violentos, que salían de su imprenta, y produjeron los efectos que todos presentían: un periódico, *El Relámpago*, fue acusado como libelo infamatorio por Juan Pérez, a quien lo menos que le decían en unos versos era sifilítico. Al averiguarse el nombre del articulista se halló que era Ramón Villalobos, que, víctima de su propia ignorancia o mal aconsejado por la miseria, vendió su firma para un documento difamatorio. Los jurados declararon que este desgraciado carecía de responsabilidad legal y que, por consiguiente, el juicio debía seguirse contra el impresor Guzmán. La sentencia fue acogida con gritos de “muera el jurado, muera la oligarquía”. Un entusiasta liberal proclamó que “había que empezar a cortar cabezas de oligarcas”.

El 9 de febrero de 1844 se reunieron los jurados para manifestar su opinión sobre la responsabilidad de Guzmán. El abogado del acusador habló en medio del silencio; pero cuando le correspondió a Guzmán se oyeron aplausos y gritos de aprobación. El tumulto creció. A las dos de la tarde, acabados los alegatos, el jurado se retiró a delibe-

rar. El gentío gritaba: “Muera el jurado, mueran los inquisidores, mueran los opresores”. Para salvarse de los horrores que lo amenazaba, el jurado absolvió a Guzmán. La turba lo sacó en hombros y le prodigó el título de Segundo Libertador. Luego atacaron con piedras las casas de las personas con opiniones contrarias a las suyas. Es el inicio de los desórdenes, del derecho del populacho armado a desobedecer las leyes e inmiscuirse en las deliberaciones del Poder Judicial.

Al abrirse el período electoral de 1846, *El Venezolano* se vuelve más violento. “Mientras respire Soublette –decía– y respiren avaros prepotentes y godos insignes, y vergonzosas medianías preñadas de ambición, y logreros confabulados; y mientras que todos juntos puedan conservar este artificio criminal, en que las leyes son apariencia y realidad la granjería, sobre las aras de la patria se quemará constantemente el incienso de la degradación”. A la sombra de *El Venezolano* proliferaron panfletos con los nombres de *Las Avispas*, *El Zancudo*, *La Centella*, *El Sincamisa*, *El Rayo*, cuyos insultos a Páez y a Soublette iban por este camino: “Son dos bribones y los malvados más insignes que ha producido la tierra; ladrones descarados, viejos impúdicos cargados de años y de crímenes”. A Soublette lo amenazan:

El que os habla no os teme, general; no pierde la esperanza de ver con vuestra muerte mitigadas las angustias de la patria ¡Noble esperanza! ¡Feliz Venezuela si llegara a perderos, desgraciada si vivierais un tanto más! Vuestra muerte debieran aclamarla hoy los pueblos, pues con la muerte de un traidor, con la muerte de un asesino, de un ladrón, da la República un paso más hacia su dicha... Desengaños, general, es con lo único que podéis pagar... y todavía, para mí creo que la República no se da por satisfecha; pero a lo menos quitaremos ese borrón de la sociedad, esa fuente de inmoralidad y corrupción. ¿Hasta cuándo, general, sois asesino? ¿Hasta cuándo sois ladrón? Recordad, general, que habéis nacido para morir en alto puesto, pero no para vivir en él.

Los dicterios y calumnias que los periódicos derramaron sobre Soublette no rompieron el silencio de su honradez. Juzgó indigno responder. La sinrazón llegó a acusarlo de apropiarse de rentas públicas. En verdad, Soublette tuvo que vender su casa de habitación y el ganado, que constituían lo mejor de su fortuna, para honrar deudas que contrajo por su escaso sueldo como Presidente.

Si el dinero que se gastó en revoluciones se hubiera dedicado en educar y en levantar el nivel del pueblo, se habría libertado buena parte de esas masas de sus verdaderos enemigos: el analfabetismo y la miseria. Entre 1840 y 1847, el Gobierno gastó más de 4 millones de pesos combatiendo revoluciones, cantidad con la que se habría rescatado más del 60% de la deuda externa y se habrían aliviado recursos necesarios para escuelas, maestros y carreteras.

Más ambiciones que **talentos**

En septiembre de 1846, Antonio Leocadio Guzmán comenzaba a promover su candidatura presidencial, pero el Ayuntamiento de Caracas se lo impedía por tener deudas con un tribunal. Los liberales protestan. Argumentan que la aceptación de candidatos no es incumbencia del Ayuntamiento sino del colegio electoral. Guzmán se hace eco de rumores infundados que señalan que Páez sopesa la posibilidad de competir. Cuando el general Santiago Mariño se le ofrece como intermediario para una entrevista, Guzmán encuentra otra manera de alterar más los ánimos, crear confusión y soliviantar a los desprevenidos.

Su intención era forzar a Páez a apoyar su candidatura, pero más como un chantaje que como un entendimiento. Los ánimos estaban bastante caldeados. Guzmán se va a La Victoria con un grupo de liberales prominentes. Santiago Mariño concertó una entrevista en su casa entre el general José Antonio Páez, quien se hallaba en Maracay, y el candidato derrotado Antonio Leocadio Guzmán, que residía en Caracas. Aunque estaba enfermo, las fiebres palúdicas le repetían, Páez no se niega a recibirlo. La reunión no se da por la irrupción de movimientos armados de liberales en Aragua y Carabobo. Sólo en la teoría era un diálogo de entendimiento. En los procedimientos era un pretexto para coordinar un levantamiento. Liberales de menor jerarquía habían estado en contacto en el interior con grupos de ban-

doleros. Guzmán salió de Caracas rumbo al encuentro acompañado de un séquito armado de trabucos, que enarbolaba banderolas amarillas y gritaba: "Abajo la oligarquía". En La Victoria, Guzmán decidió no llegar a la casa de Páez en Maracay. En la madrugada del 2 de septiembre de 1846, se alzó Francisco Rangel, a nombre del candidato liberal. Sus hombres, después de saquear varias casas en Güigüe, se dirigieron a la hacienda de Ángel Quintero en Yuma, asesinaron al mayordomo, golpearon al suegro de Quintero y amenazaron con matar a su esposa e hijos si no daban vivas a Guzmán. Antes de incendiar la casa, la saquearon y se llevaron las bestias. El indio Rangel era un beodo desalmado, que desprovisto de todo sentimiento, debido a sus borracheras, iba dejando lágrimas y muertos por donde pasaba. La descripción de Rangel que hace Laureano Villanueva es muy sugestiva de su personalidad: "Un indio como de cincuenta años, chato, de manos y pies grandes y gruesos, muy empulpado, lampiño, de estatura mediana; solía andar desnudo de la cintura para arriba, y usaba un trabuco enorme que cargaba con cuarenta, cincuenta y aún sesenta guáimaras".

Cuando los acompañantes de Guzmán se enteraron de estas tropelías, corrieron a incorporarse a la sublevación. Ezequiel Zamora se va a los llanos de Cura, Larrazábal huye al extranjero y Rafael Flores, el Calvareño, a los valles del Tuy. La situación del país no podía ser más peligrosa. Se corría la voz de que bajo la Presidencia de Guzmán se repartirían los bienes y las tierras de los ricos entre los pobres, que se libertarían los esclavos, se regalaría el dinero del banco y se abolirían los impuestos nacionales y municipales.

A pesar de su mal estado de salud, Páez fue nombrado General en Jefe del Ejército. Reunió a sus peones y salió en persecución de los malhechores. En Magdaleno, casi lo matan de un trabucazo que le dispararon a bocajarro desde una ventana.

Guzmán regresó a Caracas. Fue detenido en Antímano, pero lo dejaron ir cuando explicó que sus intenciones eran formar ciudadanos, no soldados. Después se ocultó, con lo que hizo pública su culpa en los acontecimientos y fue decretado su encarcelamiento. Juan Vicente González, jefe político del cantón, encontró a Guzmán escondido detrás de un fogón de la casa de unos amigos. Acobardado, suplicó que

no lo mataran. Fue sometido a juicio, pero no se le impidió participar como candidato en las elecciones presidenciales. Llegó de tercero.

Cuando se aproximaba el término de la Presidencia del general Soublette, muchos creyeron que lo más conveniente era que Páez ascendiera por tercera vez al Gobierno. Por supuesto, tal deferencia no se debía a que reconocieran sus dotes gubernamentales sino que confiaban en su capacidad militar para contener alzamientos y rebeliones. Páez les anunció que no aceptaría la Presidencia aunque fuese elegido por unanimidad de votos. Cuando varios amigos del general José Tadeo Monagas le solicitaron a Páez que lo apoyara como candidato presidencial, les contestó: "Me sería muy satisfactorio ver a aquel jefe sirviendo a su patria a la cabeza del gobierno".

Mientras enjuician y condenan a muerte a Guzmán, los constitucionalistas le mandan a Monagas, el Presidente electo, la cabeza salada del indio Rangel. Guzmán no era un asesino sino un instigador del crimen y de la insurrección. Con sus periódicos había persuadido a la parte más sencilla del pueblo de que mandaba una oligarquía, una aristocracia, que formaba una facción dominante que tenía todo en sus manos y que quería perpetuarse en el Gobierno por medios corrompidos y criminales; que el más imperioso deber del pueblo era derrocarla; que la administración no tenía un origen legítimo, y excitaba al pueblo, aludiendo claramente a los medios de fuerza, a colocarlo a él en la Presidencia de la República.

No había ningún ánimo de venganza ni parcialidad de la justicia contra Guzmán. Los tribunales estaban integrados por jurisconsultos graduados, algunos de ellos eminentes. La intención, quizás, no era condenarlo sino darle una sacudida. Conociéndolo como se le conocía, se creía que, por su carácter intemperante y asustadizo, se iba a aplacar, como en efecto se aplacó.

Guzmán era prisionero de la ley que él firmó en 1831 y que castigaba con la pena de muerte a los insurrectos. Con sus sediciosas prédicas y manejos ocultos, había puesto a la República en un estado de lamentable anarquía. Ezequiel Zamora, aprehendido y sometido a juicio, confesó que los artículos insertos en los periódicos que salían de la imprenta de Guzmán lo habían excitado a tomar armas contra el Gobierno. Aunque también dijo que quería emular a Páez: "Habiendo

leído en la Historia de Venezuela que el general Páez, con sólo su valor y asido de la bandera tricolor, había triunfado sobre líneas enteras de enemigos de la patria, me propuse imitarle”.

Con Zamora se ha construido una leyenda, quizás aprovechando la sonoridad de su nombre y la ventaja de que no dejó nada escrito. Todas sus presuntas ideas son obras de la suposición. El llamado jefe del pueblo soberano, en la proclama dirigida a Segundo Martínez y Evangelista Cabeza, decía que su causa era sacar la patria de la salvaje y brutal dominación en que la tenían los godos oligarcas y el gobierno faccioso y ladrón de Soublette. Los medios que quería utilizar no eran muy civilizados: “Desgraciado del godo que se oponga, porque allí mismo pagará con su vida la infamia; allí mismo se le cortará la cabeza para que sirva de escarmiento a los traidores y tiranos”.

Ezequiel Zamora, cuñado de Juan Crisóstomo Falcón, tuvo todas las cualidades, buenas y malas, de un héroe popular, como escribió José Gil Fortoul: bravura, fanatismo, militancia, constancia indomable, odio sincero, o como él decía “horror a la oligarquía”, lo que no le impidió, sin embargo, medrar durante diez años del régimen oligárquico de José Tadeo Monagas, quien lo colmó de ascensos y de puestos importantes.

Perseverante en organizar tropas y ducho en convertir bandas desorganizadas en batallones homogéneos y fuertes; hábil en sus marchas y maniobras, prudente en preparar el combate; impetuoso en la lucha, rápido y arrollador en la táctica, era poco lo que entendía de doctrinas constitucionales, menos aún de filosofía política. Su credo se resumía en dos términos: Partido Liberal y Federación, sin detenerse a ahondar y sin reflexionar sobre la significación del sistema federativo ni preocuparse en mejorar la situación social del país. Definir el ideal, ponerlo en contacto con la realidad, hubiese sido un esfuerzo superior a su carácter impulsivo e impaciente. Nació para la acción; luchó en sus mejores años por derrocar el predominio de una clase social que juzgaba usurpadora. Una requisitoria de 1847 lo describía así: “Pelo rubio pasudo (crespo) y bastante poblado, color blanco y algo catire, frente pequeña, ojos azules y unidos, nariz larga perfilada, boca pequeña y algo sumida, labios delgados, barba roja y escasa, estatura regular, cuerpo delgado, muy junto en los muslos y piernas manetas; tiene manos largas, descarnadas y cubiertas de ve-

llo áspero, los pies también largos y flacos; es de un andar resuelto y tendrá como treinta años de edad”.

Páez apoyó, al principio, el Gobierno de Monagas. Era el jefe supremo del Ejército y como un gesto de cordialidad le ofreció su casa para que se alojara cuando llegó a Caracas para encargarse de la Presidencia. A La Viñeta le trajeron la cabeza de Rangel en una jaula.

Monagas, pese a nombrar un gabinete ajeno a las consignas del guzmancismo, volvió por sus fueros autoritarios. Además, conmutó la sentencia de Guzmán por extrañamiento a Curazao y destituyó a Páez como jefe militar. Removió a todos los oficiales de la milicia y los reemplazó con sus aliados, aunque muchos de ellos no llenaban los requisitos legales. Se rehusó a nombrar gobernadores de provincia a las personas señaladas por la ley y confirió estos empleos a oficiales que lo habían acompañado en las revoluciones de 1831 y 1835. Además, recogió y se apoderó de las armas y pertrechos de guerra pertenecientes al Estado y las puso en manos de sus partidarios; desarmó la milicia activa y llamó al servicio la reserva, sin la autorización de la ley. También solicitó al Congreso la creación de una partida secreta por un máximo de 10.000 pesos.

La intención de Monagas era crear un tercer partido con los desafectos de uno y otro bando y manejar el país a su antojo. Cándidos e ingenuos, los miembros del Congreso llamados oligarcas intentaron enjuiciar al Presidente. Nada extraordinario en un país democrático, pero de graves consecuencias para una nación que todavía no aprendía a disfrutar la libertad. Páez aconsejó sensatez cuando lo consultaron sobre la existencia de un expediente de reclamación de la Casa Mier y Terán contra Monagas por un asunto de ganado y su posible utilidad para enjuiciarlo y destituirlo. Para que no se dijera que estaba influenciando a los legítimos representantes del pueblo, Páez decidió ausentarse del país, y visitar a unos amigos en la Nueva Granada, acompañado por Ángel Quintero y el general Carlos Soubllette. Salió de Maracay dominado por un sentimiento mixto de pena y esperanzas, pero dejó a su familia alojada en la Legación de Francia. Le preocupaba lo que pudiera ocurrir.

Enterado Monagas de que la acusación equivalía a una revolución incruenta que lo derrocaría, aprovechó el odio iracundo que se había

sembrado contra los conservadores. El 24 de enero de 1848, cuando la Diputación de Caracas leía la acusación contra Monagas que lo sacaba del poder, una turba de exaltados y milicianos asaltó el Congreso. A tiros y puñaladas, entre insultos y bestialidades, se impuso la barbarie. Murieron los representantes José Antonio Salas y Juan García Argote, y los ciudadanos Julián García y Manuel María Alemán. Santos Michelena quedó herido de muerte de una puñalada, y una bayoneta atravesó el pecho de Guillermo Smith. Los demás se salvaron como pudieron de aquella muchedumbre salvaje. Monagas confiaba más en el golpe de su espada que en tratados de filosofía política. Algunos le aconsejaron que saliera de inmediato a buscar a Páez en los llanos, donde se podría sublevar a nombre de la legalidad; pero Diego Bautista Urbaneja, más sensato, aconsejó que convocara el Congreso para que, en apariencia, se reanudara la constitucionalidad.

Páez se alzó. Veía conculcados los derechos del pueblo. Como había ayudado a que Monagas fuese elevado a la Presidencia sentía tener responsabilidades en sus actos. La indiferencia hubiera sido connivencia. Con un puñado de hombres, se trasladó al Rastro y le propuso a Monagas que, para restablecer la vida institucional, se sometiera a juicio por sus actos contrarios a la Constitución y que retirara todas las fuerzas de la capital; de lo contrario, nadie podría evitar la guerra. Páez no se había percatado del cambio habido en el país. La población no lo siguió ni le respondieron los amigos. Las deserciones entre sus hombres eran muchas. En cambio, el Gobierno levantó sin esfuerzo un ejército formidable. El Congreso, institución en cuya defensa había salido a ofender la vida, publicó un oficio en el que lo llamaba faccioso y felicitó al Gobierno por haber cimentado los principios y las instituciones.

Al propio tiempo, se urdieron cuantas mentiras puede inventar el odio y concebir la maldad para desacreditar a Páez. Los improperios eran repetidos por hombres que habían participado en revueltas contra la constitucionalidad, y a quienes Páez había perdonado la vida. No bastando las injurias ni las descalificaciones, se acudió a una calumnia encaminada a seducir la ignorancia de las masas: se propagó que Páez quería revivir la Gran Colombia bajo la forma monárquica y que sus tropas lo habían aclamado rey.

El 10 de marzo de 1848 fue derrotado en el sitio de los Araguatos por su antiguo subalterno Cornelio Muñoz, episodio que aprovechó el periodista Blas Bruzual para ridiculizarlo como el "Rey de los Araguatos".

La precipitación de Páez de desalojar a Monagas por la vía armada fue su derrota. Cerró las posibilidades de la confrontación política. Respondió como un caudillo. Sobreestimó su poder de fuego y su liderazgo. Emprendió una acción vanguardista y descabellada, cuando debió organizar y ampliar las bases de sustentación popular de ese parapeto de partido que aceptaba que lo llamaran oligarca y conservador.

Aun cuando la Diputación Provincial de Caracas contaba con buenos motivos para enjuiciar a Monagas por la manera como violaba la Constitución, era una acción política desquiciada. Se impuso la ofuscación, cuando lo importante era mantener las reglas del juego y contar con el apoyo de la población al sistema para su respeto y cumplimiento. Quien rompe la legalidad, no puede esperar que le apliquen refinados legalismos. Si el sector constitucional no hubiera respondido ofuscado, muchos males se habrían evitado. No se debió recurrir al enfrentamiento armado sino reinstalar el debate político. Construir el partido constitucional, que no existía, y reivindicar sus doctrinas. Pero hubo una contradicción. Aunque les guiaba el deseo de redimir al pueblo, su civilización, su ilustración, su mejora existencial, lo obviaron; supusieron que en el estado bárbaro en que se encontraba sólo podía ser utilizado en el campo de batalla. Páez supuso que bastaba su prestigio para que aparecieran seguidores por todos lados.

Guzmán, en cambio, entendió temprano que la política en un régimen civil se hace con gente, con apoyo popular. Llevado el combate a ese campo, los paecistas sólo tenían la vehemencia que espantaba de Quintero y la pasión de Juan Vicente González. Contaban, quizás, con los mejores hombres, los más capacitados, los más honrados, pero no con verdaderos propagandistas. Como veían con desdén al pueblo de Guzmán, cedieron la voluntad popular al peor demagogo de la historia. No supieron ganarse a los hambrientos de pan y de justicia social, de cultura y de instrucción.

Páez huyó a Cúcuta, pasó a Santa Marta y en Río Hacha se embarcó a Jamaica. En 1848, un sector del partido constitucional pidió ayuda a las autoridades estadounidenses. El 22 de julio, Páez, a través de Benja-

min Shields, Encargado de Negocios en Venezuela, solicitó la ayuda de Washington para organizar una invasión. En una carta le requirió una “poderosa mediación” o “una intervención eficaz si fuera necesario”, por la defensa de sus propios intereses. Fermín Toro, menos comedido y desdiciendo de su buen tino diplomático y su sobriedad, excitó al Gobierno de Estados Unidos a una acción enérgica. También Páez, en un momento de desesperanza y poca reflexión, por intermedio de su secretario y agente José Hermenegildo García se dirigió al Capitán General de la isla de Puerto Rico, Juan de la Pezuela y Cevallos, en busca de una intervención española en los asuntos venezolanos. Afortunadamente, sin éxito, le solicitó a la Monarquía española ayuda para invadir Venezuela. El Cónsul inglés en La Guaira, J. Riddel, escribe el 20 de febrero de 1849 al canciller Lord Palmerston: “No hay duda de que el señor José Antonio Páez pidió ayuda militar para derribar al gobierno constitucional de su país, a la misma potencia contra la cual luchó. La publicación de este documento ha provocado un estallido general de indignación contra Páez, aun entre sus propios partidarios”.

Páez se quedó solo. La institucionalidad, aunque fuese un mamotreto, estaba en manos de Monagas. Aquejado de problemas de salud, escaso de recursos y sin apoyo decisivo de sus copartidarios, después de fracasar en su intento de llegar a Maracaibo, en septiembre de 1848 instaló en Curazao su centro de operaciones, donde estaba extrañado Antonio Leocadio Guzmán, que en junio de 1848 fue nombrado por Monagas agente confidencial en las Antillas. Su principal encargo sería solicitar elementos de guerra y dar cuenta de los pasos de Páez. En octubre, Guzmán ingresó al gabinete como Secretario de Interior y Justicia, después asumió la Vicepresidencia.

En 1849, trece de las quince provincias que formaban la República invitaron a Páez a desembarcar en Venezuela para que dirigiera las operaciones del plan de restauración. Contaba con el vapor *Scourge*, comprado por José Hermenegildo García en cincuenta mil pesos, y se enviaron armas y elementos de boca y de guerra. En teoría, el partido constitucional contaba con el apoyo de muchas personalidades importantes y tenía profundas raíces en toda Venezuela. Habiéndole ofrecido recursos y hombres, Páez accedió. Ilusiones. No había armas, ni hombres ni recursos. Nada. En agosto de 1849, Páez propuso la capitu-

lación. Se rindió. Luego de recibir seguridades personales, entregó las armas en Macapo Abajo, Cojedes, y marchó a Valencia, donde fue informado de que el Gobierno desconocía la capitulación.

El general Manuel Ezequiel Bruzual narró con ironía la entrada de los derrotados a Valencia: "Había un ambiente de fiesta, con detonación de fuegos artificiales, la celebración del triunfo de las armas de la república sobre el faccioso que pretendía esclavizarla". Y describió a Páez de esta manera: "Venía en un caballo castaño, traía un sombrero de hule amarillo y cubierto el cuerpo con una cobija azul. A su lado venían el fanfarrón Quintero, el pirata Celis, el vándalo Domingo Hernández, el cruel Cordero, el maula de Hernáiz y los demás miembros de la avergonzada cortezueta del pobre hombre que quería reconquistar el poder de tiranizarnos".

El gobernador de Carabobo hizo pasar a Páez bajo horcas caudinas y lo puso a cargar pesados grillos en el calabozo donde lo encerró mientras esperaba instrucciones de Monagas. En su traslado a Caracas fue escoltado por la columna de Ezequiel Zamora, compuesta de hombres malintencionados. En el trayecto congregaron gente para que gritara "Muera Páez", que el general de los hombres libres mandaba a sus reclutas a repetir. Cuando lo traían por el camino de La Victoria, Monagas les solicitó a Diego Bautista Urbaneja y a Diego Caballero opinión sobre la conducta que debía observar cuando Páez llegara a Caracas. Caballero le sugirió que saliera a su encuentro, lo pusiera en libertad y lo alojara en su casa. Monagas le contestó: "La idea es muy generosa, pero temo que si lo llevo a mi casa, el general Páez hará la revolución hasta conmigo mismo". Lo metió en la cárcel. Páez recibió pruebas de afecto de sus compatriotas que acudían en tropel a visitarlo. Las mujeres se mostraban ansiosas de verlo a través de la ventana del calabozo.

Dominga Ortiz, la esposa que Páez abandonó por Barbarita, llevó al Congreso un memorial que los pobres de espíritu y los sometidos al terror de Monagas llamaron "cosa". Era un recordatorio de que las pasiones no podían despojarlo de las consideraciones merecidas por sus servicios a la patria ni del elemental respeto a la dignidad humana. Una protesta contra los ultrajes que recibía. No pedía ninguna gracia, ningún favor. El Senado aprobó una propuesta que asentaba "que

había escuchado con sumo desagrado y patriótica indignación la lectura de la nota", y, además, lo llamaba tirano.

Su salud empeoró. Le dio una congestión pulmonar. Ante un cuadro tan delicado, un gran número de ciudadanos de Cumaná exigió su traslado a una habitación más sana. Alertaron sobre las consecuencias si no se le prodigaban socorros. Estuvo tres semanas en el hospital militar. Después lo cambiaron a otra celda.

El 25 de marzo de 1850, Monagas puso el ejecútese al decreto del Congreso que expulsaba a Páez del país, al que agregó un artículo que lo despojaba de grados, títulos, empleos y condecoraciones, y borraba su nombre de las listas militares. Todo, absolutamente todo, le fue expropiado por Monagas, salvo la espada que le regaló, en 1838, el rey de Inglaterra. Páez había perdido sus propiedades con el fracaso republicano de 1814, pero poco después era dueño de la hacienda Los Cocos, comprada al general Mariño, y de unos terrenos que negoció con Vicente Ibarra y Pedro Camino. Después del triunfo de la Independencia, le fue conferida la hacienda de café La Trinidad de Tapatapa, en Maracay. También era dueño de una casa en Maracay; la de Valencia y la de Puerto Cabello eran alquiladas. Poseía un terreno en Apure que le otorgó en su testamento el general Rafael Ortega, en 1836. Tuvo arrendada la hacienda Chuao en 4.000 pesos anuales, con derecho a la mitad de unas mejoras calculadas en 80.000 pesos, que donó a la Universidad de Caracas cuando el fundo pasó a su poder. Los bienes semovientes del hato San Pablo, en 1848, eran 20.000 vacunos, 700 yeguas, 300 mulas y 500 caballos, más un haber con el Estado y los esclavos del fundo.

La ovación que recibió al abandonar el castillo de San Antonio de Cumaná compensó las humillaciones del cautiverio. Tan pronto traspasó la puerta, dieciséis jovencitas vestidas de blanco rompieron la guardia que lo conducía y lo acompañaron hasta el buque que lo llevaría a Saint Thomas.

Mucho dinero para los militares y poco para caminos

La gente de Páez se confió en los legalismos y subestimó la capacidad de zarpazo de Monagas, dispuesto a conservar el poder a todo trance, pero no en función del bienestar de la población, sino para la autocracia, el nepotismo, la irresponsabilidad administrativa y el aprovechamiento personal de los bienes públicos. Después del 24 de enero de 1848, el Poder Legislativo perdió beligerancia y también la dignidad. Se convirtió en un adorno, una entelequia. Quedó liquidado como fuerza de equilibrio y control del Ejecutivo.

Monagas mandaba, no gobernaba. Los liberales lo apoyaron y se olvidaron de las promesas y reivindicaciones que habían enarbolado desde *El Venezolano*. Ninguna bandera popular fue cumplida ni recordada. La abolición de la esclavitud fue un golpe propagandístico de José Gregorio Monagas. Quería atenuar la censura pública contra su desordenado gobierno. El 23 de marzo de 1854 se promulgó la ley. Había 27.000 manumisos y 12.550 esclavos, pero casi todos siguieron viviendo como peones y colonos en las haciendas de sus antiguos dueños. No se les incorporó a la sociedad de manera productiva. Pagados los dueños de los esclavos, las demás preocupaciones sobraban. No hubo reparto de tierras ni se democratizó la educación. Tampoco se terminó de redactar el Código Civil. No se adelantaron reformas electorales ni alguna obra de bien público. El único logro político fue la elimina-

ción en el papel de la pena de muerte para los delitos de rebelión. Fue reemplazada por el extrañamiento perpetuo; pero cuando los conspiradores caían en manos del Gobierno, les ponían grillos, los encerraban en celdas inmundas y les aplicaban la ley de fuga. Algunos liberales, decepcionados porque Guzmán sólo alcanzó 64 votos contra 203 de José Gregorio Monagas, se alzaron contra el Gobierno capitaneados por Juan Bautista Rodríguez, Antonio José Vásquez y los hermanos Rafael y Andrés Avelino Pinto. En la derrota, Rodríguez logró escapar, pero en la provincia de Barquisimeto fue capturado y ejecutado por soldados del Gobierno. Vásquez fue hecho prisionero en Bejuma y trasladado a Caracas. Cuando intentó escapar, confiado en la ayuda prometida por unos esbirros disfrazados, cayó bajo una lluvia de balas. Su cadáver ensangrentado fue arrastrado por los victimarios en la plaza del mercado ante el horror de las mujeres y niños.

La Ley de Contratos, la causa de todos los males según los liberales, fue modificada, pero no se resolvieron los problemas que le achacaban. Lejos de beneficiarse la agricultura, se perjudicó a la nación y resultaron favorecidos los prestamistas extranjeros, que aseguraron sus empréstitos. Como se impuso que todos debían pagar los errores de unos pocos, el Gobierno asumió la deuda privada: los terratenientes preservaron sus propiedades y los banqueros cobraron. Quienes no cobraron fueron los que estaban esperando por escuelas, vías de comunicación, bibliotecas, hospitales, policías, agua potable y un buen servicio de correos.

La alternabilidad que tanto pregonó Guzmán significó el desquiciamiento de la administración pública y de la aplicación de justicia. Se confundió la estabilidad laboral con prebendas impropias y se nombró a los funcionarios, no por su preparación y aptitudes, sino por su filiación política o familiar con el grupo gobernante. Se desordenaron las finanzas y se acentuaron los vicios que se arrastraban desde la Colonia.

Antonio Leocadio Guzmán ocupó los más altos cargos durante el régimen de los Monagas. Olvidó todo lo que escribió, todo lo que reclamó y todo lo que le exigió a un gobierno que pretendió instaurar un régimen de convivencia civil. En el Gobierno de Monagas se acabaron los insultos, las patrañas y las amenazas contra quienes detentaban el

poder. No porque gobernarán seres perfectos y hubiese rectitud en el manejo de la cosa pública, no. Los valientes que llamaron ladrón a Soubllette desaparecieron u ocuparon importantes cargos.

El Gobierno Monagas-Guzmán, para aplicar la “alternabilidad”, derogó la ley de 1842 sobre la jubilación de los empleados públicos con la excusa de que la permanencia por mucho tiempo en cargos administrativos iba contra el derecho que tenían todos de trabajar para el Estado. Confundir inestabilidad laboral con alternabilidad era la manera de colocar en la Administración Pública a personas adictas al régimen. Invocando el principio de la igualdad, que todos los ciudadanos pueden aspirar a ejercer todas las funciones públicas, se dejó en manos de gente sin preparación asuntos que requerían saberes especializados.

Aunque el presupuesto de gastos del Estado era deficitario y los Monagas estaban entre los más ricos propietarios del país, el Congreso no escatimó generosidades para favorecerlos. En 1854 concedió a los generales de división José Tadeo Monagas y José Gregorio Monagas el grado de generales en jefe, con los honores y sueldos correspondientes. Como si fuera poco, aprobó que José Gregorio recibiera su sueldo íntegro en forma vitalicia y que a su hermano le fuera cancelada la cantidad de 10.466 pesos, correspondientes al valor de las reses que en 1835 el Ejército constitucional tomó de sus hatos, cuando estaba alzado contra el Gobierno.

En 1855, cuando José Gregorio Monagas le devolvió la Presidencia a su hermano José Tadeo, el obispo Mariano de Talavera expresó la angustia y el anhelo del pueblo, con lo que arriesgó su vida. En su estilo peculiar, Talavera dijo:

Parece, Señor, que los males físicos, morales y políticos se han confederado para oprimir a esta desgraciada República. Carestía de la subsistencia por causas bien conocidas; lamentable atraso de la agricultura, por motivos que vos sabéis; amargo malestar, y más amargo porvenir de las familias; reclamaciones casi amenazadoras de algunas potencias extranjeras; enfermedades y epidemias que han diezmando y aun quitado algunas poblaciones; sacudimiento de la tierra, que obedeciendo leyes inmutables de la creación han arrastrado a la tumba centenares de víctimas; silencio sepulcral de la prensa, única lengua legal de los pueblos para emitir sus quejas; un erario exhausto que

no puede satisfacer las justas exigencias de los servidores de la patria; una deuda inmensa que gravitará sobre diez generaciones, el agio llevado hasta el escándalo; la justicia envilecida, las garantías violadas; amenazas de muertes a porciones definidas de la sociedad; robos sacrílegos, y asesinatos nocturnos por manos ignoradas; disensiones civiles, opiniones encontradas que esquivan toda reconciliación; ciudadanos y militares que por aberraciones políticas están en playas lejanas, comiendo un pan de lágrimas en cambio del pan que en mejores tiempos ganaron con su sangre; y lo que más contrista las almas sensibles, una de las mayores desventuras de la primera culpa, la guerra entre hermanos que ha traído deplorables combates fratricidas que han hecho gemir a la humanidad.

Un hijo de José Gregorio Monagas esperó al prelado fuera de la Catedral, con la espada desenvainada, para “lavar la deshonra que se había cometido”.

En la distribución de los pocos ingresos del Estado había preferencias sectoriales, siempre en beneficio de los militares. En el presupuesto 1856-57, por ejemplo, de 4.022.249 pesos, en el capítulo referido a pensiones vitalicias, pensiones especiales, montepío militar e inválidos de guerra, figuran 553.262 pesos. En cambio, para carreteras se asignan 160.000 pesos y una cantidad insignificante para escuelas. La construcción de caminos se limitó a los de La Guaira a Caracas, de Puerto Cabello a Valencia y los de los Valles de Aragua. En 1856, se estableció la primera línea telegráfica de La Guaira a Caracas y a los dos años se extendió a Valencia, pero con objetivos militares contrainsurgentes, no como un servicio público.

Toda revolución necesita **una bandera**

La llegada de Páez a Saint Thomas coincidió con su cumpleaños. No podía hacer fiestas con sus amigos ni había motivos para celebrar. Comenzaba el destierro. Envío un mensaje al país en el que expresaba que olvidaba los padecimientos y que sus disgustos quedaban ahogados ante los intereses de la patria; convidaba a los hombres honrados, sin importar sus opiniones políticas, a deponer los resentimientos. Pocos escucharon.

En el exterior, Páez recibió muchos homenajes; algunos sinceros, otros para saciar la curiosidad de conocer personalmente al "buen salvaje". Les ocurría un poco lo que a sus paisanos, que no se asombraban de la actividad que cumplió desde la Presidencia y en los campos de batalla, promoviendo leyes y construyendo escuelas y caminos, sino que se llenaban de admiración porque no eructaba en la mesa de la reina y sabía guardar los modales; o como aquellos venezolanos en Nueva York, que respiraron tranquilos cuando constataron que no era pardo sino blanco. Lo que cuentan de Páez está lleno de esos asombros: que no escupió en el piso, que llevaba corbata y el traje apropiado para la ocasión.

En Alemania, en 1856, y de paso por la capital de Baviera, solicitó permiso para visitar el Museo Real. Al llegar al palacio, un guía de gran apostura y singular cortesía, seguido de otras personas, lo con-

dujo. Con gran erudición le explicó cada obra de arte y abundó en detalles sobre los muebles. Inquieto con tanta gentileza y sabiduría, le preguntó con quién tenía el honor de tratar. Como respuesta le dijo que él sí lo conocía, que era uno de sus más connotados héroes, que había leído sobre sus actividades guerreras y políticas. Páez, inquieto, le insistió en que le dijera su nombre. Para despejar la incógnita, expresó con humildad: "Señor, soy Maximiliano II de Baviera, a quien mis súbditos llaman su rey".

Páez no aprovechó sus relaciones en el exterior para concretar apoyos en su lucha contra la dinastía de los Monagas. Ya había aprendido. En Venezuela, todos los escritos relacionados con Páez eran perseguidos por el gobierno de Monagas. En 1851, prohibió la circulación de unos impresos que describían los festejos que le ofreció Estados Unidos. Páez aún creía que la solución era la rebelión armada. Los Monagas tenían el país asfixiado y todas las voces disidentes eran acalladas. El puño férreo empieza a ceder en 1856, cuando se conoce el propósito de Monagas de reformar la Constitución para extender su mandato. Primero pensó en revivir la confederación colombiana, pero como Nueva Granada y Ecuador no dieron respuestas satisfactorias, impuso una salida más audaz: ser reelegido y extender el período a seis años. En una carta, José Gregorio le protestó a Jose Tadeo el incumplimiento de su palabra de traspasarle el poder. Perdía el apoyo de familiares y amigos a medida que aumentaba su ambición. No gustó que impusiera como Vicepresidente a su yerno Francisco J. Oriach; tampoco gustaba cómo se incrementaba el agio, tan escandaloso en la administración de José Gregorio. Para sortear formalidades legales que impedían la reforma antes de las elecciones, promulgó una ley de división territorial que aumentó a 21 las provincias. Se nombraron nuevos colegios electorales y nuevos gobernadores, con lo que aseguró para sus parciales el control del Congreso. Sin contratiempos, el período presidencial fue elevado a 6 años y se admitió la reelección. En 1859, Monagas fue reelecto con 117 de 122 votos.

La economía se resiente. Al desorden fiscal se agrega la baja de los precios del café, en 20%; de los cueros, en 70%, y de los productos de la caña, en 50%. La corriente conservadora estaba dividida. Unos querían llamar a Páez y otros buscaban un jefe que contara con la aquiescen-

cia de los liberales inconformes. Páez comunicó desde Nueva York que necesitaba sólo 50.000 pesos para ocupar con un vapor la isla de Margarita o alguna costa de oriente, donde montaría la base de operaciones. El único dispuesto a contribuir fue Juan Bautista Mijares. La mayoría de los conservadores no aceptaba a Páez. Guillermo Espina, en broma y en serio, decía que prefería encabezar una colecta por 8 millones de pesos para darle 1 millón al año a Monagas y así evitar que robara: "Quitándole ese defecto, nadie mandaría mejor".

Fermín Toro y Manuel Felipe de Tovar se oponían a la jefatura de Páez. Pensaban en el general Juan José Flores. Le fue propuesto el mando a Juan Crisóstomo Falcón, pero, aunque era partidario de la revolución, dijo que prefería un puesto secundario. Cuando se lo ofrecieron a Julián Castro, que era Gobernador de Carabobo y acababa de enviar una carta de sumisión a Monagas, no hubo titubeos: Castro se alzó en Valencia el 5 de marzo de 1858. Monagas, incapaz de reaccionar, presentó su renuncia en términos nobles y sensatos: "Yo puedo aceptar el reto y combatir, tengo recursos y elementos, pero sería necesario derramar mucha sangre hermana y sufriría el país una larga y dura guerra". Se refugió en la Legación de Francia con su familia.

La revolución fue acogida con entusiasmo. En ninguna provincia se disparó un tiro. Ninguno de los defensores de Monagas hizo resistencia. Todos se entregaron a la consigna de olvido del pasado, aunque se exhibieron exaltadas pasiones. Las turbas atormentaban con la atroz gritería: "Abajo y mueran los Monagas, ladrones". Antonio Leocadio Guzmán recorrió a caballo las calles de la capital con una gran espada al cinto. Gritaba como los otros: "Abajo los Monagas, ladrones". Poco después escribió en un periódico: "Dejó Monagas de mandar. Yo reasumo mi existencia civil y política. Veíame uncido al carro de su poder por la coyunda de la moral. Desmayo de diez años que el cielo me quiso imponer y al cual ha querido que sobreviva".

La paz fue tan breve como un suspiro. Castro llegó a Caracas proclamando unión y olvido del pasado, pero la realidad lo desmintió de inmediato. Salido de la oscuridad el 8 de julio de 1835, cuando acompañó a Carujo, Castro sometió a juicio de responsabilidad a todos los empleados fiscales de Monagas; con lo que se aliena el apoyo de sectores liberales importantes, que inician la contrarrevolución, porque los

constitucionales los iban a enjuiciar por malversación de dineros públicos. En abril, llegaron a Caracas los generales Juan Crisóstomo Falcón y Ezequiel Zamora. Falcón se entrevistó con Castro y salió agriado. Zamora tuvo otro motivo de disgusto: unos jóvenes de familias distinguidas lo insultaron en la plaza de San Francisco por sus antecedentes como monaguero, pues ocupó importantes puestos militares y recibió ascensos en esos diez años de oprobio.

Algunos liberales, descontentos porque no se les daban altos cargos, iniciaron el proceso conspirativo. Se entrevistaron con Monagas en la Legación de Francia y le propusieron encabezar la revolución. No aceptó, pero les dijo que él y su familia ayudarían a levantar otro hombre a cuyas órdenes servirían gustosos. Como Falcón era un hombre simpático, de regulares condiciones sociales y con alguna aura popular en Coro y Barquisimeto, lo aceptaron sin discusión. Al Gobierno no se le escapó aquella trama y mandó a apresarlo junto con su cuñado Ezequiel Zamora. Los dos se ocultaron varios días. Una noche Falcón salió de su escondite vestido de cochero en el pescante de una calesa y se fue al Rincón de Maiquetía. Al amanecer, se embarcó para las Antillas, como ya lo había hecho Zamora. A los demás conspiradores, y no debe extrañar que entre ellos se encontrara Antonio Leocadio Guzmán, se les expulsó del país.

José Tadeo Monagas contribuyó a enardecer los ánimos para incitar la intervención militar británica y francesa. Se le mantenía custodiado en una casa arreglada por el Gobierno, pero recibía la visita de familiares, amigos y diplomáticos. Los conspiradores, con la complicidad de los representantes de Gran Bretaña y Francia, acordaron adelantar acciones guerreras dirigidas por Falcón. No escatimaron medios ni triquiñuelas. Como la turba reclamaba a las puertas de las legaciones, recurrieron a la infantil estrategia de tender sus banderas en el zaguán; si alguien se atrevía a entrar, tendrían excusas para reclamar que sus pabellones habían sido pisoteados. Cuando la multitud delirante quemó un muñeco que se parecía al Embajador británico, el jefe de la flota de guerra de Francia e Inglaterra, lista para iniciar hostilidades, emitió un ultimátum para que Monagas fuese liberado en el término de 48 horas y se le expidiera un pasaporte al país de su preferencia.

Los liberales contaban para la insurrección con dinero suministrado por la familia Monagas, pero las armas debían tomarlas de un depósito del Gobierno en La Guaira. Así, mientras la flota extranjera iniciaba hostilidades, apresaba varios buques venezolanos y declaraba el bloqueo de varios puertos, Falcón desembarcaría y se le incorporarían los conjurados liberales venidos desde Caracas por el Ávila. En Galipán, el grupo quedó descubierto y disperso. Fue un ridículo de sublevación. Desde entonces se llama "la Galipanada". Falcón regresó a Aruba sin haber pisado tierra y amparado por la escuadra extranjera.

La Convención, reunida en Valencia, expulsó a Monagas a perpetuidad, pero en 1861 ya estaba en oriente participando en la Revolución Federal. La Convención estaba constituida por 173 representantes de todas las provincias, hombres notables de los dos partidos, siendo los liberales minoría, pues habían sido desalojados del poder. Hasta los opositores más recalcitrantes la reconocen como el cuerpo colegiado de más lustre desde la Convención de 1830. La Constitución que aprobó era descentralizadora. Establecía un sistema federal, pero sin el nombre; con amplísima autonomía local, con legislaturas electas por voto secreto, universal y directo, sin exigirse renta a los electores ni a los elegidos, con atribuciones en lo político y económico; transfería a las provincias los impuestos de peaje para emplearlos en vías de comunicación; los gobernadores serían escogidos cada cuatro años en elecciones directas y secretas, y sin reelección en el período inmediato; eran electores todos los venezolanos mayores de veinte años y los menores casados o viudos; establecía una amplia libertad de imprenta y protegía la moral pública y la vida privada; la elección del Presidente sería por sufragio universal, en votación directa y secreta; el mandato constitucional duraría cuatro años y no habría reelección en el período inmediato; y algo muy importante: prohibía el nepotismo.

Pocos liberales aceptaron y apoyaron esa Constitución. Los congregados en Saint Thomas crearon la Junta Patriótica de Venezuela y formularon el primer programa de la Federación, que en 36 artículos repetía las reivindicaciones sancionadas en la Constitución recién aprobada y, cosa extraña, pedía que se dedicara 25% de las rentas públicas al pago de la deuda externa. La Convención había acordado que se dedicara 1%. Un porcentaje sospechoso. Los liberales habían escogi-

do el camino de la guerra sin importarles el nombre que se le pusiese. La respuesta la dio Guzmán en el Congreso de 1867: "No se de dónde han sacado que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa; esa idea salió de mí y de otros que nos dijimos: Supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la Convención de Valencia no quiso bautizar la Constitución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea; porque si los contrarios hubieran dicho federación, nosotros hubiéramos dicho centralismo". Su pelea no era para imponer cambios, que se necesitaban, muchos y pronto, sino por el poder. Administrar y disfrutar el poder. Todo lo que pedían estaba en la Constitución recién aprobada.

Se quejaban de que en la Convención de Valencia sólo participó la clase oligárquica. En su proclama de Palmasola, Falcón fue muy explícito: "La cuestión no es que las leyes que hagáis sean buenas o malas: la cuestión es que el derecho de hacerla no es vuestro, sino de la mayoría, que en las repúblicas les corresponde el ejercicio de todos los poderes sociales. He aquí la verdadera causa de la presente revolución: la misma de siempre. Venezuela tendrá elecciones libres; que es su grande empeño, como base de la república, y con ellas será lo que quiera ser".

La Convención de Valencia derogó el decreto de 1850 que había privado a Páez de grados, títulos y condecoraciones, y lo tildaba de traidor; y mandó a pagarle el sueldo de general en jefe desde 1848. Fue invitado a regresar a la patria y se nombró una comisión para que lo acompañara en su viaje desde Nueva York. A Julián Castro, lo nombró General en Jefe del Ejército Libertador y le acordó una pensión vitalicia.

Nueva York, la ciudad que había acogido a Páez como exiliado diez años atrás, volvió a rendirle honores. El general McLellan organizó un desfile militar de despedida en el lugar del embarque y puso a su disposición un espléndido caballo. El cortejo avanzó con los compases de una banda militar. Las jovencitas le arrojaban flores cuando pasaba debajo de sus balcones. Todo iba muy bien hasta que, en Broadway, donde era más densa la muchedumbre, el caballo se asustó y resbaló. Le cayó encima y le fracturó una pierna. Una ironía. Acostumbrado desde la juventud a montar potros salvajes, casi muere durante un inocuo desfile militar aplastado por una bestia excesivamente mansa.

Fue tan grave el accidente que se llegó a temer por su vida, pero su fuerte constitución lo salvó, aunque tenía casi setenta años.

En enero de 1859, llegó a Cumaná. Quería darle las gracias al pueblo que tan bien se había portado durante su terrible cautiverio. Después siguió a Puerto Cabello y Valencia, donde le hicieron festejos y ovaciones. Los temerosos y desconfiados querían actuar en lo militar. Calculaban que en menos de un año los insurrectos serían dominados; y que, lograda la paz, habría elecciones. La Convención eligió Presidente interino a Julián Castro y Vicepresidente a Manuel Felipe Tovar; a Pedro Gual, segundo Vicepresidente o designado. Las elecciones nacionales serían a finales de 1859. En febrero, Coro se pronunció por la Federación con Zamora a la cabeza y eligió un Gobierno federal. Siguió batallas, muertos y escaramuzas. En marzo, Páez le informó a Castro que Zamora se acercaba a Valencia y le ofreció sus servicios. Fue designado jefe de operaciones en Carabobo. Zamora se devolvió a Barquisimeto y Páez siguió a Caracas.

Zamora era buen estratega y organizador, pero dado a la vanidad y a los excesos. Con no más de trescientos soldados, el anciano general Ramón Escobar defendió la ciudad de Barinas durante tres días hasta que lo reforzó el general José Laurencio Silva. Antes de huir, las tropas federales quemaron cuantas casas pudieron. Barinas, rica y populosa, quedó casi destruida. Poco después, Ezequiel Zamora se apoderó de ella y la municipalidad le acordó el título de Valiente Ciudadano. A partir de entonces se propagó la divisa Dios y Federación, que figurará a partir de 1863 en el Escudo Nacional. Era lo que decían los reformistas de 1835, pero ahora también usaban Dios, Federación o Muerte.

Hubo un cese momentáneo de hostilidades y el Gobierno hizo movimientos que disgustaron a Zamora. Sin medirse, escribió: "En consecuencia, y conforme al derecho de gentes, por tan nefanda traición se declara la guerra a muerte contra las fuerzas godas del ejército central que obra en Apure o en cualquier punto de los territorios federales que pisen". Un derecho de gentes que no dejaba vivir.

Pedro V. Aguado expidió un decreto de guerra a muerte todavía más violento. Decía:

Considerando que la clemencia con que han sido tratados los enemigos del sistema verdaderamente republicano que sostenemos, lejos de atraer prosélitos, es causa de la sangre que se ha derramado y que se derrama aún, porque perdonamos una y más veces a nuestros enemigos con la esperanza de atraerlos al terreno de la regularidad y se les encuentra cada vez más empeñados en su querer discordante, que continúan empeñados en las ideas de destruir todo principio democrático y encontrando que el único medio de hacerlos entrar en razón es el exterminio total de su raza, desde hoy en adelante los oligarcas no encontrarán en nosotros otra cosa que el cuchillo en compensación de la sangre venezolana que a torrentes se derrama. Sea cual sea su conducta, son acreedores del último suplicio.

Los jefes federales regalaban los grados militares para ganar partidarios. Falcón llegó a firmarlos en blanco. Hombres enteramente incultos, simples peones y esclavos recién libertados, aparecieron de pronto como capitanes, coroneles, generales, aunque no supiesen leer ni escribir. Uno de los grupos más numerosos del ejército con que triunfó Zamora en Santa Inés fue la banda semisalvaje de Martín Espinosa, un mulato oriundo de Guanare, quien para vengarse porque unos blancos habían ultrajado a su mujer, se dio a la tarea de “descogotar godos”, y se abrogó el grado de coronel. Se especializaba en cortar los dedos de los caídos en campaña para robarse los anillos. Llegó a mandar miles de sublevados. Su consejero o secretario era otro mulato llamado Tiburcio, quien se pretendía adivino. Su guardia personal eran trece jinetes denominados las “trece fieras”, por sus apodos de Caímán, Tigre, Mapanare, etc., quienes con el adivino, acompañaban siempre a Espinosa en sus distracciones predilectas, que eran dos: matar godos a machete y casarse. Cuando Zamora se sintió fuerte, exasperado por los crímenes del “coronel” Espinosa, lo mandó a fusilar.

Castro, enredado en sus maquinaciones de político miope, voluble y desconfiado, se declaró enfermo y llamó al vicepresidente Tovar. Le dijo: “Tome el rumbo que mejor le parezca”. Tovar logró imponerse, aunque con mucho esfuerzo. Dictó órdenes para que se realizaran elecciones provinciales en los sitios donde la guerra las hubiera impedido. También designó una Junta de Guerra que presidiría Páez e integrada por Carlos Soublette, José Félix Blanco, Carlos Luis Castelli y José Austria, liberales los tres últimos. Cuando preparaba un decre-

to de indulto pleno, Julián Castro se presentó y le dijo a Tovar con el tono de Carujo: "Vengo a decirle que me reencargo del mando. Ya estoy bueno. Ha cesado el motivo de mi ausencia". Castro elimina la Junta de Guerra, pone en libertad a todos los presos políticos y despacha emisarios de paz a las provincias sublevadas. Andaba en convivencias con los federales.

La política de entendimiento de Páez alarmaba a unos y otros. En julio de 1859, como veía al general Castro en los brazos de los liberales, Páez comunicó que se ausentaba a Nueva York. Juan Vicente González, en *El Heraldo*, escribió: "¿Y qué dirás de nosotros a esos republicanos en América del Norte cuando te pregunten la causa de tu inesperada vuelta? Diles que por acá ha crecido un arbusto contrario a toda gloria, la envidia. Dile que nos hallasteis locos".

A finales de 1859 se realizaron las elecciones y el Congreso de 1860 proclamó Presidente a Manuel Felipe de Tovar; a Pedro Gual, Vicepresidente, y a León de Febres Cordero, designado. La suposición general fue que el país al fin encontraría en Tovar la sensatez que tanta falta hacía. Ilusiones. Con reputación de honrado y de hombre bueno, Manuel Felipe de Tovar tenía gran vanidad, mucho orgullo y muy escasas dotes de mando. Débil de carácter, abierto siempre al halago y a la zalamería, creyó que por ser Presidente nadie lo iba a contradecir y que todo el país se sometería a su voluntad, por ser representante de la moral, del orden y de la buena sociedad. Se sustentaba en la austeridad de su conducta personal, pero le faltaba coraje. Pocas veces fue capaz de resoluciones rápidas, de hablar alto y de imponerse.

Después de la batalla de Santa Inés, donde ambos ejércitos se destruyeron, los federales marcharon a San Carlos con 3.000 infantes y 300 jinetes. En enero de 1860 pusieron en sitio la ciudad, custodiada por 700 hombres. Durante las acciones preliminares para la toma de la plaza, Zamora recibe un balazo en la cabeza que le causó la muerte. Los menos dicen que la bala partió del campo federal y el victimario fue un oficial llamado Morón, por órdenes de Falcón y Guzmán Blanco; para los demás, la bala salió del campo enemigo. Zamora fue enterrado en el más grande secreto para que la tropa no se desmoralizara. Quienes participaron en su sepultura fueron muertos o expulsados del campamento después de dar seguridades de que no dirían nada de

lo ocurrido. Con el fallecimiento de Zamora, cunde el pánico. Falcón se hace cargo de la jefatura, pero en lugar de continuar a Valencia con sus 4.000 hombres, enfila hacia Apure rumbo a la Nueva Granada, donde había estallado una revolución federalista y esperaba proveerse de municiones. En Coplé, los federales son vencidos y desbandados. Falcón escapa a Bogotá. En mayo, apenas quedan algunas guerrillas revolucionarias y se cree pacificado el país. El Gobierno decreta un indulto general, el cual es aprovechado por los federales para prepararse para la guerra.

En 1860, una profunda división en el partido constitucional anuló las ventajas obtenidas en las batallas. Una fracción empujaba a Tovar a tomar medidas enérgicas; la otra, dirigida por Pedro José Rojas, insinuaba como remedio supremo la apelación a la dictadura. Los federales de Caracas, después de la derrota de Coplé, se habían propuesto sembrar la división entre los constitucionalistas para que formasen dos círculos, el tovarista y el paecista. Confiaban en que debilitándolos se fortalecería la causa liberal. En hojas volantes redactadas por Francisco Pimentel y Roth se hablaba muy mal de los federales y se expresaba la necesidad del regreso inmediato de Páez, lo cual aumentó la discordia. La campaña de Pedro José Rojas era por una salida que trajera paz, la paz que Tovar no daba, un "remedio supremo". Páez, a través de una carta, expresó que una dictadura ilustrada era el remedio para salvar la sociedad. La República era un desorden armado con ejércitos malamente organizados y bandas indisciplinadas que combatían al azar. Era un huracán de insultos, diatribas, tumultos y crímenes. Todos deliraban con el mando absoluto y arriesgaban fortuna, familia y la vida misma. Nadie ni nada estaba seguro. Los bárbaros saqueaban casas, robaban iglesias, violaban mujeres e incendiaban poblaciones enteras.

A mediados de marzo de 1861 regresó Páez de Nueva York. En abril, Tovar lo nombró jefe del Ejército, pero trató de neutralizar sus decisiones. Lo quería como un figurín. Páez había expresado que sólo libraría una guerra contra el extranjero, que su función era conciliar, a través del perdón y de la incorporación a la vida ciudadana de los rebeldes. La Constitución permitía reformas y leyes a favor de los menos favorecidos.

Habiendo estado ausente del país, Páez no conocía a los hombres que se habían formado en los últimos años ni tenía una idea exacta de lo que era la guerra federal. Intuía que no bastaba con su nombre y antecedentes y el reparto de prebendas para detener aquel turbión. Luego de pequeñas escaramuzas, paralizó las operaciones militares y comenzó a entrar en tratos y arreglos con jefes federales de segundo y tercer orden, algunos de los cuales aprovecharon para entenderse mejor entre ellos, pero no sobre las bondades de la paz sino para hacerse de elementos para continuar la guerra. Tales perfidias fueron funestas. Servían de argumento para que los partidarios de la guerra en el círculo conservador afirmaran sus opiniones. Cuando Páez trató de convencerlo de que la mejor política no era la guerra, Tovar lo tomó como un intento de querer ejercer una tutela sobre su mandato. Páez proponía una amplia amnistía y el Gobierno quería que usara la fuerza. Cuando Páez renuncia, el Gobierno proclama una amnistía más amplia de la que había propuesto, que debilita el efecto que pudiera tener desde una posición de fuerza y se transforma en debilidad. Los federales perciben que la victoria está cerca y no se someten.

La manera de pacificar el país era llegando a acuerdos con los bandoleros, pero Páez estaba limitado. Si durante la Independencia les ofrecía patria y libertad, ahora no estaba en capacidad de resolver sus aspiraciones con ideas abstractas. Ellos querían tierras y querían riqueza, querían todo lo que tenían los hacendados que los sometían a un sistema laboral esclavista en sus procedimientos y en sus resultados. El pueblo quería igualdad de clases, igualación de riquezas. La teoría democrática se convirtió en la mente de los desposeídos en una especie de espejismo que igualaba hasta los talentos.

En el Congreso también se manifestaban estas dos opciones de más severidad o más conciliación, y con violencia. Quienes se enfrentaban a las propuestas de Pedro José Rojas no eran más democráticos ni más pacificadores. Al contrario, eran partidarios de usar la fuerza con más vigor y energía; querían que Páez se valiera de sus dotes militares para exterminar a los que guerreaban bajo las banderas de la federación. Nunca fue Páez esa clase de guerrero, menos lo sería en su vejez. La solución era un gobierno de emergencia, una dictadura como la que ejerció Bolívar, para reconstruir las reliquias de la patria. Un gobierno

con autoridad para restablecer el orden, pero no con desafueros, sino con el rigor bondadoso que las circunstancias requerían. Mientras los grupos adversarios se lanzaban en el Congreso los más hirientes epítetos, se sublevó en Villa de Cura el coronel León Rodríguez, quien se une a los guerrilleros federales y entra a la Victoria dando vivas a Páez y a Falcón. Se pronuncia por un gobierno provisional compuesto por Páez, Falcón y el arzobispo Guevara. Tovar renunció. No entendía, ni era posible entender, aquel torbellino de contradicciones.

Pedro Gual, un anciano de 77 años de edad, que le servía a la patria desde 1812, se encargó del Gobierno. Fue el más notable de los diplomáticos venezolanos. En las épocas de la Independencia y de Colombia se distinguió por su privilegiado entendimiento, sus artes de negociador discreto y perspicaz, su lenguaje persuasivo, su buena fe y su probidad. Pero, algunas veces, la edad endurece. Ratificado Páez en el mando supremo del Ejército y dotado con poderes extraordinarios, hizo un convenio de paz. Los federales se quedarían ocupando sus posiciones y recibirían una ración diaria de dinero proveniente de los fondos gubernamentales. En Carabobo, Guárico y Aragua, la mayor parte de las guerrillas federales participó en las negociaciones que se llamaban de Paz y Unión. Suspendidas las hostilidades, y para dirigir mejor los arreglos, Páez se instaló en Villa de Cura, donde acudían muchos jefes federales atraídos por el prestigio de su nombre. Entre ellos no había un jefe de primer orden ni con concepciones claras. Peleaban por pelear. Hablaban de paz para hacerse de dinero y comida. Villa de Cura fue una fiesta constante y a eso se redujo la Paz y Unión. Con todo, Páez pudo atraer al general José M. García, que mandaba una fuerza importante. Un hecho singular ilustra a los generales de los grupos insurrectos. Desempeñaba el curato de Calabozo el presbítero Pedro Morati, ligado al partido constitucional, pero con un gran ascendiente sobre los guerrilleros del Guárico, a quienes había conocido antes de su alzamiento. Durante años habían sido sus feligreses y hasta era padrino o compadre de algunos de los jefes y oficiales. Por medio de Morati, Páez se puso en entendimientos con las facciones de El Calvario, El Sombrero y Barbacoas. Morati logró atraer hacia esta causa la voluntad del general Ciriaco Blanco y entra-

ron en correspondencia. Ciriaco le escribió la siguiente carta, que se transcribe fielmente:

Hato de Uberito Abril 21 de 1861.

Benerable señor cura y Vicario Pedro Morate

Respetable señor: ha fuido á mis manos la nota de U. fha 17 del presente, heinpuesto de ella en todos sus puntos y en contestación digo. Que hé deciado y aun deseo la tranquilidad de mi Patria, por que de hay, de pende el vien General el progreso en la moral, en fin en todas las Artes heindustrias; y estoy dispuesto á deponer las armas. Empero, nuestros enemigos parece no convenirles porque ellos an deciado y aun decean la infelisia de nuestro pais; recordará U. que el 2 de Agto del año de 59, los pueblos con política proclamaron la federacion, y de manera fueron recibidos hábalazos un pueblo indefenso que proclamavan una cosa propia que la misma constitucion en unos de sus artículos dice, los pueblos se federarán cuando havientengan, parece pues que en ese tiempo les convenía; y porque se nos niega este derecho siendo un pedimento Justo y legal; Así es rrespetable Cura que el Jefe proclamado en la rrebolucion és el Gral. Juan C. Falcón con quien deben entenderse pa que segun lo convenido en tonces de poner como hedicho las armas, en tanto estoy y estare convatiendo hasta conseguir lo proclamado por los pueblos, ó perecer en la demanda.

Queda pues contestada la nota de U. y en tanto cuente con el verdadero afto de su servr que B. S. M.

Siriaco Blanco

Penurias, burocracia y olvido

Desde la separación de Colombia, los años de paz apenas excedían los años de guerra. Pacificar un levantamiento popular requería no sólo paciencia y tiempo, sino también reformas sociales y económicas que ni siquiera eran imaginadas. Gual, presionado por los grupos más temerosos, asumió una política más inflexible contra los insurrectos. Intentó separar a Páez del cargo. Actuando como intermediario y con la excusa de evitarle el sonrojo de ser destituido, Ángel Quintero, que quería asumir la Presidencia, le sugirió a Páez que se apartara y precipitara la renuncia de Gual.

Mientras, Falcón desembarca en Agua Clara y emite un manifiesto. Páez, en Valencia, le comunica a Gual que salía a buscar a Falcón para iniciar conversaciones. Su respuesta fue mandar al coronel Facundo Camero con una columna de infantería. Páez renunció. El 19 de agosto el pueblo de Valencia expresó que su dimisión no debía ser admitida, que quien debía separarse del cargo era Gual. A la declaración de Valencia siguieron las de otros pueblos. Páez se adelantó a La Victoria con el ejército que mandaba el general Pedro Ramos y se mantuvo a la expectativa. Más de cuatro mil soldados estaban en armas. Valencia se limitaba a la exaltación de Quintero a la silla presidencial y que Páez siguiera al mando del Ejército, pero en Caracas el jefe de la guarnición, el coronel José Echezuría, convencido de que no se podía seguir

derramando sangre y de que Gual no quería percatarse de la situación, lo arrestó y proclamó a Páez jefe civil y militar de la República. Páez no aceptó. Consideraba que Quintero debía asumir la Presidencia. Quintero se dirige a Caracas, pero cuando pide el apoyo de las tropas, no lo obedecen. Renuncia.

El 10 de marzo, Páez le comunica al país que se encarga de la suerte de la patria, “tan agobiada bajo el peso de calamidades que ningún hombre puede vanagloriarse de poderlas remediar en breve tiempo”. Su intención no era contener la violencia con las armas, sino rescatar el orden a través del entendimiento y esperar que las fuerzas federales se desintegraran o fuesen una opción de poder válida. No podía continuar ese estado de cosas. El comercio y las industrias estaban paralizados; la seguridad personal había desaparecido; los caminos y las selvas estaban tan plagados de bandoleros y malhechores que el crimen era un oficio sin riesgos. No había medios de perseguirlo ni de castigarlo. La agricultura y la cría permanecían abandonadas; los campos estaban en poder de ladrones armados.

El país verdadero no estaba en la **diatriba diaria**

Si se examinaran con cuidado las leyes, debates y diatribas de la clase política, se podría deducir que se refieren a un país inexistente. El país verdadero sufría de otros males, otras injusticias y pesares. El país olvidado en las haciendas, en los hatos, oculto en las montañas y a orillas de los ríos del llano no entendía de qué se hablaba ni qué era la ley de contratos. El pueblo analfabeta sabía, sí, que era sometido a un sistema que le prohibía cultivar las tierras públicas y construir en ellas una vivienda; sabía que estaba sometido a un régimen de explotación feudal en haciendas y hatos; sabía que las autoridades policiales y los jueces estaban confabulados para perpetuar el régimen de explotación; sabía que en el campamento, fuese de bandoleros o de rebeldes, tendría más libertad que en los dominios del terrateniente, del productor agrícola o pecuario. Esa libertad ingenua, elemental y primitiva era lo que buscaban y defendían con valor y denuedo. Que la llamaran federalismo, es otro cantar y otra sociología.

Razones para rebelarse no faltaban. La sustitución del cacao por café encontró que el trabajo esclavo no resultaba económico y lo suplantó por jornaleros. Por ser una cosecha estacional, el café daba mucho empleo, pero por breves períodos. Que no se mantuviera todo el año una gran cantidad de personal en la nómina y se contratara sólo por el tiempo que se requería sus servicios era una gran ventaja sobre la

mano de obra esclava, que había que alimentar y vestir en tiempos de cosecha y de barbecho. Pero los ingresos del campesino asalariado eran tan miserables que, por mucho que se esforzara, nunca podía pagar las deudas contraídas con los hacendados por la compra de alimentos y vestidos, mucho menos ahorrar para ser dueño de una pequeña parcela. Era un sistema que impedía la superación del hombre.

Mediante legalismos y acuerdos con las autoridades, los hacendados impedían la movilidad física de las personas sin propiedades ni rentas y las obligaban a trabajar con la fuerza policial. Los contratos encadenaban a los trabajadores a los hacendados. Después de recibir un anticipo de su salario en efectivo y en mercancías, el jornalero debía permanecer al servicio de la hacienda hasta haber cumplido sus obligaciones, pero no se estipulaba por cuánto tiempo ni cuáles eran las obligaciones. Como evasión a esa vida precaria, las parrandas y borracheras duraban hasta el primer día de la jornada semanal, lo que generaba castigos y multas que engrosaban más las deudas. Si un peón deseaba romper el contrato, tenía que presentar una razón justificable ante un juez. Las pocas veces que la sentencia lo favorecía tampoco se cumplía, porque no podía pagar en especies sino en servicios. Los trabajadores eran estimulados a endeudarse cada vez más mediante adelantos de dinero o con mercancías. Debían dormir donde se les asignara y no podían salir de los límites de la hacienda sin permiso del dueño; el día de trabajo era de doce horas y de lunes a sábado. Para ir de una parroquia a otra necesitaba pasaporte policial. Si un trabajador era encontrado en la ciudad en horas de trabajo era arrestado. Quien fuese sentenciado tres veces, era calificado de vagabundo y castigado con largas faenas en obras públicas. La fuga era el único recurso para librarse de tan insufrible vida. A pesar de la poca libertad que tenían los braceros, los productores exigían leyes más severas que les garantizaran mano de obra para recoger las cosechas y transportarlas a los mercados. El Gobierno los complacía con más medidas represivas, no ideaba soluciones definitivas.

Venezuela era un país despoblado y con un alto índice de mortalidad por enfermedades que, aunque fáciles de erradicar, terminaban en epidemias. Si los pobres carecían de hábitos de trabajo también faltaban en los ricos. Los hacendados raramente cumplían algún tipo

de labor física. Se ausentaban de sus tierras por largo tiempo y dejaban al capataz encargado de administrar la hacienda, quien por su bajo nivel cultural y sus propios resentimientos no ahorra en maltratos. Hubo muchos Manuelotes.

Entre esas contradicciones y confusiones hay una muy irónica: el hombre que los pobres consideraban su reivindicador y suponían que como Presidente les solucionaría todos los problemas, Antonio Leocadio Guzmán, declaró que los hacendados pagaban más por la mano de obra agrícola que lo que podían razonablemente soportar. Su preocupación eran los dueños de las haciendas, no los que llevaban el peor peso del sistema económico. El Partido Liberal rara vez tuvo respuestas a las demandas de protección de los trabajadores; los hacendados, predominantes en ese partido, frustraban cualquier iniciativa para mejorar las condiciones de vida de los campesinos. Sólo los tomaban en cuenta retóricamente y para utilizarlos en sus fines políticos. Su simpatía hacia los trabajadores rurales estaba subordinada a la lucha contra los acreedores, los financistas y a sus ambiciones de poder.

Hubo algunos intentos legislativos esporádicos de defender a los trabajadores contra los abusos de los hacendados, pero requerían procedimientos tan confusos que anulaban el pretendido amparo. Un trabajador mal pagado, subalimentado o maltratado podía depositar una queja ante la policía y solicitar una indemnización, pero debía aportar el cargo de la prueba. Era una maquinaria engorrosa y llena de inútiles y vanas formalidades. Nunca hubo sanciones a hacendados por maltratar a los campesinos. Los casos duraban indefinidamente en la maraña burocrática. A veces, los jueces eran también policías, pues no había suficientes personas calificadas para ocupar los cargos públicos ni fondos para pagar los sueldos. Era común que hombres de escasa preparación ejercieran funciones de juez de paz, y que sus ingresos los complementaran con actividades non sanctas.

No faltó quien sugiriera que los problemas derivados de una fuerza de trabajo migratoria e inestable podían resolverse entregando una porción de tierra a los trabajadores. Como había gran abundancia de terrenos no cultivados, la medida habría generado grandes beneficios sociales y económicos con pocos riesgos y costos mínimos. En 1839, de las 13.900 leguas cuadradas de la tierra arable, sólo 49,1 leguas eran culti-

vadas, menos de 30% era propiedad privada. Dada la gran cantidad de campesinos sin tierra, se propuso redistribuir las tierras baldías públicas, pero los terratenientes no lo vieron con buenos ojos: si los pobres prosperaban no alquilarían sus brazos en tiempos de cosecha.

De 1830 a 1847, el programa de reparto de tierras obedeció a la necesidad de obtener ingresos para cancelar obligaciones con soldados de la Independencia y con acreedores extranjeros, no por un fin social. Se entregaron tierras a quienes las cultivaban. La experiencia duró poco. Los que controlaban los ayuntamientos consideraban que las tierras eran más útiles en poder de la comunidad que de individualidades.

Monagas promulgó una legislación para proveer ingresos al Gobierno y fomentar la agricultura que benefició de manera marginal a los campesinos y peones, pero conllevó que unos pocos acumularan extensos territorios. De hecho, hasta se usurparon tierras que pertenecían a agricultores empobrecidos. La familia Monagas se hizo de más de la mitad de las tierras transferidas. Con poco dinero, muchísimo menos del que usaba para sofocar rebeliones, el Estado pudo haber fundado pequeñas poblaciones con servicios básicos y repartir la tierra a quienes la trabajaran; habría iniciado una economía familiar con muchas posibilidades de prosperidad y justicia social.

El desquiciamiento **fue general**

En 1857, con la quiebra de la autoridad por la pretensión reeleccionista de José Tadeo Monagas, la situación se deterioró totalmente. La policía fue menos capaz de controlar la creciente oleada de violencia. El desorden cundió y los trabajadores se incorporaron en masa a los grupos de rebeldes y de bandoleros. Mientras los políticos se liaban en un combate sin cuartel, los peones y jornaleros, sometidos a condiciones de penuria y sumidos en la ignorancia, perseguidos por una justicia que no era justa ni humana, encontraban en las montoneras la manera para expresar su rabia y desencanto, de escapar de un sistema que les negaba la condición humana.

Cuando estalló la crisis agrícola a mediados de la década de 1840, por la caída de los precios internacionales del café y por la incapacidad e incompetencia de los terratenientes, el Partido Liberal, para defender los intereses de los hacendados, culpó al Gobierno y por retruécano, se convirtió en la esperanza de los desheredados. El grito estridente de Guzmán fue punto de convergencia de los escapados de los hatos y hacienda. Los hacendados advirtieron el resentimiento contra la autoridad y lo explotaron en su beneficio. Usaron a los trabajadores como carne de cañón. Los liberales prohicieron insurrecciones para imponer reformas legales favorables a sus intereses, pero los peones y jornaleros creían que eran por reivindicaciones sociales que los

favorecían. Aunque se escucharon gritos pidiendo tierra y libertad para los esclavos, la justicia social no pasó de ser una vaga consigna.

A finales de 1858, los grupos de hombres al margen de la sociedad organizada constituían una amenaza creciente tanto para las poblaciones cercanas como para los centros de producción. Allí acudían para abastecerse de productos y mercancías. El país sufría una insurrección sin rumbo y sin control. Lo azotaba una guerra que libraban grupos independientes, sin coordinación ni proyectos; ni otras ideas que no fuesen pelear y quemar pólvora. Jefes sin brillo, mediante la violencia, dominaban vastas regiones. Se imponían más por su arrojo y valentía que por dotes organizativas. Era una lucha bárbara. Llamar a eso guerra federal es una exageración y un contrasentido. No había disciplina ni fundamentos ideológicos; muchas veces los intereses de un grupo eran contrarios a los de los otros, además de las consabidas diferencias regionales. La primera acción autónoma del estado Zamora fue abrir hostilidades contra sus vecinos. Era una guerra de desintegración. Nadie planteó sistemas alternos de producción ni de organización social. Los campamentos vivían del pillaje y de los recursos que les suministraban los habitantes de la zona, por simpatía o por terror. En ninguno hubo experiencias de producción autosuficiente, de distribución de tierras para trabajarlas ni crías de ganado comunales. Repartían pero no producían. Era una lucha que nacía en el odio contra quienes les negaban su condición humana, sus derechos civiles, su dignidad. Era rabia. Rabia vieja y estéril, que no se apaga con balas, sino con reformas reales y concretas, como la modificación de la estructura de la pertenencia de la tierra.

La Guerra Federal no fue una contienda de caudillos para hacerse del poder, sino una insurrección que carecía de dirección; una revuelta primitiva, con operaciones espontáneas y esporádicas. Las motivaciones de los rebeldes eran borrosas y su conducción incierta. Cada quien tenía una concepción de lo que se llamaba Federación. Aunque los pobres fueron incitados a la rebelión con la promesa de tierra, libertad y eliminación de los impuestos, esa no era la base programática del Partido Liberal. Lo que pretendían obtener los jefes de la revolución era muy distinto a las ilusiones de los jornaleros y peones. Se sacrificaron vidas, talentos y riquezas por ambiciones particulares

dentro de una pesadilla colectiva. No sólo se gritaba por tierra y libertad, también se escuchó la consigna “Muerte al dinero”.

A falta de hombres de pensamiento trascendente, bien formados y con los pies sobre la tierra, se impusieron los jefes de campamento. La rebelión repercutió hondamente en el bienestar general del país. El dinero de las carreteras se destinó a gastos militares, los financistas suspendieron los créditos a los hacendados, los comercios redujeron las importaciones y se perdieron las cosechas.

Ezequiel Zamora no le declaró la guerra a los ricos sino a los que militaban en las filas conservadoras. Su movimiento no tenía un programa económico o social; se reducía a elección popular, principio alternativo y horror a la oligarquía, consignas que no implicaban un cambio del sistema social ni del sistema de producción. Sus ataques contra la propiedad eran una revancha contra sus adversarios políticos. Se destruían las propiedades de los conservadores y se respetaban las de los liberales. Nunca se exigió tierra para los pobres ni los bienes de los ricos se repartieron entre los desposeídos, sino que era el botín de los rebeldes. La palabra Federación adquirió un significado casi mítico, de igualdad y autonomía personal. Los ganaderos endeudados y en quiebra también se unieron a los bandoleros. Para ganarse el apoyo de los mestizos y de los antiguos esclavos, los federales hablaban de la reconquista del poder que “les había sido arrebatado por los godos blancos”, término que designaba a los letrados, a los que llevaban vestimenta urbana. El desquiciamiento fue general. Cada día la violencia era más atroz y encarnizada. Sin dirección ni organización, los federales obraban según la poca intuición de sus jefes. Suponían que con su triunfo se producirían milagros, que todo lo que se imaginaban se haría realidad.

Poco federal y nada **democrático**

Desde principios de 1862, la dictadura de Páez comenzó a perder el frágil apoyo que la sostenía. Se le enfrentaba el Partido Liberal y aumentaba la sorda oposición de una parte del Partido Constitucional. Se mantenía gracias a la unidad militar, a la inteligencia y dotes de Pedro José Rojas, un hombre ambicioso y sin escrúpulos, pero sobre todo por la incompetencia de los jefes de la Federación, aunque contaban con abundantes elementos de guerra.

Ambos bandos mostraban gran valor en el combate, pero sin más resultados que derramamiento de sangre y destrucción. Nadie sabía cómo sacar ventajas políticas de las victorias en el campo de batalla. Se luchaba por gusto. Los combatientes más notables, importantes y prestigiosos eran los que peleaban más y hacían matar a más hombres, no los que tuvieran talento organizativo y unas cuantas ideas. La guerra pudo haber durado hasta que el último venezolano muriera.

El Gobierno no podía imponerse militarmente. Sólo le quedaba entregar el poder de la manera más organizada posible. Fue lo que hizo Páez. Los gobiernos son para proteger a la población, aunque esté ofuscada y actuando de manera irracional. El país sensato deseaba la paz y eso era lo que Páez quería lograr a través de arreglos amistosos con los federales.

Inició contactos con Falcón para conferenciar. Después contemporizó con todos y no persiguió a nadie. Muchos presos recobraron su li-

bertad. Fueron meses de reposo. Tan pronto como las circunstancias lo permitieron, una comisión del Gobierno fue hasta Agua Larga, en la provincia de Coro, para conversar con los representantes de Falcón. Se convino ordenar un cese del fuego en toda Venezuela y celebrar en las sabanas de Carabobo conferencias de paz. Hubo alegría y esperanzas. El 8 de diciembre de 1861 fue la primera. Al día siguiente Falcón convino en continuar en Valencia. Desgraciadamente no se dieron los resultados aguardados. Páez no accedió a las exigencias de Falcón ni éste a las suyas.

Páez no tenía objeciones para entregarle el poder a Falcón. Era lo que deseaba para terminar el derramamiento de sangre, pero hacerlo en ese momento generaría un desorden mayor. Falcón no controlaba las principales facciones de la Federación, ni peleaba por lo que pregona sino por asuntos crematísticos. Aunque los federales decían luchar por elecciones universales y directas, su propuesta de paz era que los dos sectores en lucha escogieran una asamblea constituyente y se obviara el resto del país. Algo poco federal y nada democrático. Lo otro que proponían era dividir las provincias: la mitad para uno y la mitad para el otro. Una propuesta que significaba la desintegración territorial. Falcón era simpático, pero inmaduro, poco dado a la reflexión y adepto a la vida muelle. Tenía una gran debilidad por los uniformes, los rangos, los títulos, los halagos y la hamaca.

Con el fracaso de las negociaciones de paz en Carabobo, los federales mejoraron su posición militar y política. Falcón estableció contacto con numerosos jefes de facciones y concretó cierta unidad en las operaciones militares. Muchos caudillos que se habían mantenido dudosos volvieron a las filas de la Federación. Recrudesció la violencia.

Cuando Páez recorrió el campo de batalla en Chupulún, encontró alineados en el corredor de una casa los cuerpos de los soldados gubernamentales muertos en el combate. Los federales les habían mutilado sus miembros viriles y se los habían metido en la boca. Enfurecido con ese acto de bestialidad, Páez ordenó que se fusilase en el acto a los generales federalistas Herrera y Paredes, presos en Caracas.

Aparece un personaje que tendrá mucha figuración: Antonio Guzmán Blanco, ambicioso y megalómano, que superaría a su padre Antonio Leocadio Guzmán. Desde agosto de 1862 recorrió las provincias

de Carabobo, Aragua y Caracas haciéndose reconocer como jefe. En octubre ya comandaba más de 3.000 hombres y había salido victorioso en varios combates. Audaz en las maquinaciones políticas, logró entenderse en secreto con Pedro José Rojas.

Aun cuando se sabía que todo estaba perdido, que los federales avanzaban, no cesó la labor civilizatoria. Se organizó la oficina de registro público y se incluyeron en sus funciones lo relativo al estado civil: nacimientos, matrimonios y defunciones. Se inició una reorganización política, económica y administrativa; se habilitaron los puertos de Carúpano y Cumaná para la exportación y la importación; se nombraron las comisiones para la redacción de los códigos Civil, Penal y Mercantil; se declararon libres de derecho de importación los artículos de primera necesidad y se autorizó a los buques extranjeros cargar ganado en el puerto de Caicara; se prorrogó el permiso para la importación temporal de granos; se regularizó la administración de salinas y se aumentó el derecho sobre la sal; se persiguió el agio; se prohibió que una misma persona cobrara dos o más sueldos y pensiones del erario público; se designó una comisión para redactar un proyecto de equivalencias monetarias; se creó el Banco de Venezuela, el cual empezó a funcionar en noviembre de 1861; se reorganizó el servicio de correos; se protegió la importación de máquinas e instrumentos para el cultivo de algodón; se liberaron de derechos de almacenaje las mercancías y efectos extranjeros introducidos por Ciudad Bolívar con destino a Nueva Granada; se dispuso la acuñación de monedas de plata y cobre en el exterior; y muchas otras medidas, pero algunas disposiciones no fueron bien vistas. Por ejemplo, la instalación de molinos de trigos fue atacada por la prensa. Se les consideraba impopulares, monopolísticos y contrarios al interés nacional.

El 24 de abril de 1863, Antonio Guzmán Blanco y Pedro José Rojas firman el Tratado de Coche, que pone fin a la Guerra Federal.

Se ha dicho que la administración fue desastrosa, pero no se dice que era una economía de guerra, ni que quedó dinero suficiente para que Falcón, después de nombrarse Mariscal, emitiera un decreto el 31 de marzo para asignarse 48.000 pesos por sueldos devengados como Presidente provisional de la Federación en los cuatro años transcurridos desde su desembarco en Palmasola hasta julio de 1863, además de

100.000 pesos por los perjuicios sufridos en sus intereses durante la guerra. Todavía quedó dinero para apresurarse a cancelar las reclamaciones que Francia había estado presionando durante cinco años, y que se debían a los gastos ocasionados en la Legación por José Tadeo Monagas durante su alojamiento.

Mediante un decreto, Falcón proclamó el olvido de todo lo relacionado con acontecimientos políticos y declaró que no había responsabilidad alguna por actos o hechos ocurridos desde 1830 hasta 1863. Logró la pacificación espiritual con su generosidad hacia los vencidos, pero los federales estaban tan ocupados cobrando sueldos, repartiendo rangos y estrenando uniformes, que no leyeron la Constitución de 1858 y desmejoraron derechos establecidos y por los que decían luchar: la elección universal, directa y secreta volvió a ser de segundo grado; la autonomía de las provincias y de las municipalidades se convirtió en más impuestos. Nadie se acordó de los jornaleros y peones, ni se mejoró su condición. Las enfermedades, debidas casi todas a la desnutrición y al abandono, siguieron diezmando a los desposeídos. La recluta, después de la Federación, siguió siendo el azote más temido entre los pobres; tenía mucho de feroz esclavitud: los golpes, el cepo y hasta la muerte eran castigos habituales.

El Código Civil, que por fin había sido redactado y aprobado después de más de treinta años de marchas y contramarchas, de discusiones, y que pudo haber acabado con muchas de las injusticias que se cometían contra los sectores más indefensos de la sociedad, que garantizaba la igualdad ante las leyes y establecía condiciones de trabajo más humanas, fue borrado de un plumazo. La excusa era muy simple: no había sido hecho por los que llegaban a mandar, los federales.

Páez sacrificó su gloria, pero salvó la integridad de la República. No fue derrotado por Falcón ni por la astucia de Guzmán Blanco. Supo esperar que los anhelos de paz se extendieran para ceder el poder a la presunta Federación. Pasó el temporal que segaba vidas – murieron más de cincuenta mil personas – y destruía riquezas. El país estaba hastiado de combates, revoluciones y federalismo, pero la paz no se aprovechó para profundizar reformas. Prevaleció el interés personal, las raíces del descontento no fueron extinguidas.

Registrar lo que dice **la memoria**

Páez sale de Venezuela por tercera y última vez a mediados de junio de 1863. En agosto establece su residencia en la calle 20 Este, número 42, de la ciudad de Nueva York. Recapacitará sobre su vida, sus triunfos y sus errores.

En sus paseos vespertinos, encontró un ejemplar de la segunda edición en inglés de las *Máximas de Napoleón sobre el Arte de la Guerra*. Le agradó leerlas y pensó que su divulgación en español podría ser útil. Se dedicó a traducirlas. En 1865, cuando tenía ya preparados y en vías de publicación los apuntes y anotaciones del texto de Napoleón, llegó a sus manos el primer tomo de la biografía del Libertador de Felipe Larrazábal. Al descubrir acusaciones que desfiguraban su papel en algunos sucesos de la Guerra de Independencia y errores históricos en la exposición de algunos hechos, Páez se propuso levantar la voz para desmentirlo. Con la ayuda del intelectual cubano Luis F. Manti-lla, acomete la empresa de abrir el arcón de los recuerdos y de registrar los documentos que había logrado salvar para ocuparse de redactar lo que le decía la memoria y lo que constaba en sus viejos papeles. En julio de 1866, comenta en una carta que se encuentra realizando una tarea muy superior a sus fuerzas, tan ocupado está que vive la vida de un ermitaño: "Trato de publicar mis memorias, ya tengo el trabajo bastante adelantado".

En 1867, cuando tenía 77 años de edad, presentó la obra en el registro oficial del estado de Nueva York. En junio, le escribió a Antonio Guzmán Blanco para exponerle los problemas financieros que le habían causado su empeño en publicar la *Autobiografía*. Había acometido la obra contando con el dinero que le debía el Gobierno, pero al no llegarle los pagos, estaba en una grave situación. Le ruega tramitarle el envío, al menos, de un año de sueldos atrasados. Entró en circulación en 1869, en dos volúmenes, que se imprimieron en los talleres de Mallet y Breen, en la calle Fulton, con el título *Autobiografía del general José Antonio Páez*.

Después de su publicación, viaja a varios países de Iberoamérica, en los que es recibido con respeto y admiración. Luego de visitar Brasil y Uruguay, vive en Argentina desde agosto de 1868 hasta abril de 1871. El presidente Domingo Faustino Sarmiento lo incorpora a las Fuerzas Armadas con el grado honorífico de brigadier general, como "veterano de la independencia suramericana". Masón activo, Páez asiste en Buenos Aires al banquete que las logias ofrecen a Sarmiento. Los gobiernos de Bolivia y Nueva Granada le confieren también distinciones.

Vuelve a Nueva York, de donde sale de nuevo hacia el sur en febrero de 1872. Llega a Perú en marzo, después de haber cruzado el istmo de Panamá. En Lima le tributan honores, entre ellos un banquete que le ofrece su compatriota el general Luis Level de Goda. Vía México, vuelve nuevamente a Nueva York. De tarde en tarde dará paseos a caballo por el Central Park. Anciano pero gallardo y buen jinete, en uno de esos paseos pescó un resfriado que se transformó en pulmonía y el 6 de mayo de 1873 se lo lleva a los desoladores pastizales de la muerte.

Las exequias del general Páez en Nueva York fueron sencillas y modestas. El 10 de mayo salió el cortejo de la humilde casa para la iglesia de Saint Stephen. Después de los servicios católicos, fue inhumado en el Marble Cemetery, en la Segunda Avenida. Allí permaneció olvidado quince años, hasta que un día se conoce en Caracas que sus restos podían ir al osario común. No había quién pagara los derechos correspondientes al alquiler del terreno. Cuando Colombia manifiesta su deseo de repatriarlos, vibra la fibra venezolana de amigos y admirado-

res, que cancelan al municipio neoyorquino los derechos en mora. El Gobierno de Venezuela inicia entonces las diligencias para la repatriación. Nombra las comisiones que presenciarán en Nueva York la exhumación y deben preparar su recibimiento en Venezuela. Sus restos fueron sepultados en el Panteón Nacional el 19 de abril de 1888.

Bibliografía

- **Arcaya, Pedro Manuel.** *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana.* Tipografía Cosmos. Caracas, 1911.
- **Arellano Moreno, Antonio,** compilador. *Las estadísticas de las provincias en la época de Páez.* Biblioteca de la Academia de la Historia. Fuentes para la Historia republicana de Venezuela. Caracas, 1973.
- **Armas Chitty, J. A. De.** *Fermín Toro y su época.* Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes. Biblioteca Popular Venezolana. Caracas, 1966.
- **Blanco, Eduardo.** *Ante la estatua de Páez en el acto de ser inaugurada.* Imprenta Bolívar. Caracas, 1905.
- **Castellanos, Rafael Ramón.** *Páez, peregrino y proscrito (1848-1851).* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas, 1975.
- _____. *Pedro Gual, ideólogo de la libertad.* Italgráfica. Caracas, 1978.
- **Cova, José Antonio.** *El Centauro, vida del general José Antonio Páez.* Editorial Venezuela. Buenos Aires, 1947.
- **Cunninghame Graham, R. B.** *José Antonio Páez.* Introducción de Cristóbal L. Mendoza. Primera versión castellana, editada bajo los auspicios de don Manuel Vicente Rodríguez Llamozas y de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Caracas, 1959.
- **Eastwick, Edward.** *Venezuela o apuntes sobre la vida de una república sudamericana con la historia del empréstito de 1864.* Banco Central de Venezuela. Colección histórico-económica venezolana. Volumen III. Caracas, 1959.
- **Fernández, Carmelo.** *Memorias.* Cooperativa de Artes Gráficas. Caracas, 1940.
- **Franceschi González, Napoleón.** *Caudillos y caudillismo en la historia de Venezuela (Ensayos históricos: Venezuela 1830-1939).* Eximco S.A. Caracas, 1979.
- Fundación Polar. *Diccionario de Historia de Venezuela.* Caracas, 1988.
- **Gabaldón Márquez, Joaquín,** compilador. *Documentos políticos y actos ejecutivos y legislativos de la Revolución Federal (Desde el 20 de febrero de 1859 hasta el 18 de marzo de 1864).* Ediciones Conmemorativas del Primer Centenario de la Revolución Federal. Caracas, 1959.

- **Gabaldón, Eleonora.** *José Vargas, Presidente de la República de Venezuela (las elecciones presidenciales de 1835).* Instituto Autónomo Biblioteca Nacional-Fundación para el rescate del Acervo Documental Venezolano (Funres). Caracas, 1986.
- **García Ponce, Antonio.** *Panorámica de un período crucial en la historia de Venezuela.* Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1985.
- **Gil Fortoul, José.** *Historia Constitucional de Venezuela.* Tres tomos. Editorial Las Novedades, 1942.
- **Gómez Picón, Alirio.** *Páez, fundador del Estado venezolano.*
- **González Guinán, Francisco.** *Historia Contemporánea de Venezuela.* Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1954.
- **González, Juan Vicente.** *La doctrina conservadora.* Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, textos para su estudio. Congreso de la República. Caracas, 1983.
- **Guzmán, Antonio Leocadio.** *La doctrina liberal.* Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, textos para su estudio. Congreso de la República. Caracas, 1983.
- **Hamill, Hugh M.** *Caudillos, Dictators in Spanish America.* University of Oklahoma Press.
- **Landaeta Rosales, Manuel.** *Biografía del valiente ciudadano general Ezequiel Zamora.* Ediciones Conmemorativas del Primer Centenario de la Revolución Federal. Tomo I. Caracas, 1963.
- **Leal, Ildefonso.** *Nuevas crónicas de historia de Venezuela.* Tomo I. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas, 1985.
- **Level de Goda, Luis.** *Historia Contemporánea de Venezuela, Política y Militar (1858-1886).* Oficina Central de Información. Caracas, 1976.
- **Liévano Aguirre, Indalecio.** *Bolívar.* Ediciones de la Presidencia de la República-Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1988.
- **Magallanes, Manuel Vicente.** *Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1977.
- **Masur, Gerhard.** *Simón Bolívar.* Ediciones de la Presidencia de la República-Academia Nacional de la Historia. Caracas. 1987.
- **Matthews, Roberto Paul.** *Violencia rural en Venezuela 1840-1858, antecedentes socio-económicos de la Guerra Federal.* Monte Ávila.

- **Michelena, Tomás.** *Resumen de la vida militar y política del ciudadano esclarecido general José Antonio Páez.* Gobernación de Apure, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas. 1973.
- **Mijares, Augusto.** *La evolución política de Venezuela 1810-1960.* Biblioteca de América, Libros del Tiempo Nuevo. Eudeba. Buenos Aires. 1967.
_____. *El Libertador.* Academia Nacional de la Historia - Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas. 1987.
_____. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1998.
- **Milanca Guzmán, Mario.** *La música venezolana: de la Colonia a la República.* Monte Ávila Editores. Caracas, 1993.
- **Mondolfi Gudat, Edgardo.** *Páez visto por los ingleses.* Academia Nacional de la Historia. Caracas, 2005.
- **Navarro, Emilio.** *La Revolución Federal, 1859 a 1863.* Prólogo de José Nucete-Sardi. Ediciones Conmemorativas del Primer Centenario de la Guerra Federal. Caracas, 1959.
- **Núñez, Enrique Bernardo.** *Figuras y estampas de la antigua Caracas.* Monte Ávila Editores.
- **Páez, Ramón.** *Escenas rústicas en Suramérica o la vida en los llanos de Venezuela.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas. 1973.
- **Páez, José Antonio.** *Autobiografía.* Dos tomos. Petróleos de Venezuela S.A. Caracas, 1990.
- **Parra Aranguren, Gonzalo.** *Estudio preliminar en La codificación de Páez.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1974.
- **Perazzo, Nicolás,** compilador. *Documentos para la historia de la vida de José Antonio Páez.* Tomo I. Ediciones del Congreso de la República. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1976.
_____. *Origen y formación de José Antonio Páez.* Biblioteca de Autores y Temas Yaracuyanos. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1981.
- **Pérez Vila, Manuel.** *Los libros en la Colonia y en la Independencia.* Edición Conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo 1821-1971. Caracas, 1970.

- **Picón Salas, Mariano.** *La aventura venezolana, en 150 años de vida republicana (1811-1961)*. Biblioteca del Sesquicentenario. Volumen I. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1963.
- **Planas-Suárez, Simón.** *Páez, restaurador de la Independencia y de la República de Venezuela en 1830*. Imprenta López. Buenos Aires, 1957.
- **Polanco Alcántara, Tomás.** *Perspectiva histórica de Venezuela*. Editorial Arte. Caracas, 1977.
- _____. *José Antonio Páez. Fundador de la República*. Ediciones Ge. Caracas, 2001.
- **Porter, Robert Ker.** *Diario de un diplomático británico en Venezuela 1825-1842*. Fundación Polar. Caracas, 1997.
- **Reyes, Vitelio.** *Páez, venezolano integral (Biografía) El hombre - El héroe - El magistrado*. Imprenta Nacional. Caracas, 1957.
- **Rivero, Manuel Rafael.** *La República de Venezuela: pasión y desencanto*. Volumen I y II. Cuadernos Lagoven. Caracas, 1988.
- **Rodríguez, José Santiago.** *Contribución al estudio de la Guerra Federal en Venezuela*. Prólogo de Enrique Bernardo Núñez. Tomo I. Ediciones Conmemorativas del Primer Centenario de la Revolución Federal. Caracas, 1960.
- **Rojas, Pedro José.** *La doctrina conservadora*. Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, textos para su estudio. Congreso de la República. Caracas, 1983.
- **Rojas, Armando.** *Pedro José Rojas o una pasión al servicio de la política*. Publicaciones de la Presidencia de la República. Colección Nuestro Siglo XIX. Caracas, 1966.
- **Santander, Francisco de Paula.** *Memorias*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1973.
- **Siso Martínez, J. M.** *Los momentos estelares*. Editorial Yocoima. Caracas-México, 1960.
- **Soriano de García Pelayo, Graciela.** *Venezuela 1810-1830: Aspectos desatendidos de dos décadas*. Cuadernos Lagoven. Serie Cuatro Repúblicas. Caracas, 1988.
- **Toro, Fermín.** *La doctrina conservadora*. Pensamiento político venezolano del Siglo XIX, textos para su estudio. Congreso de la República. Caracas, 1983.

- **Uslar Pietri, Juan.** *La Revolución Francesa y la Independencia de Venezuela.* Cuadernos Lagoven. Caracas, 1989.
- Varios autores. *José Antonio Páez visto por cinco historiadores.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia-Congreso de la República. Caracas, 1973.
- Varios autores. *José Antonio Páez, la libertad del viento.* Fundación Carlos Eduardo Frías. Edición limitada. Caracas, 1991.
- Varios autores. *Juicios sobre la personalidad del general José Antonio Páez.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas, 1974.
- **Vawell, Richard.** *Campañas y cruceros.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas, 1973.
 _____. *Las sabanas de Barinas.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela. Caracas, 1973.
- **Velásquez, Ramón J.** *Los pasos de los héroes.* Ediciones Centauro. Caracas, 1981.
 _____. *Los héroes y la Historia.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Estudios, monografías y ensayos. Caracas, 1981.
- **Villanueva, Laureano.** *Apoteosis de Páez.* Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional. Caracas, 1888.
- **Viso, Angel Bernardo.** *Venezuela: identidad y ruptura. La historia como estado de conciencia; el pasado como introspección y vivencia colectiva.* Alfadil Ediciones. Colección Trópicos. Caracas, 1982.
- **Yanes, Francisco Javier.** *Manual político del venezolano.* Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1959.

Cuentos, lisonjas y pesares	9
En el llano, castigo y aprendizaje	12
La guerra, valor e imaginación	17
La espada del soldado no es cuchilla de verdugo	23
Héroe de pantalones raídos	27
Los amigos se abrazan y también se gritan	40
El escepticismo abona el autoritarismo	46
El corazón tiene razones y sinrazones	48
Los artificios admirables se derrumban	52
Sin fueros militares ni religiosos	61
Hacer realidad los sueños	64
Liberalismo económico	67
El sectarismo patriota	70
Los epítetos preceden los disparos	74
De mucho hablar y poco hacer	80
Más ambiciones que talentos	87
Mucho dinero para los militares y poco para caminos	97

Toda revolución necesita una bandera	101
Penurias, burocracia y olvido	114
El país verdadero no estaba en la diatriba diaria	116
El desquiciamiento fue general	120
Poco federal y nada democrático	123
Registrar lo que dice la memoria	127
Bibliografía	130

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soublette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorri / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Alteiz
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. Rafael María Baralt / Lucía Raynero
64. Manuel R. Egaña / Luis Xavier Grisanti
65. Antonio Lauro / Ivo Hernández
66. Juan Antonio Pérez Bonalde / Antonio Padrón Toro
67. Manuel Antonio Matos / Catalina Banko
68. Gumersindo Torres / Eduardo Mayobre
69. José Antonio Páez / Ramón Hernández

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

José Antonio Páez

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Ramón Hernández

"A mí me tocaron fatales días. Yo empuñé el timón de la nave en medio de una tormenta..." Así se expresó José Antonio Páez en su *Autografía* al referirse a sus experiencias como dictador, luego de la caída de Julián Castro en 1858. No cabe duda de que le tocaron fatales días. Tampoco cabe duda de que el propio General contribuyó a hacer aún más aciagos aquellos tiempos que desembocaron en la Guerra Federal.

Cuando el Centauro escribió sus memorias, prefirió dejarlas incompletas, les puso punto final con su recepción en Nueva York en 1850, cuando viajó expulsado por Monagas, como si lo perturbara la pesadilla de sus aventuras posteriores. De ahí que escribiera su propio epitafio:

"Termino, pues, la historia de mi vida donde debió haber terminado mi carrera política. Las alternaciones de la política me llamaron después a la patria, para luchar con nuevos inconvenientes, y recoger cosecha de desengaños, hasta que volví a la tierra de Washington, resuelto a pasar en ella el resto de mis días". Allá, en efecto, murió en 1873.

Páez fue un personaje singular. El gran héroe de la Independencia. Sin Páez, Bolívar no habría sido Bolívar. Fundó la República civil al separar a Venezuela de la Gran Colombia. Navegó siempre en las aguas tormentosas de la política, dejando un legado imperecedero. Ramón Hernández ha escrito una biografía que, yendo más allá de la historia convencional, ofrece una interpretación lúcida de etapas claves de nuestra historia como el tiempo que precede a la Guerra Federal, el debate pocas veces franco de los ideólogos, los intereses ocultos de los partidos, la avidez de los militares. Aquí se retrata al guerrero y al estadista, al desterrado y al hombre que nunca se da por vencido. Páez de frente y de perfil.

Simón Alberto Consalvi



J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE

